



LA VIOLENCIA
CONTRA LAS MUJERES
EN LA NARRATIVA
LATINOAMERICANA
CONTEMPORÁNEA



BRENDA MORALES MUÑOZ

UNAM • FFyL

LA VIOLENCIA
CONTRA LAS
MUJERES EN
LA NARRATIVA
LATINOAMERICANA
CONTEMPORÁNEA

BRENDA MORALES MUÑOZ

LA VIOLENCIA
CONTRA LAS
MUJERES EN
LA NARRATIVA
LATINOAMERICANA
CONTEMPORÁNEA

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

EKATÓ

Primera edición: 2024

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán,
C. P. 04510, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-30-9046-9

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Editado y producido en México

*Este libro es para fernanda y Abel.
A todas las mujeres que han sido víctimas de violencia de género.*

Agradecimientos

Este trabajo fue realizado gracias al Subprograma de Incorporación de Jóvenes Académicos de Carrera. El agradecimiento se extiende a la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras y a la Coordinación del Colegio de Estudios Latinoamericanos por el apoyo recibido.

De manera especial, agradezco a los y las queridas colegas del CELA y a su comunidad estudiantil.

Gracias a los y las integrantes del Seminario de Estudios sobre Narrativa Latinoamericana Contemporánea (SENALC) y del Seminario Dimensiones Humanas e Imaginarios del Espacio Urbano de la UNAM por tantos años de acompañamiento y por el diálogo e intercambio de ideas.

Gracias a Nancy Leyva Gutiérrez por la asistencia y el apoyo logístico y de investigación.

Arrebatadas
(fragmento)

¿Qué ha sido de nuestras hijas? ¿Dónde están? [...]

Qué sino una cruel magia puede hacer que una muchacha deje de estar sobre el mundo, que no acuda nunca más a donde se la espera, que hayan sido selladas todas las líneas de fuga para que no sea encontrada, ni descubierta, ni reconocida, y sus huellas se pierdan en un laberinto inmenso, en un torbellino de angustia sin descanso.

Disueltas en la nada.

Diluidas como estrellas de nieve.

Como soplos.

Como se extingue la onda de un sonido en el desierto.

Sin sombra ni sangre que las siga: pura ausencia. Menos que cosas.

Menos que sombras.

Ana Rossetti

INTRODUCCIÓN

El término violencia de género surge a mediados del siglo XX como una necesidad por nombrar la violencia que se ejercía contra las personas por su identidad genérica. Se acuñó con la finalidad de distinguir la violencia interpersonal común de aquella que se dirige a individuos o grupos por su género. Por ello, la violencia de género y la violencia contra las mujeres no son sinónimos, aunque en muchas ocasiones se utilicen de manera aleatoria. La violencia de género no es exclusiva de hombres contra mujeres, sino que su rasgo esencial es que siempre implica una limitación en el ejercicio de derechos, libertades y oportunidades, y está presente en una lógica de desigualdad y una asimetría de poder. En ese sentido, puede presentarse de mujeres contra hombres, entre mujeres o en hombres y mujeres contra otros sujetos, tales como homosexuales o mujeres u hombres trans, bisexuales, personas no binarias o de género fluido. La violencia contra las mujeres sería entonces una de las manifestaciones de la violencia de género.

Este trabajo se enfocará solamente en la violencia contra las mujeres, la cual se ha definido por varias instancias en diversas ocasiones. Su definición más recurrente es la que propone la Organización Mundial de la Salud: es la violencia, física o psicológica, que se ejerce contra las mujeres por esa condición. Una definición más detallada se propuso en la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en China en septiembre de 1995, en donde se explicó que:

La violencia contra la mujer es una manifestación de las relaciones de poder históricamente desiguales entre mujeres y hombres, que han conducido a la dominación de la mujer por el hombre, la discriminación contra la mujer y a la interposición de obstáculos contra su pleno desarrollo. La violencia contra

la mujer a lo largo de su ciclo vital dimana esencialmente de pautas culturales, en particular de los efectos perjudiciales de algunas prácticas tradicionales o consuetudinarias y de todos los actos de extremismo relacionados con la raza, el sexo, el idioma o la religión que perpetúan la condición inferior que se asigna a la mujer en la familia, el lugar de trabajo, la comunidad y la sociedad.¹

Como concepto, la violencia de género aparece por primera vez en las resoluciones 34/180 del 18 de diciembre de 1979 y 48/104 del 20 de diciembre de 1993 aprobadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas. En la última, con el título “Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer”, se explica lo que se entiende conforme a ese tipo de violencia:

Todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o [p]sicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada.²

En síntesis, la violencia contra las mujeres es la agresión, física o psicológica, que se ejerce contra las mujeres. Incluye actos que causan sufrimiento o daño, amenazas, coerción u otra privación de libertades. Se manifiesta en todos los ámbitos de la vida social y política: la familia, el Estado, la educación, los medios de comunicación, las religiones, el

¹ ONU, *Informe de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. Beijing, 4 a 15 de septiembre de 1995* [en línea]. Nueva York, 1996. <<https://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/pdf/Beijing%20full%20report%20S.pdf>>. [Consulta: 10 de noviembre, 2021], pp. 52-53.

² ONU, Asamblea General, *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer. Resolución 48/104* [en línea], 23 de febrero, 1994. <<https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2002/1286.pdf?file=fileadmin/Documentos/BDL/2002/1286>>. [Consulta: 10 de noviembre, 2021], p. 2.

trabajo, la sexualidad, las organizaciones sociales, la convivencia en espacios públicos o la cultura. Incluye feminicidios, uxoricidios, agresiones sexuales (violaciones, abusos sexuales, mutilaciones, prostitución forzada, pornografía forzada, lenocinio, embarazo o aborto forzado, feticidio, abuso sexual infantil —incestuoso y extrafamiliar—), acoso, violencia económica y patrimonial, maltrato físico y emocional, insultos, golpes, ataques con líquido corrosivo, secuestro, discriminación laboral, trata, abandono, desaparición, feminización de la pobreza y violencia vicaria, por mencionar sólo algunos. Entre todas las manifestaciones de la violencia contra las mujeres, este libro se propone estudiar la representación literaria de tres de ellas: agresión sexual, trata y feminicidio en contextos de paz y en contextos de guerra, como se explicará más adelante.

La violencia contra las mujeres ha estado presente en la literatura universal desde siempre. El tema puede rastrearse prácticamente desde su origen, ejemplos sobran: el rapto de Briseida y Criseida en *La Ilíada*; la venganza de Ferrando y Diego, infantes de Carrión, que torturan a Elvira y Sol, hijas del Cid; Otelo que, loco de celos, asesina a Desdémona; el rey Shariar de *Las mil y una noches* que asesina mujeres cada amanecer; los maltratos y la opresión de las mujeres en el siglo XVII en la serie de novelas *Desengaños amorosos* de María de Zayas; la violencia doméstica y la tiranía del matrimonio en *Cumbres borrascosas*, *Madame Bovary* o *La mujer helada*; el abuso sexual y la corrupción de menores del profesor Humbert en *Lolita*; la esclavitud de las mujeres en la distopía de *El cuento de la criada* de Margaret Atwood o la red de trata internacional en *Purga* de Sofi Oksasen, etcétera. Las diferencias en años recientes son principalmente tres: la violencia contra las mujeres ha tomado un lugar central en las obras literarias (no es un tema entre muchos), la perspectiva que se privilegia es la de los personajes femeninos y muchas de ellas han sido escritas por mujeres.

La literatura y las artes en general nunca han permanecido ajenas a los problemas de la sociedad, sobre todo en contextos como el latinoamericano. En América Latina la violencia ha permeado los procesos históricos y su presencia es innegable debido al interés de escritores/

ras por entender este problema que ha marcado a la sociedad. Es decir, se puede entender que, al estar inmersos en un medio violento, es lógico que intelectuales y artistas tengan una particular sensibilidad hacia esta situación, sobre todo los/las escritores/ras, pues como señala Karl Kohut:

Es una convicción común que la literatura es, en su esencia, humana y que, por ende, debe contribuir a la humanización del mundo. En este sentido podemos esperar de ella que denuncie la violencia en todas sus formas. La literatura latinoamericana cumple, en su conjunto, con esas expectativas.³

En la actualidad, América Latina enfrenta un grave problema de violencia contra las mujeres. De acuerdo con un informe elaborado por la Organización de las Naciones Unidas en 2016, es la región del mundo con mayor violencia hacia las mujeres, cerca 60 000 son asesinadas cada año. América Latina y el Caribe presentan la mayor tasa de violencia sexual contra las mujeres fuera de la pareja, y la segunda mayor por parte de la pareja actual o pasada: el 30 % de ellas han sufrido violencia física o sexual de su compañero sentimental y el 38 % son asesinadas por su pareja o expareja. Se trata de la principal causa de muerte en mujeres de entre 15 y 44 años. Estas cifras muestran el grado de vulnerabilidad en la que se encuentran las mujeres latinoamericanas y el entorno machista y patriarcal que posibilita este tipo de violencia.

Por todo lo anterior, es comprensible que la violencia contra las mujeres haya marcado a la sociedad latinoamericana y se constituya como uno de los temas principales de la literatura, la cual se convirtió en un lugar central para reflexionar sobre las duras condiciones a las que se enfrentan las mujeres. Las escritoras de América Latina no han permanecido alejadas de lo que ocurre y han plasmado esa preocu-

³ Karl Kohut, "Política, violencia y literatura", en *Anuario de estudios americanos* [en línea]. Sevilla, CSIC, 2002, vol. 59. < <https://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/202> >. [Consulta: 15 de diciembre, 2021], p. 201.

pación en sus obras. Así, ha aparecido una cantidad importante de literatura que se ocupa de dicha cuestión. Esta investigación parte del interés de estudiar algunos de los textos literarios contemporáneos más representativos de la violencia contra las mujeres.

En este contexto, puede afirmarse que se está perfilando una tradición literaria latinoamericana de finales del siglo XX y principios del XXI cuyo sustrato político es la violencia ejercida contra las mujeres. Durante esta época, los crímenes seriales contra las mujeres adquieren mayor visibilidad como fenómeno social y la literatura constituye un campo de fuerzas que explora esta circunstancia como mecanismo de generación narrativa.

Se han publicado varias obras que dan cuenta de este tema y que son una muestra de la sensibilidad y preocupación de los/las escritores/ras por visibilizar este problema. Como hemos visto, siempre ha estado presente, pero lo que cambia ahora es la intencionalidad con la que se aborda: denunciar, visibilizar, reflexionar. No es un decorado o un elemento más en los textos literarios, sino un elemento central de las obras.

En cuanto a estudios académicos sobre violencia de género y literatura, debo mencionar que son pocos los que existen en México. Con el objetivo de visibilizar los trabajos realizados por otros colegas, a continuación, se presenta un estado de la cuestión que da cuenta de las aportaciones realizadas hasta el momento sobre la violencia de género en la literatura latinoamericana y sobre cada una de las obras estudiadas. Como podrá verse, el *corpus* es todavía breve, pero va en ascenso; cabe señalar que la mayoría son muy recientes y que incluso se publicaron cuando este libro ya había sido escrito.

En la UNAM hay 65 tesis, del 2009 al 2023, sobre violencia de género. Muchas de ellas se centran en feminicidios estudiados desde disciplinas como psicología, derecho, ciencias políticas, relaciones internacionales, ciencia forense, pedagogía, filosofía, comunicación y sociología. Todavía no hay ninguna que aporte una visión panorámica sobre la violencia de género en la literatura.

En cuanto a las 19 obras literarias que son revisadas en este libro, en la UNAM no hay ninguna tesis sobre Selva Almada, Lydiette Carrión, Dolores Reyes, Gabriela Cabezón Cámara, Liliana Blum, Myriam Laurini, Belén López Peiró, Alonso Cueto, Diego Trelles Paz, Claudia Salazar Jiménez, Evelio Rosero ni Claudia Hernández. Hay un trabajo sobre Cristina Rivera Garza pero es sobre su novela *Nadie me verá llorar*, cuatro sobre Jorge Volpi pero ninguno sobre *Las elegidas*, cuatro de 2666 y cuatro sobre *Las muertas*, aunque no se enfocan en la violencia contra las mujeres, uno sobre *Racimo* que se centra en el feminicida (no en la víctima), dos sobre *Temporada de huracanes*, de los cuales uno aborda la violencia de género (de Laura Abad Contreras, dirigido por mí) y uno sobre *Casas vacías* (de Regina Amelco, también dirigido por mí) centrada en la maternidad.

En cuanto a estudios académicos sobre violencia de género y literatura en otras latitudes, destaco los siguientes: la tesis doctoral de Ainhoa Vázquez Mejías titulada *Voces del feminicidio: Víctimas y victimarios en novelas y telenovelas chilenas recientes* (Pontificia Universidad Católica de Chile, 2014); la tesis de maestría de Analía Ferreyra Carreras, alumna mexicana de la Universidad de Lund, Suecia, que dedicó su tesis *Cartografías líquidas* (2020) a la violencia contra las mujeres en cinco cuentos de María Fernanda Ampuero, Mariana Enríquez, Giovanna Rivero, Fernanda Trías y Gabriela Damián Miravete; *Género y violencia en la narrativa del Cono Sur, 1954-2003* de Betina Kaplan, publicado en 2007; *Romper con la palabra: violencia y género en la obra de escritoras mexicanas contemporáneas*, coordinado por Adriana Pacheco Roldán en 2017; *Normalización de la violación y la violencia de género en la novela guatemalteca (1930-1960)* de Claudia García, publicado en 2019; *El Sustrato cultural de la violencia de género: literatura, arte, cine y videojuegos*, coordinado por Ángeles de la Concha en 2010; *República, violencia y género en la novela de crímenes* (2019) de Gustavo Forero Quintero; *Cuerpos abyectos: infancia, género y violencia*, editado en 2017 por Margaret Shrimpton Masson, David Loría Araujo y Celia Rosado Avilés; *Femicrímenes: Femicidios en la literatura del siglo XX y XXI* (2020) en donde Osvaldo Di Paolo Harrison y Fabían Moselli exploran

los feminicidios en la literatura exclusivamente argentina y *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*, coordinado por María del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza y Adriana Sáenz Valadez en 2022, donde hay un capítulo sobre *El invencible verano de Liliana* y otro sobre *Casas vacías*.

En lo que respecta a artículos enfocados en cada una de las obras he encontrado muy poco: sobre *El monstruo pentápodo* son escasos y ninguno sobre violencia de género; de *Casas vacías* hay pocos artículos y se centran en temas como la maternidad y la desaparición; *La fosa del agua* es mencionada en varios estudios pero no desde una perspectiva literaria sino jurídica y política; sobre *Le viste la cara a Dios* se aborda la decisión de matar en legítima defensa o la venganza; de *La hora azul* hay estudios sobre derechos humanos, posmemoria, conflicto armado, trauma y reconciliación; en *Bioy* se abordan masculinidad y género policial; de *Los ejércitos* hay estudios sobre violencia, vejez, desapariciones, erotismo y conflicto armado, y en *Roza tumba quema* son mencionados maternidad, afectividad femenina y conflicto armado. En *Las muertas* se ha analizado el humor, la sátira, el realismo grotesco, las estrategias narrativas y los rasgos de novela negra y policial, sin atender la perspectiva de género.

Qué raro que me llame Guadalupe se ha estudiado en dos artículos: Annegret Thiem en “El cuerpo mutilado en la obra de Myriam Laurini” (incluido en el libro *Descubrir el cuerpo: estudios sobre la corporalidad en el género negro en Chile, Argentina y México*, 2017) y Paula Daniela Bianchi en “Escenas del cuerpo violentado. Representaciones de la violencia en dos escenas de la literatura prostitucional latinoamericana”, publicado en la revista *LL Journal* de la City University of New York, en 2009.

Algunos estudios han abordado *Racimo* pero no exclusivamente, sino haciendo análisis comparativos con otras novelas, por ejemplo, Nicolas Román en “Literatura prostibularia y neoliberalismo: *Racimo* de Diego Zúñiga y *Le viste la cara a Dios* de Gabriela Cabezón Cámara” (*Literatura y lingüística*, 2022); Eva Gisela Van Hoey en la tesis *La violencia de género (el femicidio) y su representación en Chicas muertas*

de *Selva Almada* y *Racimo de Diego Zúñiga* (Universidad de Gante, 2019) y Danuska González y Alexis Candia-Cáceres en “Geografías invisibles de la globalización: Bolaño, Almada y Zúñiga” (*Anales de literatura chilena*, 2017).

La violencia contra las mujeres en *Las elegidas* ha sido analizada por dos autores: Jáiro Núñez Moya en “La trata de mujeres en *Las elegidas*: género, poder, violencia y dueñidad” (*Estudios*, 2019) y Oswaldo Estrada en “«Cuerpos sólo cuerpos»: violencias de género entre fronteras y versos” (*Tintas. Quaderni di Letterature iberiche e iberoamericane*, 2017).

La sangre de la aurora ha sido abordada desde la memoria, el conflicto armado y la violencia, aunque no únicamente contra las mujeres. Raquel Castro Salas dedica su tesis doctoral de la Universidad de Arkansas a la novela de Claudia Salazar Jiménez y a la de Claudia Hernández: *Female Experience of Trauma and Mourning in Two Postconflict Novels of El Salvador and Peru: Roza, tumba, quema by Claudia Hernández, and La sangre de la aurora by Claudia Salazar* (2019); Adriana Hildenbrand la analiza en “*La sangre de la aurora*: reconstrucción del trauma como parte de la memoria colectiva” (Perífrasis, 2023); April Knupp en “Lucanamarca, el genocidio y la violación sexual en *La sangre de la aurora*” (*Confluencia*, 2018) y John Lossio en “Representar la violencia: narrativa, temporalidad y ética en *La sangre de la aurora* de Claudia Salazar” (*Revista Espinela*, 2015).

Por su parte, de *Temporada de huracanes* se ha estudiado la figura de la bruja, como neofantástica, como petroficción y, sobre todo, desde las masculinidades (en gran medida esa es la razón por la que este libro no se detiene en dicho aspecto, pues el énfasis se ha puesto en los personajes femeninos, no en los masculinos y sus comportamientos). Quienes sí han compartido ese enfoque son Alejandra Hernández Ojendi en su tesina titulada *Violencia y personajes femeninos en Temporada de huracanes, de Fernanda Melchor* (UAM-A, 2019); Edgardo Íñiguez en *Una retórica de la violencia. Necroescrituras en Temporada de huracanes de Fernanda Melchor* (Atlante, 2019); Marco Antonio Arévalo Islas en *Violencia de género en Temporada de huracanes, de Fernanda Melchor: de la violencia subjetiva a la violencia sistémica* (Sincronía, 2021) y

Xiao Chen y Raquel Arias Careaga en “Entre prostitución, narcotráfico y corrupción: violencia de género en *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor” (*Bulletin of Hispanic studies*, 2023).

Algunos trabajos se han dedicado a *Cometierra*, varios de ellos desde el terror o lo gótico, concretamente desde la violencia de género se encuentran los siguientes: Vedrana Lovrinović, con su tesis doctoral *Las estrategias narrativas de representación de violencia de género y femicidio en la literatura argentina contemporánea* (Universidad de Zagreb, 2022) revisa las obras literarias *Le viste la cara a Dios*; *Chicas muertas*; *Las cosas que perdimos en el fuego*; *Nación Vacuna*; *Por qué volvías cada verano* y *Cometierra*. Sandra Gasparini escribió el artículo “Aquí no me escucharán gritar: violencia y horror en la narrativa latinoamericana reciente escrita por mujeres” (Tesis, 2022) sobre obras de Mariana Enríquez, Agustina Bazterrica, Dolores Reyes, Fernanda Melchor, Mónica Ojeda, María Fernanda Ampuero y Yeniva Fernández, aunque pone énfasis en el terror. Fernando Rosenberg la aborda en “Más allá de la familia patriarcal: Vulnerabilidad, interdependencia y alianzas feministas en *Cometierra*, de Dolores Reyes y *Por qué volvías cada verano*, de Belén López Peiró” (MLN, 2022). Belén Caparrós dedica su tesis de maestría *Contar chicas muertas: reescrituras monstruosas de femicidios* (Universidad de San Andrés, 2022) a revisar novelas, entre ellas *Cometierra*, y películas sobre feminicidios subrayando su pertenencia al género de terror. Naroa Ylenia Delgado Suárez hace lo propio en su tesis de licenciatura *La representación del feminicidio en *El invencible verano de Liliana*, de Cristina Rivera Garza y en *Cometierra*, de Dolores Reyes* (Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2022). María Ximena Venturini colabora con el artículo “Entre «Ni una menos» y la resistencia, la violencia machista en *Cometierra* de Dolores Reyes”, incluido en el libro *Nuevas investigaciones y perspectivas sobre literatura, cultura y pensamiento* (Dykinson, 2023). Gawon Jo revisa *Chicas muertas*, *Cometierra* y otras manifestaciones artísticas sobre feminicidios en su tesis de licenciatura “*Piecing together a skeleton*”: *Alternative Frameworks and Re-imaginings Confronting Femicide* (Universidad de Princeton, 2023).

Sobre *El invencible verano de Liliana*, Paula Daniela Bianchi dedica una parte de su artículo “Femicidios, travesticidios y transfemicidios en la literatura ultracontemporánea latinoamericana”, publicado en *Revista Iberoamericana* (2023), a la novela de Rivera Garza. En “Femicidio, feminismo y escritura testimonial”, Mario Federico David la revisa como obra testimonial en donde se cruzan aspectos políticos y estéticos (*Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 2022) y Eva Van Hoey la aborda junto con la obra de Selva Almada en el artículo “Las voces de las víctimas del feminicidio en las crónicas *Chicas muertas* (2014), de Selva Almada y *El invencible verano de Liliana* (2021), de Cristina Rivera Garza”, que será incluido en el libro *Carto (corpo) grafías: narradoras latinoamericanas del siglo XXI*, editado por Fernanda Bustamante, actualmente en prensa.

Por qué volvías cada verano ha sido objeto de estudio de Mariela Peller y Alejandra Oberti en “Escribir la violencia hacia las mujeres. Feminismo, afectos y hospitalidad” (*Revista Estudios Feministas*, 2020); de Miriam Chiani en “Imaginarios testimoniales en escritoras argentinas contemporáneas: Gabriela Cabezón Cámara, Selva Almada, Belén López Peiró” (*Altre modernità*, 2021); de Laia Martínez Mateo en la tesis de licenciatura *El cuerpo de la mujer como espacio de violencia en la literatura hispanoamericana contemporánea*, que incluye también a Mariana Enríquez y a Gabriela Cabezón Cámara (Universidad de Barcelona, 2021); de Carla María Indri en “Enfrentar aquello que fue oculto: testimonios sobre el abuso en la obra de Belén López Peiró” (*452^oF. Revista de Teoría de la literatura y Literatura Comparada*, 2022) y de Katarzyna Moszczyńska-Dürst en “Autobiografías encarnadas, cuerpos vulnerados: *Por qué volvías cada verano* de Belén López Peiró” (incluido en *Cuerpo y violencia De la inermidad a la heterotopía*, 2020).

2666 ha sido estudiada desde el espacio fronterizo o la memoria, en lo que respecta a la violencia contra las mujeres la han abordado Nicolás Román González en “La misión de Antígona: violencia de género en dos novelas de Roberto Bolaño, *Estrella distante* y 2666” (*Taller de letras*, 2020); Susana Florinda Ramírez en “Violencia feminicida en 2666 de Roberto Bolaño” (*Letras*, 2021); Ramiro Esteban Zó en “La violencia

contra la mujer en 2666 de Roberto Bolaño" (*Revista Melibea*, 2012); Magda Sepúlveda Eriz en "Las máscaras de la violencia y el femicidio en 2666 de Roberto Bolaño", incluido en el libro *Fiestas infinitas de máscara: actos performativos de feminidad y masculinidad en México* (Olms, 2012); Daniel Hernández Guzmán en "Más allá de los feminicidios: violencia y género en la parte de los crímenes de Roberto Bolaño" (*Cuadernos de literatura*, 2016); Ainoa Íñigo en "2666 de Roberto Bolaño: una perspectiva de género" (*La Colmena*, 2018); Elisa García Cabrera en "Feminicidio y violencia sistémica en 2666 de Roberto Bolaño" (*Cuadernos Fronterizos*, 2018) y Carmen Carrasco en "Cuerpos de mujeres como desechos del neoliberalismo: los feminicidios en 2666 de Roberto Bolaño" (*TRANS- Revue de littérature générale et comparée*, 2021).

Chicas muertas es la obra que más ha sido analizada. Sobre todo, sus estrategias narrativas como la crónica, la ficción y no ficción, el policial o neopolicial y la memoria. Se han centrado en la violencia de género los siguientes trabajos: María Alonso en el artículo "El realismo brutal de las narrativas contra el feminicidio: *Chicas muertas* como ejemplo paradigmático de novela de no-ficción", incluido en el libro *Nuevas perspectivas literarias y culturales* (Universidad de Vigo, 2016); María Celeste Cabra en "*Chicas muertas* de Selva Almada. Nuevas formas de la memoria sobre el femicidio en la narrativa argentina" (*Orbis Tertius*, 2018); Angélica Tornero en "Feminicidio, literatura testimonial y yo autoral en *Chicas muertas*" (*CoReLA*, 2019); María José Bruña en "Chicas muertas from Selva Almada: On the Normalization of Gender Violence" (*Ameryka Lacińska. Analytical and Informative Quarterly*, 2019); Virginia Holzer y Carmen Carrasco en "Cuerpo de mujer, peligro de muerte: residuos humanos en 2666 de Roberto Bolaño y *Chicas muertas* de Selva Almada" (*Moara*, 2021); Cecília Vieira Batista Albuquerque en su tesis de licenciatura *Chicas muertas: exposiciones del feminicidio en la literatura contemporánea* (Universidad Federal de Río de Janeiro, 2021); Gabriel Osuna y Ana Laura Castro en "La autoficción entre los géneros literarios y periodísticos: representación de la violencia en *Chicas muertas* de Selva Almada" (*Mitologías hoy*, 2022); Valentina Silva Ortiz en "Narrativa testimonial, una forma de visibilizar

la violencia de género: *Chicas muertas* de Selva Almada” (*Cartaphilus*, 2022); Mariana Oggioni en “Femicidios, paranoia e impunidad: las marcas del neopolicial en *Chicas muertas* de Selva Almada” (*Lectora: revista de dones i textualitat*, 2022) y Mariana Bonano en “No ficción y representación de la violencia de género. Los casos de femicidios en *Chicas muertas*, de Selva Almada” (*Latinoamérica. Revista de estudios Latinoamericanos*, 2023).

Tras este repaso es posible notar que no hay un libro panorámico dedicado a la violencia de género en la literatura latinoamericana. Por lo anterior me atrevo a decir que este es un trabajo pertinente y original, puesto que la violencia contra las mujeres es un mundo poco explorado en los estudios sobre literatura latinoamericana contemporánea y necesario porque sin duda es uno de los problemas que más aquejan a la sociedad en la actualidad. El objetivo primordial de este trabajo es contribuir al análisis crítico de obras latinoamericanas contemporáneas sobre violencia contra las mujeres en distintas manifestaciones y desde diferentes perspectivas. Al ser un tema reciente en los estudios literarios, este libro se guio, en su marco conceptual, por obras que han reflexionado sobre el tema a nivel teórico, aunque no precisamente desde la literatura. Si bien el análisis literario se hace desde la crítica literaria feminista, la ginocrítica y la sociocrítica.

Se proponen claves de lectura específicas para acercarse a los textos narrativos que abordan algún tipo de violencia contra las mujeres; además de que son las ideas que atravesarán todo el libro, dichas claves serán el prisma a través del cual se leerán aquellos.

Las obras literarias que se estudiarán en este trabajo son narrativas (novelas, cuentos, ensayos, crónicas). Para su estudio no importa si son ficción o no, las considero literaturas postautónomas que, en palabras de Josefina Ludmer, son un tipo de escrituras actuales de la realidad cotidiana que “no admiten lecturas literarias; esto quiere decir que no se sabe o no importa si son realidad o ficción. Se instalan localmente y en una realidad cotidiana para ‘fabricar presente’ y ése es precisamente

su sentido”.⁴ Estas obras literarias se presentan como literatura, pero no pueden leerse con criterios o categorías literarias tradicionales porque aplican a la literatura lo que Ludmer llama una “drástica operación de vaciamiento: el sentido (o el autor o la escritura) queda sin densidad, sin paradoja, sin indecidibilidad, sin metáfora y es ocupado totalmente por la ambivalencia: son y no son literatura, al mismo tiempo son ficción y realidad”.⁵ Para la crítica literaria argentina, estas escrituras:

No sólo atraviesan la frontera de la literatura sino también la de la ficción. Y esto ocurre porque reformulan la categoría de realidad: no se las puede leer como mero realismo, en relaciones referenciales o verosimilizantes. Toman la forma del testimonio, la autobiografía, el reportaje periodístico, la crónica, el diario íntimo, y hasta de la etnografía. Salen de la literatura y entran a la realidad y a lo cotidiano, a la realidad de lo cotidiano. Fabrican presente con la realidad cotidiana y esa es una de sus políticas. La realidad cotidiana no es la realidad histórica referencial y verosímil del pensamiento realista y de su historia política y social [la realidad separada de la ficción].⁶

En el siglo XXI ha cambiado la noción de ficción que se tenía en América Latina durante los siglos XIX y XX. En ellos, la verdad se asociaba a la realidad, y la ficción se definía por una relación específica entre la historia y la literatura. Cada una tenía su esfera bien delimitada, que es lo que no ocurre hoy. Antes se buscaba trazar fronteras nítidas entre lo histórico como real o verdadero y lo literario como fábula, símbolo, mito, alegoría, pura subjetividad o incluso mentira, produciendo una

⁴ Josefina Ludmer, “Literaturas postautónomas 2.01”, en *Propuesta educativa* [en línea], Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, noviembre, 2009, año 18, vol. 2, núm. 32. <<https://www.redalyc.org/pdf/4030/403041704005.pdf>>. [Consulta: 23 de noviembre, 2021], p. 41.

⁵ *Idem*.

⁶ *Ibid.*, p. 42.

tensión entre los dos: la ficción consistía en esa tensión. Ahora esto no es que se haya roto, pero ha perdido importancia. En resumen, se pretende hacer énfasis en la dimensión estética y literaria de las obras en cuestión sin importar que sean ficcionales o no ficcionales.

En ese mismo sentido, considero estas obras como necroescrituras, concepto que Cristina Rivera Garza construyó a partir de las ideas sobre necropolítica⁷ del filósofo camerunés Achille Mbembe, quien sostiene que:

En la necropolítica, la expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir. Hacer morir y dejar vivir constituye, por tanto, los límites de la soberanía, sus principales atributos. La soberanía consiste en ejercer un control sobre la mortalidad y definir la vida como el despliegue y la manifestación del poder.⁸

A diferencia de la idea de biopoder de Foucault (con quien está en diálogo constante) que se refiere al uso del poder social y político para controlar la vida de las personas, Mbembe subraya que la necropolítica es, más que el derecho a matar (*droit de glaive* de Foucault), el derecho a exponer a otras personas (incluidos los propios ciudadanos de un país) a la muerte, a imponer la muerte social o civil, el derecho a esclavizar a otros y demás formas de violencia política. La necropolítica es una teoría de los *muertos vivientes*, es decir, una manera de analizar cómo “las formas contemporáneas de subyugación de la vida al poder de la muerte obligan a algunos cuerpos a permanecer situados entre la vida y la muerte”. Mbembe utiliza los ejemplos de la esclavitud, el *apartheid*, Palestina, el genocidio de Ruanda y la figura del kamikaze para mostrar cómo las diferentes formas de *necropoder* sobre el cuerpo (estatista, racializado, estado de excepción, urgencia,

⁷ Contenidas en su ensayo “Néropolitique”, publicado en 2006 por la revista *Raisons politiques. Etudes de pensée politique*.

⁸ Achille Mbembe, *Necropolítica*. Madrid, Melusina, 2011, pp. 19-20.

martirio) reducen a las personas a condiciones de vida precarias. Con esto, Mbembe subraya que hay una cosificación del ser humano, su cuerpo se convierte en una mercancía susceptible de ser desechada. Además, el poder es difuso, ya no es solamente estatal y quienes lo ejercen (grupos armados, delincuencia organizada, feminicidas) se arrogan el derecho de decidir sobre la vida de los demás. En la necropolítica quien detenta el poder “tiene la capacidad para definir quién tiene importancia y quién no la tiene, quién está desprovisto de valor y puede ser fácilmente sustituible y quién no [...] En la vida cotidiana hay una libertad para matar a quien le parezca y donde le parezca”.⁹

Cristina Rivera Garza retoma algunas de estas ideas en *Los muertos indóciles: necroescrituras y desapropiación* donde reflexiona sobre el ejercicio de escritura y de las obras literarias que se escriben en un contexto violento.¹⁰ Y hace una pregunta fundamental para quienes escriben — yo añadiría estudian y leen— literatura sobre temas violentos: “¿Cuáles son los diálogos estéticos y éticos a los que nos avienta el hecho de escribir, literalmente, rodeados de muertos?”¹¹ Frente a tanta violencia y muerte, la escritura es una práctica de resistencia por llevarse a cabo en condiciones de extrema mortandad. Estas obras resisten ética y estéticamente el contexto violento. Rivera Garza no habla de empatía, mucho menos de “darles voz a las víctimas”, sino de tener:

[...]prácticas de escritura que traigan esos zapatos y a esos otros a la materialidad de un texto que es, en ese sentido, siempre un texto fraguado relacionamente, es decir, en comunidad. Y por comunidad aquí me refiero no sólo al entramado físico que constituyen el autor, el lector y el texto, sino también, a esa

⁹ *Ibid.*, pp. 46-53.

¹⁰ Para el caso mexicano menciona concretamente la guerra calderonista contra el narcotráfico desatada en 2006, las muertas de Juárez y los 72 migrantes asesinados en San Fernando, Tamaulipas, en 2010. Además de experiencias vividas en Palestina, África central y Chernóbil. (Vid. Cristina Rivera Garza, *Los muertos indóciles: necroescrituras y desapropiación*. México, Tusquets, 2013).

¹¹ *Ibid.*, p. 17.

experiencia de pertenencia mutua; con el lenguaje y de trabajo colectivo con otros, que es constitutiva del texto.¹²

A la producción textual que emerge entre máquinas de guerra y máquinas digitales, Rivera las denomina *necroescrituras*, siempre en plural: formas de producción textual que son producto de un mundo en mortandad extrema. Un libro es un cuerpo textual, un organismo vivo, un ser en el mundo, ligado a su entorno. Nuestro entorno es violento, en palabras de Cristina Rivera Garza es una “protonecrópolis” donde se genera la producción literaria y por eso es como es, por eso sus temas y sus formas:

Los escritos que se producen en condiciones de necropolítica son en realidad fichas anamnésicas de la cultura [libros como fichas anamnésicas de los cadáveres]. Por eso los escritores se comportan como forenses: [a los cadáveres] los leen con cuidado, los interrogan, los excavan o los exhuman, los preparan y los recontextualizan, los detectan si han sido dados de alta como desaparecidos.¹³

En suma, tanto para Ludmer como para Rivera Garza, en la literatura que aborda temas violentos y que está escrita en entornos violentos, poco importa el género o la autoría, importa la reflexión. Todas estas obras literarias, rodeadas de muertos, son un termómetro social, son libros para que “los cadáveres abandonen sus silencios”,¹⁴ para que sean nombrados.

En muchas de las obras literarias sobre mujeres que son víctimas de violencia aparecen como sujetos inermes. De acuerdo con Adriana

¹² *Ibid.*, p. 23.

¹³ *Ibid.*, pp. 32-33.

¹⁴ *Ibid.*, p. 39.

Cavarero en *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*,¹⁵ la filósofa italiana plantea escribir la historia de la violencia desde la vulnerabilidad absoluta de las víctimas y olvidarse de poner los reflectores en los victimarios. Según la filósofa, la historia sobre la violencia, así como la teoría sobre la violencia y las estrategias bélicas, estaban contadas desde la perspectiva de los ejecutantes. En otras palabras, la violencia se ha escrito y pensado desde la visión del que ejerce el daño. Cavarero sugiere no idealizar lo que denomina “la sed de violencia” y poner en primera plana a las víctimas de esa sed. “Horrorismo” es el neologismo que propone para caracterizar el nuevo tipo de violencia que incumbe directamente a las víctimas inocentes. Con esta palabra se quiere nombrar a toda la violencia que se encarniza con un inocente, es decir, con alguien que no puede defenderse en ningún modo del daño, como las mujeres que son víctimas de feminicidio.

“Horrorismo” busca nombrar la violencia que implica no solamente quitar la vida, sino que transgrede incluso la dignidad del cadáver al cometer actos aberrantes como el descuartizamiento o la violación. Con este término se busca englobar toda esa violencia que pretende homogeneizar a las víctimas, anular su individualidad y su unicidad con el propósito de atenuar los efectos (y las consecuencias); una violencia que por su capacidad de daño produce la despersonalización. En otras palabras, “horrorismo” es toda aquella violencia que se ejerce sobre un sujeto inerte. Cavarero define a este sujeto como: “quien se encuentra en una condición de pasividad y sufre una violencia a la que no puede escapar ni responder”.¹⁶ Para la filósofa italiana “es el horror lo que concierne a las víctimas más que el terror, pues éste contiene la potencia del que es capaz de luchar por salvar su vida, mientras que el efecto del horror es el de petrificar”.¹⁷ De Cavarero rescato la idea de

¹⁵ Vid. Adriana Cavarero, *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Trad. de Saleta de Salvador Agra. Barcelona, Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2009.

¹⁶ *Ibid.*, p. 50.

¹⁷ *Ibid.*, p. 24.

observar la violencia desde el lugar de las agredidas, no de los agresores, de intentar ver cómo están representadas en la literatura, no como objetos sino como seres humanos inermes.

Con estas claves de lectura, se trató de responder a las siguientes preguntas: ¿Por qué la violencia contra las mujeres es un tema recurrente en la literatura contemporánea?, ¿cuáles son las variantes de la violencia contra las mujeres que son retomadas por la literatura?, ¿cómo se lleva a cabo el proceso de ficcionalización de la violencia contra las mujeres? y ¿cómo se representa la violencia contra las mujeres en obras literarias latinoamericanas recientes, ficcionales y no ficcionales, de distintos países (México, Perú, Argentina, Chile, El Salvador y Colombia)? Para responder a las preguntas anteriores, planteo la siguiente hipótesis: la violencia impacta en todos los ámbitos de una sociedad y el arte no es la excepción, pues tiene el poder de revelar aquello que las instituciones, los gobiernos o los estados pretenden esconder, pone en evidencia que no hay posibilidad de evadir un problema cuando está tan dentro de la sociedad y que no se puede pensar en el futuro si la vida cotidiana se encuentra expuesta a peligros constantes.

Así, a partir de estas claves de lectura, el libro busca ofrecer un panorama de la narrativa latinoamericana contemporánea que ha abordado como tema central la violencia contra las mujeres, la cual constituye uno de los problemas más graves de la sociedad y que, apenas en años recientes, comienza a ser visibilizado. La elección del *corpus* de ninguna manera pretende ser exhaustiva, el tema de la violencia contra las mujeres no se agota ni las obras referidas son las únicas que lo han tratado. La elección del *corpus* solamente respondió a un fin didáctico, pero no está cerrado, se eligieron los textos que se consideran más representativos de cada tema y que ponen en evidencia su complejidad.

Los capítulos se dividen de la siguiente manera: el primero se dedicará al feminicidio y se repasarán obras como *2666*, de Roberto Bolaño; *Chicas muertas*, de Selva Almada, *Casas vacías*, de Brenda Navarro; *La fosa del agua*, de Lydiette Carrión; *Racimo*, de Diego Zúñiga; *Cometierra*, de Dolores Reyes y *El invencible verano de Liliana*, de Cristina Rivera Garza. El segundo abordará la violencia sexual y la trata en *Las muertas*,

de Jorge Ibargüengoitia; *Las elegidas*, de Jorge Volpi; *Le viste la cara a Dios*, de Gabriela Cabezón Cámara; *Racimo*, de Diego Zúñiga; *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor; *El monstruo pentápodo*, de Liliana Blum; *Qué raro que me llame Guadalupe*, de Myriam Laurini y *Por qué volvías cada verano*, de Belén López Peiró. Y el tercero se centrará en la violencia contra las mujeres en contextos de guerra en *La hora azul*, de Alonso Cueto; *La sangre de la aurora*, de Claudia Salazar Jiménez; *Los ejércitos*, de Evelio Rosero; *Bioy*, de Diego Trelles Paz y *Roza tumba quema*, de Claudia Hernández. Es importante señalar que las diversas expresiones de violencia contra las mujeres no se excluyen unas de otras, por lo que cuando se habla de trata casi siempre va acompañada de violencia sexual. Lo mismo sucede con el feminicidio, en donde suele haber agresiones sexuales *pre* y *post mortem*.

Este libro es producto de la necesidad de estudiar la violencia contra las mujeres desde la literatura más reciente, puesto que el arte también permite visibilizar los problemas sociales. A través de las obras literarias es posible reflexionar sobre las experiencias violentas, expresar cuestiones que no es posible expresar en otro tipo de discursos, acercarse a un entorno sumamente violento y rescatar la memoria de sus víctimas. Por todo ello, la literatura ha contribuido de manera notable a la reflexión, la problematización y el diálogo sobre la situación de las mujeres y la violencia a la que se enfrentan.

CAPÍTULO I: FEMINICIDIO

Dentro del amplio espectro de manifestaciones de la violencia contra las mujeres, el feminicidio es el acto más grave. Es el último escalafón del que ya no se vuelve. Este término fue acuñado en 1976,¹ como alternativa al de “homicidio”, por Diana Russell, activista y escritora feminista sudafricana. Russell utilizó el término feminicidio por primera vez cuando testificó en el Tribunal Internacional de Crímenes contra Mujeres en Bruselas. Sin embargo, en esa ocasión no proporcionó una definición explícita de este concepto. En 1990, junto con Jane Caputi, definió al feminicidio como “el asesinato de mujeres realizado por hombres, cuyo motivo es odio, desprecio, placer o un sentido de propiedad de las mujeres”.² Dos años después, junto con Jill Radford, lo definió simplemente como “el asesinato misógino de mujeres por hombres”.³ Para Russell la importancia de nombrar e intentar definir

¹ Russell señala que el término feminicidio se usó hace casi dos siglos, aunque se generalizó hasta hace muy poco tiempo. Fue utilizado por primera vez en *A Satirical View of London at the Commencement of the Nineteenth Century* (John Corry, 1801) para denominar el asesinato de una mujer. (Antes que ella, Carol Orlock utilizó por primera vez el término como el título de un manuscrito suyo que nunca fue publicado). En 1827 se publicó la tercera edición de *The Confessions of an Unexecuted Femicide*. Este texto fue escrito por el perpetrador de un feminicidio, William MacNish, sobre el asesinato de una mujer joven. Y, de acuerdo con la edición de 1989 de *The Oxford English Dictionary*, feminicidio apareció en el *Law Lexicon* de Wharton en 1984, sugiriendo que se había convertido en un delito punible (Diana Russell y Roberta A. Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*, México, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2006, pp. 75-76). Yo añadiría que, en el siglo XIX, la escritora española Emilia Pardo Bazán proponía el término *mujericidio* como opuesto a *homicidio*.

² *Ibid.*, p. 77.

³ *Idem*.

al feminicidio era reconocer y visibilizar la discriminación, la desigualdad y la violencia sistémica contra la mujer. Para ella, el feminicidio se explica en contextos sexistas, misóginos y patriarcales, por lo que es una forma de violencia sexual:

Femicide, the misogynous killing of women by men, is a form of sexual violence. Liz Kelly has defined sexual violence as “any physical, visual, verbal or sexual act” experienced by a woman or girl, “at the time or later, as a threat, invasion, or assault, that has the effect of hurting or degrading her and/or takes away her ability to control intimate contact”.⁴

En sus estudios, Russell nunca afirma que las mujeres son más asesinadas que los hombres. Es verdad que más hombres son asesinados y tienen muertes violentas, pero la mayoría de las veces son asesinados por otros hombres y en otras circunstancias: casi nunca son asesinados sólo porque son hombres y pocas veces son asesinados por mujeres o sufren un ataque sexual. Russell también le confiere un significado político al feminicidio con el propósito de denunciar la falta de respuesta del Estado en estos casos y el incumplimiento de sus obligaciones de garantía. Un aspecto fundamental es que, al ubicar el asesinato de mujeres en el terreno de la política sexual, Russell rechaza:

[...] la concepción popular de que el asesinato de mujeres es un asunto privado o patológico, o ambas cosas a la vez [...] Los feminicidios son crímenes de odio mortales [que] se encuentra[n] en el extremo de un continuo de aterrorizamiento sexista a mujeres y jovencitas. Violación, tortura, mutilación, esclavitud sexual, abuso sexual infantil incestuoso y extrafamiliar, maltrato físico y emocional, y casos serios de acoso sexual se encuentran también en este continuo. Siempre que

⁴ Citado por Jill Radford, “Introduction”, en *Femicide. The Politics of Woman Killing*, p. 3., apud Liz Kelly, *Surviving Sexual Violence*. Cambridge, Polity Press, 1988, p. 41.

estas formas de terrorismo sexual desembocan en la muerte, se convierten en feminicidios.⁵

Para Russell es imposible desligar el feminicidio de la violencia sexual. Y pone énfasis en el daño que puede causar el hecho de que el agresor sea considerado un loco o un enfermo, pues en la gran mayoría de los casos estudiados (Estados Unidos, Gran Bretaña, China, India, Argelia, África del Sur, Israel y Canadá) los feminicidas son hombres sanos que habitan en contextos de sociedades tremendamente misóginas. Cuando a los feminicidas se les llama locos se trivializan y despolitizan sus crímenes. Ya lo señala Caputi: “Ahora esperamos entender la aterrización de las mujeres, no en términos políticos, sino como la aberrante conducta de misteriosos maniacos sexuales, monstruos sobrenaturales o, en la jerga psicológica, *psicópatas* y *sociópatas*”.⁶ Lo más importante es poner énfasis en el número de mujeres asesinadas; algunas veces son asesinadas luego de años de padecer tortura física y mental por parte de alguna pareja o familiar; otras veces son asesinadas después de atroces sufrimientos en manos de perpetradores desconocidos o son eliminadas abruptamente por hombres que consideran que matar a una mujer es un acto insignificante; algunas veces son masacradas y desmembradas por hombres que se excitan sexualmente con dicha conducta.⁷ Los feminicidas son hombres de todas las clases y grupos étnicos. Ante esto, es de vital importancia reconocer “que las mujeres están viviendo actualmente, en una época de extremos, crecientes y brutales feminicidios”⁸ y no importa la psicopatía individual de los feminicidas, el problema es social y político, debe verse como algo

⁵ Diana Russell y Roberta A. Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*. México, UNAM-CEIICH, 2006, p. 58.

⁶ Citado por Diana Russell y Roberta A. Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*, p. 348, *apud* Jane Caputi, *The Age of Sex Crime*. Ohio, Bowling Green State University Press, 1987, p. 109.

⁷ Diana Russell y Roberta A. Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*. México, UNAM-CEIICH, 2006, pp. 348-349.

⁸ *Ibid.*, p. 351.

global, no individual. No debe tenerse un enfoque psiquiátrico sino sociocultural.⁹

La misoginia es mortal en cualquier entorno, se ha visto con el alcance internacional que tiene el feminicidio, la extensión por todo el mundo. Por ello, resulta fundamental que se reconozca el papel del sexismo y la misoginia en la mayoría de los casos de mujeres (adultas, jóvenes, niñas y bebés) asesinadas. Cabe acotar que Russell distingue entre asesinatos misóginos y sexistas. Los asesinatos misóginos son aquellos motivados por el odio hacia las mujeres, en tanto que los asesinatos sexistas incluyen a los asesinatos realizados por varones inclinados hacia un sentido de tener derecho a ello o superioridad sobre las mujeres, por el placer o deseos sádicos hacia ellas, o por la suposición de propiedad sobre las mujeres.¹⁰ Con esta precisión, Russell amplía el término feminicidio más allá de los asesinatos misóginos para aplicarlo a todas las formas de asesinato sexista.¹¹

Después de Russell, otras mujeres han reflexionado sobre el término desde muchas disciplinas (jurídica, antropológica, filosófica). Por ejemplo, en México, Marcela Lagarde lo definió como el acto de matar a una mujer sólo por el hecho de su pertenencia al sexo femenino. Lagarde ha subrayado que la violencia está presente antes del feminicidio de formas diversas a lo largo de la vida de las mujeres y después de perpetrado continúa como violencia institucional a través de la impunidad y la estigmatización.

Si bien el término *femicide* irrumpe en 1976 con Diana Russell, es la antropóloga mexicana quien reformula *femicidio* a *feminicidio* para insistir en la carga misógina de este tipo de crimen. Lagarde explica que tradujo *femicide* como feminicidio y no como femicidio porque:

[...] en español, femicidio puede ser sólo interpretado como el término femenino de homicidio; es decir, como concepto

⁹ *Idem.*, p. 351.

¹⁰ *Ibid.*, p. 78.

¹¹ *Ibid.*, p. 77.

que especifica el sexo de las víctimas. Mi intención fue aclarar, desde el término mismo, feminicidio, que no se trata sólo de la descripción de crímenes que cometen homicidas contra niñas y mujeres, sino de la construcción social de estos crímenes de odio, culminación de la violencia de género contra las mujeres, así como de la impunidad que los configura. Analizado así, el feminicidio es un crimen de Estado, ya que éste no es capaz de garantizar la vida y la seguridad de las mujeres en general.¹²

Tipos de feminicidios

Para Russell, resulta fundamental usar terminología con perspectiva de género para referirse a distintos tipos de asesinatos y asesinos, los cuales enlisto a continuación:

1. Asesinato de hombre contra hombre.
2. Asesinato de hombre contra mujer (que puede ser feminicida o no feminicida).¹³
3. Asesinato de mujer contra mujer.
4. Asesinato de mujer contra hombre.¹⁴

A partir de esta tipología se tuvo más claridad en lo que debe considerarse un feminicidio y comenzaron a hacerse distinciones entre los diferentes tipos de feminicidios.

El feminicidio del que se suele hablar más es el de la pareja íntima, pero hay otros que deben tenerse en cuenta:

¹² *Ibid.*, p. 12.

¹³ El asesinato no feminicida de una mujer es cuando el género femenino de una víctima es irrelevante para el perpetrador. (*Ibid.*, p. 79).

¹⁴ *Ibid.*, p 75.

[...] en serie con violación, racista, de esposa, de conocida, de amante, de cita, de prostituta, relacionado con las drogas, de honor, lesbofóbico, relacionado con abuso sexual a menores y en masa.¹⁵ Estas no son categorías separadas debido a que un caso particular de feminicidio puede caer en dos o hasta tres categorías; por ejemplo, un feminicidio con violación, racista y relacionado con drogas.¹⁶

Jane Caputi fue la primera mujer que habló sobre los feminicidios en serie (en su libro *The age of Sex Crime*, 1987), uno de los más escalofriantes tipos de asesinatos misóginos. Por su parte, Natalie Nenadic le da crédito a la activista feminista Asja Armanda como la primera persona que llamó feminicidios a las atrocidades sexuales cometidas por hombres serbios en contra de mujeres croatas en Bosnia-Herzegovina durante la guerra civil.¹⁷ Así, para los feminicidios en serie se buscó hacer una distinción entre los contextos de guerra y los de paz con el fin de llamar la atención sobre sus especificidades, algo similar a lo que sucedió cuando se acuñó el término genocidio.¹⁸

Otro tipo de feminicidio que se ha intentado explicar es el social o encubierto, es decir, el que “incluye formas encubiertas de asesinar a las mujeres, como que se permita su muerte a causa de actitudes o instituciones sociales o misóginas”.¹⁹ Algunos ejemplos son las muertes derivadas de abortos mal practicados; de cirugías innecesarias (como histerectomías; mutilación de genitales — particularmente escisión e infibulación—); de experimentación en cuerpos de mujeres (incluyendo el uso de métodos

¹⁵ El asesinato de brujas en Europa durante tres siglos lo considera un feminicidio en masa.

¹⁶ *Ibid.*, p. 84.

¹⁷ *Ibid.*, p. 67.

¹⁸ El término genocidio fue acuñado en 1944 para definir el acto de destruir, total o parcialmente, a un grupo étnico, racial, nacional o religioso. Aparece por primera vez en un documento oficial el 9 de diciembre de 1948 en un decreto de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

¹⁹ *Ibid.*, p. 85.

de control natal insuficientemente probados); de prácticas matrimoniales peligrosas (como aquellas en las que mujeres extremadamente jóvenes se casan con hombres mucho más viejos, algunas de las cuales mueren como resultado del coito forzoso) y de la deliberada preferencia de hijos varones en muchas culturas, lo que da como resultado la muerte de mujeres por negligencia, enfermedad o inanición.²⁰

En síntesis, para comprender mejor los feminicidios, una tipología debe incluir la relación entre la víctima y el victimario, especificar si se trata de su pareja íntima, algún familiar, un conocido o un extraño.

Feminicidios de pareja	Feminicidios de familiares	Otros perpetradores conocidos de feminicidio	Feminicidios de extraños
Amanos masculinos / parejas sexuales	Padres / padrastros	Amigos masculinos de la familia	Extraños masculinos
Esposo	Hermanos adoptivos / hermanastros / medios hermanos	Amigos masculinos de la víctima	
Exposos	Tíos / tíos políticos	Colegas masculinos	
Concubinos	Abuelos / abudastros	Figuras masculinas de autoridad (maestros, sacerdotes, empleadores)	
Exconcubinos / examantes masculinos	Hijos / hijastros	Conocidos masculinos	
Parejas sexuales	Suegros	Citas masculinas (no sexual)	
Novios (comprometidos)	Cuñados	Otros perpetradores masculinos	
Exnovios (comprometidos)	Otros parientes masculinos		
Otras parejas íntimas masculinas			

Cuadro 1. Tipología de feminicidios basados en la relación entre los asesinos y sus víctimas.²¹

²⁰ *Ibid.*, p. 86.

²¹ *Ibid.*, p. 88.

Con el paso del tiempo se han profundizado y complejizado los estudios sobre los feminicidios. Se han diferenciado y se ha puesto atención en sus particularidades. A continuación, abordaré otra de las diferencias fundamentales (además de la señalada relación entre víctima y victimario): los espacios en donde se llevan a cabo.

En 2001, Diana Russell publicó la continuación de sus investigaciones en el libro *Feminicidio: una perspectiva global*. En él profundizó sus reflexiones sobre los distintos tipos de feminicidios y propuso sacar la violencia contra las mujeres del entorno doméstico y ponerla en la escena pública para obligar a los estados a intervenir y proteger a las mujeres, con el fin de que dejaran de lavarse las manos al saber que los crímenes eran cometidos por familiares o conocidos de la víctima. Muchas veces se estudiaba más a los asesinos que a las víctimas²², por lo que Russell subrayó la necesidad de voltear a verlas a ellas y no a los victimarios. Y, sobre todo, apostó en contra de trivializar los feminicidios, en especial cuando eran cometidos por parejas o esposos. Eso solía suceder aun cuando los uxoricidios estaban tipificados pero escasas veces los culpables cumplían una condena. En muchos casos de la llamada “violencia doméstica” se culpabilizaba a las víctimas y se buscaba una explicación en la que las mujeres merecían que sus parejas las mataran. De acuerdo con Russell, en criminología se decía que las víctimas de violación lo habían pedido, disfrutado o provocado y cuando las víctimas eran las esposas o las hijas (o alguien del entorno doméstico), la respuesta casi siempre incluía una patología o enfermedad mental, justificando o buscando una explicación para el agresor. Y, además, muchas veces se culpabilizaba a la madre del asesino (porque lo educó mal, no le puso atención, le dio un mal ejemplo o fue una madre dominante) como sucede en la novela *Tenemos que hablar*

²² Este es un fenómeno que sigue sucediendo, podemos verlo en documentales o series que tienen como eje central a los agresores: *El caso Watts*, *El padre homicida*, *Las cintas de Ted Bundy*, *Mindhunter*, *Inside the criminal mind* y *I am a Killer* son sólo algunos ejemplos.

de Kevin²³ o el asesino de Montreal.²⁴ En cualquier caso, las mujeres siempre son culpabilizadas:

El feminicidio está rodeado por la mitología de “la mujer culpable”. Es el comportamiento de las mujeres lo que se analiza y se considera deficiente cuando se compara con las construcciones idealizadas de la feminidad y los estándares de comportamiento de los hombres. El mensaje del mito es claro. Para las mujeres, dice: “Salte de los estándares y puede costarte la vida”; para los hombres: “Puedes matarla y salirte con la tuya”.²⁵

Cuando se decidió poner el foco en los feminicidios cometidos en la vía pública, lejos de resolver o frenar los crímenes, comenzaron a circular este tipo de consejos: Si el peligro está afuera, las mujeres no deben salir de noche, no deben salir solas o deben evitar ir a ciertas zonas; es decir, se empezó a restringir su uso del espacio público y a controlar y juzgar su comportamiento. El mensaje subyacente era que el lugar de las mujeres estaba en la casa, cuando se ha demostrado que en muchas ocasiones el agresor está en ese espacio privado. Así, conforme se empezó a profundizar en el estudio del feminicidio, se puso en evidencia su complejidad.

²³ La novela de Lionel Shriver aborda el caso Kevin Katchadourian, un adolescente que, después de asesinar a su padre y a su hermana, comete una masacre en su escuela: mata a varios de sus compañeros con flechas, pues era aficionado a la arquería. Kevin es juzgado y encarcelado, pero la mayoría de los reflectores voltean a ver a su madre como la responsable de haber criado a un asesino en serie.

²⁴ El 6 de diciembre de 1989, Marc Lépine, de 25 años, ingresó a la Escuela Politécnica de Montreal armado con un rifle semiautomático, gritó que estaba luchando contra el feminismo y disparó en contra de 28 mujeres, matando a 14, posteriormente se suicidó.

²⁵ Luz María Durán Moreno, “Feminicidio: la violencia del estado contra las mujeres”, en *Cuadernos ocasionales*. Montevideo, Social Watch, 2011, núm. 7, p. 15.

Queda claro que hay muchos tipos de feminicidios, aunque para Diana Russell, en todos ellos el denominador común es que son “manifestaciones extremas del dominio masculino y del sexismo”.²⁶

Los estudios del feminicidio comenzaron a tener en cuenta diferencias como el espacio, la raza, la clase, los privilegios y las diferencias culturales e históricas de víctimas y victimarios. Entonces, aunque el foco estaba en las calles, en el espacio público, tampoco podía dejarse de lado que las casas nunca fueron seguras para las mujeres. Una buena parte corre peligro en sus propios hogares o son asesinadas por una persona conocida, principalmente pareja o expareja. Por eso, a finales de los años noventa, Rita Segato señaló la importancia de separar los espacios públicos de los privados. Para los feminicidios en entornos privados cometidos por agresores conocidos, Segato habla de “dueñidad”, de una idea de posesión muy arraigada, de que algunos hombres se sienten dueños de las mujeres que los rodean. De acuerdo con la antropóloga argentina, este “poder de dueños” puede notarse cuando los hombres obedecen a un mandato de masculinidad, que es un mandato de potencia, y prueban esa potencia mediante el cuerpo de las mujeres.²⁷

En 2006, Rita Segato publicó su famosa investigación sobre las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. A partir del análisis de los feminicidios en la ciudad fronteriza propuso pensar la violencia contra las mujeres como un sistema de comunicación que muestra la fuerza y la impunidad de aquellos que desde el Estado y lo paraestatal reinan en la frontera. Segato acuñó el término femigenocidio²⁸ para describir

²⁶ Diana Russell y Roberta A. Harnes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*, p. 57.

²⁷ Vid. Rita Segato, *La guerra contra las mujeres* [en línea]. Madrid, Traficantes de sueños, 2016, 198 pp. <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45_segato_web.pdf>. [Consulta: 2 de noviembre, 2021].

²⁸ “El femigenocidio sería utilizado para los crímenes sistemáticos e impersonales que tienen por objetivo específico la destrucción de las mujeres (y los hombres feminizados) solamente por ser mujeres y sin posibilidad de personalizar o individualizar ni el móvil de la autoría ni la relación entre perpetrador y víctima. De esta forma, destinaríamos la categoría ‘feminicidio’ a todos los crímenes misóginos que victiman a las

los crímenes de naturaleza impersonal cometidos contra las mujeres en el espacio público. El objetivo era que obtuvieran el grado de lesa humanidad o genocidio y no prescribieran en jurisdicciones nacionales o en tribunales internacionales.

Rita Segato insiste en marcar la diferencia entre feminicidios que pueden ser personalizados o “interpretados a partir de relaciones interpersonales o de móviles de tipo personal por parte del perpetrador de aquellos que no pueden serlo”,²⁹ es decir, de los feminicidios impersonales o masivos que se cometen en espacios públicos. Señala que debe tenerse en cuenta que es diferente la violencia cometida “en la intimidad de los relacionamientos y en el anonimato de las calles”.³⁰ Segato considera esta diferencia como fundamental para comprender los crímenes y para la eficacia de la investigación criminal. Crímenes diferentes necesitan protocolos de investigación diferentes, pero nunca debe perderse de vista la necesidad de abordar el género como foco y meta de las agresiones tanto feminicidas como femigenocidas. En resumen, Segato³¹ propone la distinción de dos tipos de violencia feminicida:

1. La que puede ser referida a relaciones interpersonales y sucede en espacios privados.
2. La que tiene características no personalizables y sucede en espacios públicos.

En el mismo sentido del femigenocidio de Segato, en 1987 Jane Caputi y Mary Dale utilizaron la palabra “ginocidio” para referirse a las medidas

mujeres, tanto en el contexto de las relaciones de género de tipo interpersonal como de tipo impersonal, e introduciríamos la partícula ‘geno’ para denominar aquellos feminicidios que se dirigen, con su letalidad, a la mujer como *genus*, es decir, como género, en condiciones de impersonalidad”. (Rita Segato, *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2013, p. 7.)

²⁹ *Ibid.*, p. 1.

³⁰ *Ibid.*, p. 5.

³¹ *Ibid.*, p. 6.

intencionales que buscan causar la destrucción de las mujeres en una población específica. Fue definido por ellas de la siguiente manera:

[El genocidio es] la destrucción planeada, institucionalizada espiritual y corporalmente, de las mujeres; el uso deliberado de medidas sistemáticas (como asesinato, heridas corporales o mentales, condiciones de vida insoportables, prevención de nacimientos), que están encaminados a la destrucción de las mujeres.³²

Por su parte, Russell propone adoptar la definición de genocidio de la ONU para explicar el genocidio. Prefiere definirlo como cualquiera de los siguientes actos cometidos con la intención de destruir a las mujeres como género, en todo o en parte:

1. Asesinato, es decir, feminicidio.
2. Causar daño severo corporal o mental a las mujeres, por violación generalizada, abuso sexual infantil, acoso sexual, violencia física, abuso verbal, restricciones de la libertad, etcétera.
3. Infligir deliberadamente sobre las mujeres condiciones de vida encaminadas a su destrucción física parcial; por ejemplo, discriminarlas económicamente, de tal forma que sigan dependiendo de los hombres; socializarlas para que crean que es su deber que pasen parte importante de sus vidas y energías criando a los hijos y manteniendo la casa en lugar de competir con los hombres en la fuerza de trabajo pagada, etcétera.
4. Imponer medidas para prevenir nacimientos por racismo u otras razones poco apropiadas.
5. Trasladar forzosamente al hombre (incluyendo a hombres que abusan sexual o físicamente de sus hijos) a los hijos de parejas divorciadas involucradas en litigio por la custodia (a

³² Citado por Diana Russell y Roberta A. Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*, p. 90, *apud* Daly Mary y Jane Caputi, *Webster's first new intergalactic wickedary of the English Language*. Boston, Beacon Press, 1987, p. 77.

pesar de que las mujeres han tenido típicamente la mayor responsabilidad de criarlos), particularmente si la madre tiene menos capacidad económica que el padre o si ella es considerada incapacitada simplemente por racismo, lesbofobia u otras razones poco apropiadas.³³

En América Latina, México fue el primer país en tipificar penalmente el feminicidio en 2012. Aquí ya forma parte del lenguaje cotidiano, mientras que en otros países como España se pretende volver al término violencia intrafamiliar.

Después de este breve esbozo de lo que entendemos por feminicidios y sus diferencias fundamentales, a continuación, se analizarán algunas obras literarias latinoamericanas que abordan feminicidios tanto en entornos privados como en públicos, tanto personales como impersonales.

2666

Antes de empezar con la revisión de la obra de Roberto Bolaño, es pertinente explicar el contexto en donde se desarrolla la historia. En América Latina el término feminicidio comenzó a usarse de manera generalizada en los años noventa, a raíz de los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez. Los feminicidios en la ciudad chihuahuense son un conjunto de casos emblemáticos que pusieron en evidencia la terrible situación en la que se encuentran las mujeres en México, a merced de asesinos que disponen de sus cuerpos como si fueran desechables y totalmente desamparadas del sistema judicial que no les otorga justicia. Durante 20 años (1993-2013) las cifras oficiales estiman que han sido asesinadas un total de 700 mujeres, en general jóvenes y de escasos recursos. Es posible afirmar que los feminicidios, o femigenocidios en palabras de Rita Segato, de esta ciudad fronteriza fueron unos de los primeros casos de violencia sistemática contra las mujeres, retomados

³³ Diana Russell y Roberta A. Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*, pp. 91-92.

en la literatura. Son célebres los libros *Huesos en el desierto* (2002) de Sergio González Rodríguez, crónica periodística en la que se investiga la ola de crímenes contra mujeres y niñas ocurridos en la ciudad fronteriza, cuyos cadáveres son abandonados en el desierto; la obra de teatro *Hotel Juárez* (2007) de Víctor Hugo Rascón Banda que se enfoca en una mujer que va a Ciudad Juárez en busca de su hermana desaparecida y se entera de lo que sucede con las mujeres; la novela gráfica francesa *Luchadoras* (2006) de Peggy Adam y traducida por Lucía Bermúdez Carballo, en donde hablan mujeres de Ciudad Juárez que viven con miedo a ser desaparecidas, violadas y asesinadas; la novela *Sangre en el desierto* (2005) de Alicia Gaspar de Alba, en donde se presentan los feminicidios de Ciudad Juárez en un contexto transnacional y globalizado; y la que quizá sea la obra más conocida sobre el tema y que se abordará en las siguientes líneas: *2666*, de Roberto Bolaño, publicada póstumamente en 2004. La novela, dividida en 5 capítulos, dedica el cuarto a los feminicidios de Ciudad Juárez. “La parte de los crímenes” se desarrolla en la ciudad ficticia de Santa Teresa, identificada como Ciudad Juárez, y está enfocada en los asesinatos de mujeres y las investigaciones que se llevan a cabo para esclarecerlos.

Con un estilo de crónica periodística, se narran a lo largo de 350 páginas las apariciones de cadáveres de mujeres en Santa Teresa, en el estado de Sonora. El tono en el que se narran los casos de las mujeres violadas, torturadas y asesinadas que comienzan a aparecer en enero de 1993 es crudo, directo y brutal:

Esto ocurrió en 1993. En enero de 1993. A partir de esta muerte comenzaron a contarse los asesinatos de mujeres. Pero es probable que antes hubiera otras. La primera muerte se llamaba Esperanza Gómez Saldaña y tenía trece años [...] El cuerpo fue llevado a la morgue del hospital de la ciudad, en donde el médico forense le realizó la autopsia. Según ésta, Esperanza Gómez Saldaña había muerto estrangulada. Presentaba hematomas en el mentón y en el ojo izquierdo. Fuertes hematomas en las piernas y en las costillas. Había sido violada vaginal

y analmente, probablemente más de una vez, pues ambos conductos presentaban desgarros y escoriaciones por los que habían sangrado profusamente.³⁴

Quise incluir esta cita porque permite justamente percibir el tono del capítulo, se trata de una narración densa que, en la frialdad de los reportes policíacos, no escatima los detalles de la violencia que sufrieron las mujeres.

En 2666 los feminicidios y los hallazgos de los cuerpos ocurren en diversos lugares, en sus propias casas y en espacios públicos: descampados, baldíos, basureros, autos abandonados o tubos de desagüe. Las mujeres son encontradas con ropa desgarrada, sin ropa, a un costado de la carretera, con miembros cercenados, en bolsas, con traumatismos, escondidas en el desierto, con signos de ahorcamientos, con heridas de armas punzocortantes, con golpes, con fracturas, con mutilaciones, con quemaduras, entre otras brutalidades. A pesar de esto, no hay testigos, nadie veía ni escuchaba nada, aun si aparecían en lugares públicos a plena luz del día. También se sabía que, desde su desaparición hasta el hallazgo de restos, pasaban por varios lugares: “las mujeres son secuestradas en un lugar, son llevadas a otro lugar, en donde se las viola y luego se las mata, y finalmente sus cuerpos son arrojados en un tercer lugar”.³⁵

Las edades de las víctimas que aparecen abarcan un rango amplio: la menor es una niña de 10 años (“En el cuerpo se apreciaron ocho heridas de cuchillo, tres a la altura del corazón. Uno de los policías se puso a llorar cuando la vio”)³⁶ y la mayor tenía 50 años. Entre ellas hay mujeres embarazadas, mujeres que dejaron hijos huérfanos, mexicanas, estadounidenses, oriundas de Santa Teresa, originarias de otros estados, estudiantes, obreras, prostitutas, bailarinas, trabajadoras domésticas y muchas no son identificadas. De las que sí hay datos, se reproducen

³⁴ Roberto Bolaño, 2666. Barcelona, Anagrama, 2009, p. 444.

³⁵ *Ibid.*, p. 700.

³⁶ *Ibid.*, p. 627.

a continuación sus nombres porque, como ya se mencionó en la introducción, siempre que haya nombres, ficticios o no, en este libro se nombrará a las víctimas: Isabel Cancino, Guadalupe Rojas, Emilia Mena Mena, Margarita López Santos, Gabriela Morón, Marta Navales Gómez, Elsa Luz Pintado, Felicidad Jiménez Jiménez, Leticia Contreras Zamudio, Penélope Méndez Becerra, Lucy Anne Sander, Mónica Durán Reyes, Rebeca Fernández de Hoyos, Silvana Pérez Arjona, Claudia Pérez Millán, María de la Luz Romero, Isabel Urrea, Sofía Serrano, Olga Paredes Pacheco, Aurora Muñoz Álvarez, Emilia Escalante Sanjuán, Estrella Ruiz Sandoval, Mónica Posadas, Jacqueline Ríos, Marisa Hernández Silva, Adela García Estrada, Beatriz Concepción Roldán, Michelle Requejo, Rosa López Larios, Ema Contreras, Beverly Beltrán Hoyos, Paula Sánchez Garcés, Erica Mendoza, Guadalupe Elena Blanco, Linda Vázquez, Marisol Camarena, Angélica Nevares, Adela García Ceballos, Lola y Janet Reynolds, Marí Sandra Rosales Zepeda, Luisa Cardona Pardo, Estefanía Rivas, Herminia Noriega, Guadalupe Guzmán Prieto, Jazmín Torres Dorantes, Carolina Fernández Fuentes, Elena Montoya, Irene González Reséndiz, Michele Sánchez Castillo, Aurora Cruz Barrientos, Sabrina Gómez Demetrio, Aurora Ibáñez Medel, Ana Muñoz Sanjuán, María Estela Ramos, Leticia Borrego García, Lucía Domínguez Roa, Rosa Gutiérrez Centeno, Angélica Ochoa, Rosario Marquina, María Elena Torres, Úrsula González Rojo, Juana Marín Lozada y Esther Perea Peña.

Los casos contados terminan en 1997, pero no hay resoluciones contundentes, las mujeres siguen apareciendo muertas. A pesar de las diferencias, en las víctimas hay características comunes: la mayoría son mujeres pobres, precarizadas, sin familia o cuyas familias no cuentan con los recursos para llevar a cabo investigaciones. Además, son juzgadas por las autoridades que, en lugar de buscar a los agresores, intentan justificar que las mujeres, de alguna manera, merecían o se buscaron la muerte. Por ejemplo, son llamadas “medio putas” por salir en la noche o llevar las uñas pintadas de rojo; además, se contaban chistes machistas entre policías y forenses en un desayuno cualquiera. Yolanda Palacio, encargada — y única empleada— del Departamento de Delitos

Sexuales de Santa Teresa, parece ser de las pocas autoridades que se toman en serio su trabajo:

¿Sabe usted cuántas mujeres son víctimas de delitos sexuales en esta ciudad? Más de dos mil cada año. Y casi la mitad son menores de edad. Y probablemente un número similar no denuncia la violación, por lo que estaríamos hablando de cuatro mil violaciones al año. Es decir, cada día violan a más de diez mujeres aquí [...] Algunas de las violaciones, por supuesto, acaban en asesinato. Pero no quiero exagerar, la mayoría se conforma con violar y ya está.³⁷

Palacio lleva a cabo sola todos los trabajos de investigación y estadísticas, el peso de un problema de semejante magnitud no puede recaer en una sola persona, pero a nadie parece importarle. Ella se acostumbra, no espera ningún tipo de apoyo, aunque los datos que encuentra tendrían que ser de interés nacional.

Los reportes de los hallazgos se suceden unos a otros sin tregua. Los policías, cada vez más acostumbrados a encontrar cuerpos agredidos sexualmente, incluso hacen su escala de violaciones, en donde la “ocho conductos” (anal, vaginal, orejas, boca, ojos y ombligo)³⁸ es sin duda la que más demuestra la saña contra las mujeres.

Las mujeres muertas “brotan literalmente del desierto de Santa Teresa”,³⁹ comienzan a circular toda clase de rumores, uno de ellos es que Santa Teresa era la capital del cine *snuff*, por lo que se creía que las mujeres eran usadas para filmar asesinatos, y del cine porno, es decir que había una red de trata que terminaba por deshacerse de ellas cuando ya no le servían. En “La parte de los crímenes” hay un sinfín de personajes siniestros que pueden estar involucrados en estos negocios: políticos, cárteles de la droga, ex agentes del FBI, policías, periodistas, detectives

³⁷ *Ibid.*, p. 704.

³⁸ *Ibid.*, p. 577.

³⁹ *Ibid.*, p. 701.

privados, hombres que obligan a mujeres a prostituirse en narcorranchos a mitad del desierto, presos, pandilleros, entre muchos otros.

Como veremos a lo largo de este libro, uno de los delitos más complejos es la desaparición. En 2666 se habla de ella como un “limbo horrible [...] En México uno puede estar más o menos muerto”.⁴⁰ Se suele pensar que las personas desaparecidas están siendo víctimas de un delito, pero están con vida. Mientras no aparezcan, los familiares intentan que se les siga buscando, el problema es el interés y los recursos. Muchas de las mujeres desaparecidas no tienen a nadie que reclame por ellas. Cuando las mujeres desaparecían, el narrador habla de “estar en el purgatorio, una larga espera inerte, una espera cuya columna vertebral era el desamparo, algo muy latinoamericano”.⁴¹ Con esto queda claro que el problema no es sólo de México, que pasa en el resto de América Latina, pues lejos de llegar a una solución, las autoridades se lavan las manos y lo hacen en repetidas ocasiones. Una muy clara es cuando en enero de 1997 detienen a una banda de criminales a quienes les adjudican todos los feminicidios de Santa Teresa. Con esta detención, las autoridades señalaron que “Todo lo que a partir de ahora suceda entra en el rubro de los crímenes comunes y corrientes, propios de una ciudad en constante crecimiento y desarrollo. Se acabaron los psicópatas”.⁴² Así de fácil daban por terminado el problema, los integrantes de esa banda son utilizados como chivos expiatorios, pero difícilmente alguien cree esa historia. Desde luego, siguen apareciendo mujeres muertas, la violencia feminicida no se borra de un día para otro en una sociedad machista y patriarcal con un puñado de presos.

En la prensa de la capital se cuestionó con firmeza la actuación de las autoridades estatales y, como el caso no se cerraba, Sergio González, en un guiño claro al cronista mexicano, consigue que su periódico lo envíe a Santa Teresa para escribir sobre lo sucedido. Sólo hasta marzo de 1995, más de dos años después de los primeros casos, aparecieron

⁴⁰ *Ibid.*, p. 779.

⁴¹ *Ibid.*, p. 660.

⁴² *Ibid.*, p. 673.

“las primeras críticas a la actuación policial. Incapaz no sólo de detener la ola (o el goteo incesante) de crímenes sexuales sino también de apresar a los asesinos y devolver la paz y la tranquilidad a una ciudad de natural laborioso”.⁴³ La sociedad no era escuchada, pero la prensa sí, así que la policía teme más a estos escándalos mediáticos.

En agosto de 1995 fueron encontrados los cuerpos de siete mujeres y el escándalo ya había cruzado la frontera, por lo que policías y autoridades estadounidense llegaban a Santa Teresa a ver qué ocurría. Los cuerpos se sucedían uno tras otro sin parar. Aparecían mujeres y niñas estranguladas, golpeadas, mutiladas, con miembros cercenados, con senos amputados, arrancados a mordidas, acuchilladas, con armas de fuego, quemadas, violadas, raptadas al salir de la escuela o de sus trabajos en maquiladoras. En casi todas encuentran marcas en sus cuerpos que indican que lucharon, que quisieron defenderse con uñas y dientes, como sujetos inermes frente a un acto de horror.

En 2666 aparece una vidente —al igual que en *Chicas muertas y Cometierra*— llamada Florita Almada, que en un programa de televisión local dijo:

[...] que había visto mujeres muertas y niñas muertas. Un desierto. Un oasis... Dijo que en la ciudad mataban niñas... Un desierto muy grande, una ciudad muy grande, en el norte del estado, niñas asesinadas, mujeres asesinadas... ¡Es Santa Teresa! ¡Es Santa Teresa! Lo estoy viendo clarito. Allí matan a las mujeres. Matan a mis hijas. ¡Mis hijas! ¡Mis hijas!... la policía no hace nada, dijo tras unos segundos con otro tono de voz, los putos policías no hacen nada, sólo miran, pero ¿qué miran?... algunas se van en un carro negro, pero las matan en cualquier lugar.⁴⁴

Florita hace continuas apariciones en la prensa para hablar de esas mujeres, quiere nombrarlas, denunciar “la desidia policial, la corrup-

⁴³ *Ibid.*, p. 565.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 546-547.

ción, y del número de mujeres muertas que crecía sin parar desde el año 1993”.⁴⁵ Florita dice con todas sus letras lo que nadie más se había atrevido a decir, y lo hace en un canal de televisión.

Un caso que muestra no sólo el peligro al que estaban expuestas las niñas y mujeres, también la falta de eficiencia en las autoridades, es el de Andrea Pacheco Martínez, de 13 años, raptada al salir de secundaria técnica. La tarde de su desaparición, sus padres hacen la denuncia correspondiente:

Quando la encontraron, dos días después, su cuerpo mostraba señales inequívocas de muerte por estrangulamiento, con rotura del hueso hioides. Había sido violada anal y vaginalmente. Las muñecas presentaban tumefacciones típicas de ataduras. Ambos tobillos estaban lacerados, por lo que se dedujo que también había sido atada de pies. Un emigrante salvadoreño encontró el cuerpo detrás de la escuela Francisco I, en Madero, cerca de la colonia Álamos. Estaba completamente vestida y la ropa, salvo la blusa, a la que le faltaban varios botones, no presentaba desgarraduras. El salvadoreño fue acusado del homicidio y permaneció en los calabozos de la comisaría n. 3 durante dos semanas, al cabo de las cuales lo soltaron. Salió con la salud quebrantada.⁴⁶

Con este caso, las personas ya no se atrevían siquiera a avisar de algún hallazgo por temor a ser inculcados, como el caso del migrante. Los policías deben levantar los cuerpos, identificarlos, contactar familiares e investigar. Pero hay corrupción, siembra de pruebas, chivos expiatorios. En medio de las narraciones de los crímenes, se habla de teorías y, en más de una ocasión, se deja ver cómo la policía intenta “resolver” los crímenes achacándolos a otra persona. Tal es el caso del amante de Luisa Celina Vásquez, a quien le quieren “agregar” a

⁴⁵ *Ibid.*, p. 631.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 490-491.

su condena el asesinato de Esperanza, la primera mujer de la que se tiene documentada su muerte o con la que comienzan los crímenes. Lo mismo sucede con Klaus Haas, el alemán que se dedicaba al negocio de computadoras y a quien le quisieron atribuir la autoría de varios feminicidios. También hay mujeres desaparecidas que parecen no importarle a nadie, salvo Kelly Rivera Parker, cuya amiga íntima, Azucena Esquivel Plata, mueve cielo y tierra para dar con su paradero, cobijada por los recursos y contactos que tenía por ser de una familia adinerada y ser diputada priista. Esquivel no consigue mucho, pero parece pasar la estafeta a Sergio González, a quien pide que escriba sobre las muertas de Santa Teresa, lo cual es un guiño al origen de *Huesos en el desierto*.

Algunos feminicidas sí fueron identificados, sobre todo cuando eran feminicidios cometidos por un agresor conocido en un espacio privado, por ejemplo, novios, esposos, hijos, o padrastros. Sin embargo, la mayoría de los crímenes quedaron impunes, los casos de las víctimas sin documentos, sin que nadie las reclame, se cierran sin resolverse; sus cuerpos van a parar a fosas comunes o a la facultad de medicina. Un cuestionamiento que hace el narrador es cómo era posible que hubiera niñas de 10 años que nadie reclamaba.

En una narración densa y muy cruda, “las muertas” adquieren nombres, se les reconoce, se les humaniza, se trata de contar algo de ellas, de intentar que no se olvide que fueron mujeres, que no son nada más cuerpos violentados. No existe lo que no se nombra, las víctimas no son números, al nominarlas se intenta crear un vínculo. Al dar a conocer sus historias se les devuelve la identidad. Roberto Bolaño hace una narración trepidante que no da descanso, uno tras otro se suceden los hallazgos de restos humanos en la periferia santarrosina. Este es un texto que narra la desmesura de la violencia que sufren las mujeres, como seres inermes, el terror, el horror, la tristeza y, por si fuera poco, la indiferencia y la injusticia. Uno de los temas más destacados es que frente a los feminicidios no hay un aparato de justicia que pueda o quiera prevenir, investigar, encontrar a los culpables o darles justicia a las víctimas. La representación que Bolaño hace de la burocracia es clara: insensible, indolente, opresiva, ineficiente, incompetente y, lo

más alarmante, es un aparato de justicia patriarcal que se encarga de consolidar la violencia del mismo tipo. Con eso parece quedarnos la idea de que los sujetos inermes se enfrentan a un laberinto sin salida.

Otro aspecto fundamental de la novela es el tratamiento que se le da en los medios de comunicación a los feminicidios, en concreto, la prensa. Paralelamente a los crímenes en contra de las mujeres, aparece “el penitente”, un sacrófobo que destruye iglesias y mata feligreses y sacerdotes. En una sociedad patriarcal como la que dibuja Roberto Bolaño, no sorprende que pronto los reflectores se centren en “el penitente” y las mujeres muertas dejen de ser noticia. La prensa destaca en sus titulares todo lo que hace este hombre, así como las respuestas del gobierno, que no tardó en poner al mando de la investigación a uno de los detectives más capacitados, Juan de Dios Martínez. Las mujeres no importan, no existen, son solamente “las muertas”, mujeres pobres, precarizadas, obreras, prostitutas, mujeres por las que no vale la pena luchar.

La cadena interminable de feminicidios narrados en “La parte de los crímenes” pone el dedo en la llaga, subraya que no son casos aislados, que no se trata de un loco, sino que se trata de un femigenocidio, de mujeres que son violadas, asesinadas y sus cuerpos tirados en basureros, terrenos baldíos, descampados y otros espacios públicos. Conocemos las reacciones de los pobladores, de los policías, de los médicos, de testigos y de transeúntes, pero el siguiente caso tapa el anterior, el efecto dura poco. Es como si se tratara de una espiral sin fin en la que las mujeres van dejando de importar frente a una nueva noticia.

Chicas muertas

Chicas muertas, de la escritora argentina Selva Almada (Entre Ríos, 1973), es una crónica publicada en 2014 que aborda los casos (aún sin resolverse) de tres adolescentes, Andrea, María Luisa y Sara, asesinadas en los años ochenta en el interior de Argentina. La historia se sitúa en la posdictadura argentina, comienza en 1986 cuando Almada tiene 13

años y se enfrenta a un anuncio en la radio local: una chica de un pueblo cercano había sido asesinada en su casa mientras dormía. Esa noticia se quedó en su memoria como el primer contacto con un feminicidio:

Tres adolescentes de provincia asesinadas en los años ochenta, tres muertes impunes ocurridas cuando todavía, en Argentina, desconocíamos el término feminicidio [...] No sabía que a una mujer podían matarla por el solo hecho de ser mujer, pero había escuchado historias que, con el tiempo, fui hilvanando. Anécdotas que no habían terminado en la muerte de la mujer, pero que sí habían hecho de ella objeto de la misoginia, del abuso, del desprecio.⁴⁷

El espacio en el que ocurren los tres feminicidios es fundamental: la provincia de Argentina, no Buenos Aires, no cerca del río de la Plata. No es lo mismo estar en la capital Buenos Aires que en el interior, rural, solitario, alejado, con una sociedad ferozmente machista que deja a las mujeres en la más absoluta vulnerabilidad. Se trata de tres pueblos: San José (Entre Ríos), Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco) y Villa Nueva (Córdoba). En estos tres casos, los entornos en donde se cometen los crímenes son tanto privados como públicos. Almada, la narradora-protagonista-autora creció en Villa Elisa, en la provincia de Entre Ríos, y sabe de lo que habla. Relata distintas experiencias cotidianas de violencia contra las mujeres, incluso en su propia familia, y otros casos de feminicidios. Relata, por ejemplo, que sus padres se habían casado muy jóvenes, 16 y 18 años, tras un noviazgo corto. “Al poco tiempo de vivir juntos, mientras almorzaban, tuvieron una discusión, alguna tontería de adolescentes, que se fue poniendo acalorada. Entonces mi padre levantó una de sus manos, amagándole una cachetada. Y mi madre, ni lerda ni perezosa, le clavó un tenedor en el brazo que él tenía apoyado en la mesa. Mi padre nunca más se hizo el

⁴⁷ Selva Almada, *Chicas muertas*. México, Random House, 2015, p. 18.

guapo”.⁴⁸ Su madre le repetía esta historia, y muchas otras que habían vivido mujeres del pueblo, para concientizarla y aconsejarle que nunca dejara que nadie la violentara.

La narradora señala que, aunque durante su infancia no se hablaba de violencia de género, se encontraba en todas partes. Estaba normalizada en la vida cotidiana de la sociedad en la que se desenvolvía, por eso escuchaba tantas historias de mujeres golpeadas, maltratadas, presionadas económicamente, violadas por sus propios esposos, y amenazadas con difundir su vida privada al exponer su intimidad. Eso es algo que ella, de adolescente, no podía comprender:

¿Cómo podía ser que el marido la violara? Los violadores siempre eran hombres desconocidos que agarraban a una mujer y se la llevaban a algún descampado o que entraban a su casa forzando una puerta. Desde chicas nos enseñaban que no debíamos hablar con extraños [...] Nunca nos dijeron que podía violarte tu marido, tu papá, tu hermano, tu primo, tu vecino, tu abuelo, tu maestro. Un varón en el que depositaras toda tu confianza.⁴⁹

El tono del libro es desolador, ellas no son las únicas, hay y habrá otras mujeres asesinadas porque la sociedad se comporta así, porque está totalmente arraigado el machismo. Esto puede verse en algunas costumbres de la zona: “visitar a un hombre solo que a cambio ayuda con plata es una forma de prostitución que está naturalizada en los pueblos del interior”.⁵⁰ Y, además, el puesto en ocasiones se hereda: las hijas, o las sobrinas, que acompañan a la madre en sus visitas acaban reemplazándola cuando por edad ella ya ha perdido el atractivo. En ese contexto, las mujeres no tienen muchas opciones ante la pobreza o la falta de oportunidades, lo cual representa una vía para mantenerse. Las

⁴⁸ *Ibid.*, p. 53.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 54-55.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 58.

otras opciones eran trabajar desde chicas o terminar como empleadas en una tienda o como secretarias.

Otra práctica siniestra es la que cuenta un viejo amigo de Andrea:

[...] los muchachos tenían una costumbre, un juego, no sé cómo llamarlo, me cuenta. Le decían hacer un becerro. Marcaban a una chica, siempre de la clase baja. Uno del grupo le hacía el novio [...] la conquista debía ser rápida. Una vez que la muchacha cedía, venía la invitación al baile del sábado. Primero a tomar algo en la confitería, después un paseíto en el auto. Nunca llegaban al baile. El auto se desviaba para el balneario o para algún lugar solitario. Allí esperaba el resto de la barra y la chica tenía que pasar con todos.⁵¹

Las chicas eran marcadas como ganado, preparaban con antelación una violación grupal como si se tratara de un juego. Además, cabe resaltar que esta violencia de género también viene atravesada por un componente de clase: eran chicas pobres, sin recursos, sin familias poderosas, sin influencias.

Como una detective, Almada intenta esclarecer tres casos de feminicidios. El primero es el de Andrea Danne: 19 años, asesinada en 1986 de una puñalada en el corazón mientras dormía en su casa, en el pueblo San José, a 20 kilómetros de Villa Elisa. Su madre es quien encuentra el cuerpo: “[La madre, pasada la medianoche] fue a la habitación de las hijas y encendió la luz. Andrea seguía acostada, pero tenía sangre en la nariz... llamó a su esposo a los gritos... [él] levantó a Andrea por los hombros y otro poco de sangre manó de su pecho”.⁵²

Este primer crimen impactó a Almada al momento de conocerlo, tenía casi la misma edad de Andrea y vivía en el pueblo vecino. No podía comprender cómo era posible que fuera asesinada en su propia casa, en su cama: “Mi casa, la de cualquier adolescente, no era el lugar más

⁵¹ *Ibid.*, p. 66.

⁵² *Ibid.*, p. 37.

seguro del mundo. Adentro de tu casa podían matarte. El *horror* podía vivir bajo el mismo techo que vos”.⁵³ La narradora usa la palabra horror que remite al horrorismo del que hablaba Cavarero. En el expediente oficial de Andrea se especifica que su cuerpo se encontró sobre la cama, sin vida, con mucha sangre sobre su pecho y sin ningún otro signo de violencia. Todo lo sucedido en este caso es muy extraño, no hay pistas que ayuden a desenredar el nudo. Al momento del crimen, se llevaba a cabo una fiesta, por lo que mucha gente estaba despierta y, al conocerse la noticia, familiares y curiosos vieron a Andrea muerta en ese cuarto mientras llegaba la policía. Con eso se trastoca el espacio íntimo de la familia y de la víctima, “Un asesinato ocurrido en la intimidad de una casa de familia tuvo la misma exposición que una muerte callejera”.⁵⁴ Se hace un espectáculo de la muerte y se lanzan todo tipo de especulaciones. Para la gente, los padres son los principales sospechosos. Su madre, Gloria, por no comportarse como una madre que pierde a su hija (distante, fría, extraña). Este episodio recuerda a *El Extranjero* de Camus, se sospecha que la madre de Andrea es culpable porque va a la peluquería al otro día de haber encontrado a su hija muerta, con todos los prejuicios que eso significa:

[...] ese gesto que también podría haberse tomado como una manera de distraerse de la pesadilla que estaba viviendo, fue interpretado enseguida como un signo de culpabilidad. De una madre con una hija muerta esperamos, al parecer, que se arranque los pelos, que llore desconsoladamente, que agite el brazo pidiendo venganza. No soportamos la calma. No perdonamos la resignación.⁵⁵

Si la reacción no es la esperada, entonces sospechan hasta de la madre porque no sufre como se espera.

⁵³ *Ibid.*, p. 17. Las cursivas son mías.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 134.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 120.

Hay sospecha del padre, Eymar Danne, porque se decía que no era su padre biológico. También desconfiaron de su novio Eduardo, un chico de su edad, pero lo descartaron casi de inmediato. Como en casi todos los feminicidios, alrededor de la víctima se especula y se lanzan teorías sobre su vida privada. Algunas personas decían que Andrea tenía una relación con un hombre mayor, Pepe Durand, de 40 años, casado, chofer de la empresa de ómnibus El Directo. Andrea viajaba diariamente, junto con varias estudiantes, en la ruta que él manejaba. Se rumoreaba que tenían una relación amorosa, que los veían conversar, comer juntos y que incluso habían alquilado una pieza para poder verse a solas. Él negó todo y años después se ahorcó en su casa. No hubo más sospechosos y nadie pisó la cárcel por el feminicidio de Andrea.

El segundo caso es el de María Luisa Quevedo: 15 años, vivía en el barrio Monseñor Carlo en el centro de la ciudad de Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco). En 1983, María Luisa había estado desaparecida por unos días y, finalmente, su cuerpo violado y estrangulado apareció en un espacio público:

Alguien denunciaba que había un cuerpo en un baldío entre las calles 51 y 28, en la periferia de la ciudad. De estos terrenos, ahora abandonados, en una época se había extraído tierra para fabricar ladrillos y había quedado una excavación de poca profundidad y grandes dimensiones que, cuando llovía, se llenaba de agua, formando una laguna que en la zona llamaban represa. En esa repesita con poca agua, abandonaron el cuerpo de la chica. La habían ahorcado con el mismo cinto de cuero que se había puesto en la mañana que salió de su casa al trabajo.⁵⁶

María Luisa era una chica seria y solitaria, no iba al colegio, no tenía novio, apenas había entrado a trabajar y tenía un par de nuevas amigas. Su familia, en especial su hermano, señaló a Jesús Gómez como el principal sospechoso del feminicidio. Gómez era un hombre

⁵⁶ *Ibid.*, p. 26.

de 70 años, con mucho dinero y poder, era dueño de una empresa de colectivos y tenía fama de mujeriego, “le gustaban las muchachas muy jovencitas, todo el mundo lo sabía”.⁵⁷ Al igual que en el caso de Andrea, las personas especularon y señalaron que María Luisa lo frecuentaba. Para María Luisa tampoco hubo justicia, nadie fue hallado culpable.

El tercer caso es el de Sarita Mundín: 20 años, en 1988 desapareció 9 meses hasta que sus restos aparecieron a orillas del río Ctalamochita, en la ciudad de Villa Nueva, en la provincia de Córdoba. Vivía en un departamento en la calle San Martín con su hijo Germán, de 4 años, y Mirta, su hermana de 14, que estaba embarazada. El caso de Sarita es terrible porque ya había sufrido violencia por parte del padre de su hijo. Ella se había casado embarazada a los 15 años: “al poco tiempo de que naciera Germán, el marido de Sarita empezó a exigirle que trajera plata a la casa. Sarita se inició en la prostitución”.⁵⁸ Así, fue obligada a prostituirse por el propio padre de su hijo. Su familia sabía que tenía una relación con Dady Olivero, un hombre 10 años mayor, casado y empresario reconocido. El día que desapareció salió a dar un paseo con Olivero, él fue la última persona que la vio con vida. Nadie supo de ella hasta que su cuerpo fue encontrado en un espacio público: “el tambero Ubaldo Pérez encontró restos de un esqueleto humano, enganchados en las ramas de un árbol, a orillas del río [...] Por el estado de los restos, huesos pelados, es probable que haya sido asesinada el mismo día que salió con su amante”.⁵⁹

Mirta sospechaba que Olivero le pegaba a su hermana y que estuvo involucrado en su asesinato. En su declaración oficial, él mencionó que tras dar un paseo la había dejado en una central de autobuses, pero nadie la vio. Tras el hallazgo de sus restos, fue encarcelado algunos meses, pero se retractó, dijo que no había estado con ella el día de su desaparición, puesto que la relación había terminado tiempo atrás, su esposa apoyó la coartada y fue liberado y sobreesido. Mirta fue la

⁵⁷ *Ibid.*, p. 76.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 57.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 29.

encargada de reconocer el cadáver de su hermana, pero sólo pudo ver restos de ropa podrida y huesos que, según ella podrían ser de cualquier mujer; nunca pudo estar segura de que fueran de su hermana. Cuando pudo pagar una prueba de ADN, diez años después, dos resultados dieron negativo. Alguna vez la madre recibió una llamada misteriosa en la que le contaban que estaba en un prostíbulo de Valladolid, España, por eso cree que Olivero la vendió a una red internacional de trata. Dice la madre: “Me hubiera gustado volver a tocarla, escucharle la voz que ya no recuerdo, aunque sea en sueños. Yo digo que si nunca la soñé es porque sigue viva. Si estuviera muerta, hubiese vuelto en sueños a despedirse”.⁶⁰ Mirta, en cambio, cree que está muerta porque si estuviera viva, confía en que habría escapado para reunirse con su hijo. En este caso no hay únicamente un culpable, tampoco hay cuerpo ni tumba a donde ir a llorar.

Estos tres casos de feminicidios comparten que las víctimas eran muy jóvenes (15, 19 y 20 años), de clase baja, que hacían lo que las chicas de sus pueblos debían hacer: estudiar y trabajar, ir a algún baile a divertirse, nada más. Y fueron estigmatizadas tanto por las autoridades como por la gente que especulaba sobre su vida privada. La policía también culpa a las mujeres de sus propios asesinatos, por ejemplo, cuando les responden a los familiares dispuestos a denunciar: “que esperaran, que seguro se habría ido con algún noviecito y que ya iba a volver”.⁶¹

Dos de los cuerpos fueron hallados en el espacio público, ambos violentados sexualmente y expuestos sin ningún reparo. El otro cuerpo fue encontrado en un espacio privado, que se convirtió en el escenario de un espectáculo. Y en los tres casos nadie fue procesado. La narradora trata de reconstruir las historias de estas mujeres, realiza una investigación exhaustiva para intentar esclarecer sus casos, reúne datos, habla con familiares, con amigos, con autoridades, revisa expedientes, se interesa por saber qué les sucedió, quién les había hecho eso. En un punto de la historia, la protagonista, desesperada ante la falta de respuestas, recurre

⁶⁰ *Ibid.*, p. 129.

⁶¹ *Ibid.*, p. 41.

una vidente para que la ayude a resolver los casos, ella le da una misión que parece cumplirse con este libro: “juntar los huesos de las chicas, armarlas, darles voz y después dejarlas correr libremente hacia donde sea que tengan que ir”.⁶²

Chicas muertas es una crónica dura sobre el asesinato de varias mujeres sólo por el hecho de ser mujeres. Hay más preguntas que respuestas, pero Selva Almada hizo un gran esfuerzo por darles nombre a tres de ellas. A lo largo del libro, la autora se obsesionará con encontrar respuestas y explicará cómo las mujeres han sido objeto de misoginia, abusos y una violencia que se ha normalizado en niveles alarmantes. Almada reconstruye las historias de estas mujeres para intentar llegar a la verdad. Así, en *Chicas muertas* hay una toma de postura de la narradora, que no es tibia ni permanece ajena, realmente se involucra, quiere nombrarlas y que no sean una cifra más: “yo creo que lo que tenemos que conseguir es reconstruir cómo el mundo las miraba a ellas. Si logramos saber cómo eran miradas, vamos a saber cuál era la mirada que ellas tenían sobre el mundo”.⁶³ Aunque Selva Almada se enfoca en las tres historias, aparecen muchas más a lo largo del libro que dejan claro cómo las mujeres continuamente han sido víctimas de violencia:

Durante más de veinte años Andrea estuvo cerca. Volvía cada tanto con la noticia de otra mujer muerta. Los nombres que, en cuentagotas, llegaban a la primera plana de los diarios de circulación nacional se iban sumando: María Soledad Morales, Gladys Mc Donald, Elena Arreche, Adriana y Cecilia Barreda, Liliana Tallarico, Ana Fuschini, Sandra Reitier, Carolina Aló, Natalia Melmann, Fabiana Gandiaga, María Marta García Bel-sunce, Marela Martínez, Paulina Lebbos, Nora Dalmasso, Rosana Galliano. Cada una de ellas me hacía pensar en Andrea y su asesinato impune.⁶⁴

⁶² *Ibid.*, p. 50.

⁶³ *Ibid.*, p. 109.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 17.

En el libro hay un desfile de hombres machistas, posesivos, violentos, que sienten que pueden acosar, que pueden espiar a las chicas como si se tratara de una broma, que pueden cuestionar su vida sexual, exponer su intimidad sin consentimiento. Y, sobre todo, hay mujeres muertas, cuerpos que no aparecen, que pudieron ser secuestrados, vendidos a tratantes o a prostíbulos.

El título no deja lugar a dudas ni a metáforas, es directo, contundente. La autora no disimula sus intenciones, tampoco se guarda los detalles, la violencia está por todo el texto. El lector no puede ver las fotografías que la narradora encuentra de estas mujeres, por lo que recurre, de manera afortunada, al uso de la ékfrasis, lo cual contribuye a visualizarlas. Este recurso es utilizado cuando describe la fotografía del cadáver de María Luisa:

[...] me hace acordar a la pintura de John Millais, la de Ofelia muerta. Como el personaje de *Hamlet*, María Luisa yace boca arriba. Como en el cuadro, las hojas planas de los juncos se inclinan sobre la laguna, la superficie está cubierta de pequeñas plantas acuáticas. No son esas flores lilas que la reina Gertrudis llama Dedos de Muerto, con las que Ofelia había tejido sus coronas, sino esas otras a las que les dicen Lentejas de Agua. Un árbol, que no es el sauce del que cae la pequeña Ofelia, sino una copa achaparrada, echa su sombra sobre el cuerpo de María Luisa. La muerte, para las dos, llena de angustias.⁶⁵

Racimo

En 2014 Diego Zúñiga (Iquique, 1987) publica su segunda novela, titulada *Racimo*, sobre feminicidios en serie llevados a cabo en el espacio público por un agresor desconocido. El autor retoma un hecho real y lo ficcionaliza, burlando las fronteras entre realidad y ficción de las

⁶⁵ *Ibid.*, p. 108.

que hablaba Josefina Ludmer. Se trata de una noticia que conmocionó a Chile entre 1998 y 2001. En esa época, en Alto Hospicio, un hombre llamado Julio Pérez Silva, violó y mató sucesivamente a 14 mujeres (de entre 13 y 45 años) que recogía en la carretera cuando ellas pedían “aventón” para viajar entre las diferentes localidades de la zona, sobre todo para ir a la escuela.

De nueva cuenta el espacio donde ocurren los feminicidios es fundamental: Alto Hospicio es una comuna (municipio) situada en la provincia de Iquique, al norte de Santiago, mucho más cerca de la frontera peruana que de la capital chilena. Alto Hospicio es un poblado construido junto a basureros, con un alto índice de pobreza y un clima adverso: “no había nada, solo tierra, los cerros, la basura que tiraban los camiones municipales, nada más. Una carretera que cortaba el lugar en dos, más allá algunas fábricas”.⁶⁶ Este espacio está marcado por la precariedad y el abandono, se comenten delitos de manera impune y los cuerpos de las mujeres son violentados de muchas formas. En ese lugar, como se ve en la novela, las niñas crecen solas porque sus padres, la mayoría trabajadores en las fábricas de armas que proliferan en la zona, deben cumplir con jornadas extenuantes de trabajo para poder mantenerse. En aquellos años, Alto Hospicio no contaba con un servicio de transporte eficiente, por esta razón las mujeres se veían obligadas a pedir ayuda. Pérez Silva trabajaba como taxista, las interceptaba y ofrecía transportarlas gratis, después las llevaba a algún sitio alejado, las violaba y asesinaba. Las mujeres permanecían en calidad de desaparecidas porque arrojaba sus cuerpos en profundos piques mineros abandonados y no era posible localizarlos.

Zúñiga retoma esta historia y le da otros matices. La novela está narrada en tercera persona y la perspectiva que se privilegia es la de Alejandro Torres Leiva, un fotógrafo divorciado que vive momentáneamente en Iquique. Por pura casualidad, Torres y un colega periodista se encuentran con Ximena, de 14 años, la única sobreviviente del asesino de Alto Hospicio. Las demás niñas desaparecieron sin dejar rastro.

⁶⁶ Diego Zúñiga, *Racimo*. Santiago, Random House, 2014, p. 116.

Ximena llevaba dos años desaparecida hasta que la encuentran y es llevada al hospital, en donde cae en coma y se complica la búsqueda del culpable. Ella, al igual que las otras mujeres, es un sujeto inerte, totalmente indefensa frente al feminicida, a quien los medios calificaban como psicópata, con el peligro que esto supone, pues si bien a los feminicidas se les suele calificar como locos o monstruos, en la mayoría de los casos son hombres comunes y corrientes que asesinan mujeres solamente porque pueden hacerlo, como se observa en los estudios de Radford.

Torres viene de fuera, García y Ana son los personajes que lo ponen en contexto, le cuentan cómo se habían ido perdiendo las niñas, además de las condiciones de pobreza en la que vivían:

Se perdieron hace unos años, cuatro, cinco, tal vez seis. Salieron de sus casas una mañana rumbo al liceo y no volvieron más. Eran niñas, tenían entre nueve y quince años, todas iban a un mismo liceo — el Pedro Prado —, todas llevaban su uniforme, sus jumpers, sus zapatos negros, sus corbatas rojas, sus camisas blancas, sus mochilas llenas de cuadernos. Algunas se conocían entre sí. Las unía el liceo y una población en la que nacieron y crecieron, cerca de los cerros, en ese lugar donde solo hay tierra y más allá algunos basurales clandestinos [...] Las niñas vieron cómo sus padres trabajaban todo el día en lo que fuera para llegar en la noche, solamente, a dormir. No hablaban con ellos, no había tiempo ni ánimo. Eso lo entendieron desde muy chicas. La infancia se acabó muy rápido pero no alegraron nunca, no correspondía [...] Aprendieron, con los años, que si se quedaban dormidas y salían atrasadas de sus casas, entonces podían hacer dedo en la carretera o subirse a alguno de los colectivos piratas que las llevaban por cien pesos. Aprendieron también, más rápido que nadie a desconfiar: de sus compañeros, de sus hermanos, de sus padres, de sus madres, del vecino que las miraba mucho y del hijo del vecino que a veces las invitaba a salir. Por

eso nadie entiende nada, por qué un día salieron de sus casas temprano y no volvieron más. Nadie las vio. Nadie sabe nada.⁶⁷

Cuando Ximena despierta del coma, desorientada como es de esperarse en una situación así, recuerda pequeños detalles de su captor, el color del coche (blanco) y el adorno en el espejo (unos muñecos de un programa infantil) son las claves para que el culpable sea hallado. Es sólo gracias a que Ximena pudo escapar que el feminicida es capturado. Su nombre es Miguel Ángel Paz Solís, tiene 57 años y parece llevar una vida normal, pero al cabo de unos días confiesa su *modus operandi*. Todos sus crímenes fueron muy bien planeados. Narra cómo salía temprano de su casa en su auto, recorría la carretera y veía a las chicas. Incluso afirma que antes de asesinar a sus víctimas, subió a su taxi a otras mujeres para obtener información sobre sus gustos y sus horarios. Así pudo planear los crímenes posteriores que comenzaron con Constanza, la primera víctima:

El mecanismo lo iba a repetir con cada una de las niñas: recorría temprano La Negra y les ofrecía llevarlas al colegio por cien pesos; ellas se subían sin saber que minutos después él sacaría un cuchillo y les diría que se quedaran tranquilas, que les convenía hacerle caso en todo. Se alejaba de Alto Hospicio varios kilómetros y las llevaba hacia unos basurales clandestinos, primero, donde se estacionaba, las obligaba a bajarse y las violaba. Después las volvía a subir al auto y se desviaba de la carretera por unos caminos de tierra que llevaban a unos piques donde muchos años atrás se extraían minerales. Ahí tiraba a las niñas y luego les lanzaba piedras hasta que quedaban inconscientes y morían.⁶⁸

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 105-106.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 199.

Con Ximena había actuado distinto, no la asesinó de inmediato, sino que la llevó a unas casas abandonadas en el desierto, quiso “probar algo nuevo”, mantenerla secuestrada por un tiempo. Dejó de buscar a otras niñas, se enfocó en ella nada más: “le daba un poco de comida y la violaba durante la mañana [...] en la tarde volvía y la violaba, nuevamente, hasta que anochecía”.⁶⁹ Cuando el tiempo pasó él se cansó, pero no sabía qué hacer con ella, Ximena seguía resistiendo, pidiendo que la liberara, prometiendo que no contaría nada. Un día se la llevó para matarla, con el mismo móvil de lanzarle piedras, pero falló, la dejó inconsciente y ella pudo llegar así a la carretera a encontrarse con Torres.

La novela también subraya la indiferencia de las autoridades frente a los casos de desapariciones de las niñas. Al igual que en *Chicas muertas*, no sólo evitan buscarlas como deberían, sino que inventan historias sobre ellas o aprovechan sus historias personales para justificar sus desapariciones, dan por hecho que se fueron por voluntad propia, huyendo de la pobreza o de sus padres y que se van con un novio o para trabajar como prostitutas. Así, no valía la pena buscarlas porque no había delito que perseguir. Aquí también se observa el cuestionamiento que hacen a las víctimas y a sus familias. Como ejemplo concreto está el caso de Daniela, la prima de Ximena que había desaparecido dos meses antes que ella, la policía avisa a la familia que: “estaba embarazada cuando desapareció y según las informaciones que habían logrado recabar, ella se encontraría en la casa del padre de esa guagua”.⁷⁰ Así se hacían las notificaciones, sin pruebas, inventando historias para cerrar los casos y culpabilizando a las niñas. Cuando la propia Ximena los confronta la respuesta que le dan es muy violenta: “Tu prima y las demás niñas se fueron de la casa porque no aguantaban más miseria [...] Ustedes también se irán. No las busquen más. Ellas están bien. No pierdan el tiempo”.⁷¹ Esta actitud es muy dañina porque se pierde tiempo muy valioso para encontrarlas, a ellas y al asesino, además de que queda claro

⁶⁹ *Idem*.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 114.

⁷¹ *Ibid.*, p. 139.

que no se les reconoce como víctimas. El asesino demuestra también la facilidad con la que puede cometer sus delitos en un lugar que parece desolado y estar abandonado por las autoridades, una y otra vez comete el mismo acto con una mujer diferente sin que nadie sospeche de él. Como si las mujeres no valieran, como si pudiera disponer de sus cuerpos a su antojo.

Sin contar con ningún tipo de apoyo, las familias se organizan para hacer búsquedas y seguir investigando. Son ellas, principalmente las madres y las abuelas, quienes dedican tiempo, dinero y esfuerzo para intentar dar con el paradero de las niñas. La novela no es policial, pero en un guiño a este género, la investigación sigue una pista falsa cuando las autoridades llevan a los familiares de las niñas desaparecidas a Perú, siguiendo el rastro de una red de prostitución internacional donde podrían encontrarse. Gracias a la insistencia de las familias se descubre esta red internacional de trata que secuestraba mujeres chilenas y las obligaba a prostituirse en burdeles de ciudades fronterizas en Perú y Bolivia. Esta frontera porosa posibilita que los delitos sean silenciados y permanezcan impunes. Parece que en estos espacios todo se vale y nadie ve nada. Incluso, a pesar de que varios periodistas, entre ellos Torres Leiva, se enteran de la existencia de esta red internacional, no hacen absolutamente nada por ayudar a las niñas que, si bien no eran las que ellos buscaban, necesitaban ser liberadas; eran niñas que habían sido secuestradas y obligadas a prostituirse, niñas a las que sus familias seguramente buscaban.

Cabe destacar que en *Racimo* el tema de la violencia contra las mujeres aparece a cuentagotas, el autor es muy mesurado en la forma en que va presentando los hechos. Por eso llama la atención la actitud del personaje principal, quien a pesar de que ayuda y se interesa en encontrar al culpable de los feminicidios, es abúlico, tibio y muy distinto al resto de los personajes que actúan como detectives en los demás textos literarios. Esta tibieza hace, por otro lado, que una novela que bien pudo tener una carga dramática excesiva no llegue a ese nivel. La narración divaga mucho y, por momentos, la novela pierde el hilo narrativo principal — la investigación sobre las desapariciones de las

niñas— para centrarse en aspectos de la vida personal del fotógrafo que provocan que se pierda la tensión narrativa en varias ocasiones. En esta novela la violencia se ficcionaliza de manera contenida, el narrador no escatima en los detalles violentos, aunque lo hace de manera poco dramática, como esperando que el lector sea el que reaccione, él no toma una posición al respecto, sólo enuncia.

A diferencia de *Chicas muertas*, en esta novela sí hay un culpable encarcelado. Y esto no se consigue por la pericia de la policía, sino por la presión que ejercen las familias, por la fortaleza con la que enfrentan el camino sinuoso para encontrar a las niñas, ya sea muertas o vivas, pero encontrarlas para estar en paz y cerrar su largo proceso de duelo. Gracias a su inteligencia para sortear los obstáculos, también a su obstinación ante la indiferencia burocrática. Y, sobre todo, gracias a su reclamo ante el total abandono en el que se encuentran algunos espacios de la provincia chilena, alejados de la capital, sin seguridad ni servicios básicos de alumbrado y transporte. Todos los feminicidios de *Racimo* suceden en un espacio público, perpetrados por un agresor desconocido, a la vista de todos y a plena luz del día, pero la apatía es tal que nadie ve ni dice nada, nadie se atreve a hablar. En medio de todo esto son las niñas y las mujeres quienes quedan en un grado de vulnerabilidad extrema para llevar a cabo actividades elementales como ir a la escuela.

Casas vacías

En *Casas vacías*, novela de la escritora mexicana Brenda Navarro, entre muchos otros temas se aborda un feminicidio de pareja íntima, perpetrado por el esposo de la víctima. En la novela hay otros tipos de violencia contra las mujeres, como abuso sexual, agresiones físicas y verbales, pero en esta sección sólo nos centraremos en el caso del feminicidio. Una de las protagonistas, que no tiene nombre y llamaré la madre de Daniel, debe hacerse cargo de Nagore, una niña de 6 años cuyo padre asesinó a su madre.

Cuando la protagonista está embarazada, su esposo Fran le impone el papel de madre de Nagore, hija de Amara, su hermana, que fue asesinada por su esposo, Xavi, en un pueblo español. La novela presenta así el caso de un feminicidio en el espacio privado, lo que antes se llamaba “violencia doméstica” para eximir al Estado de su responsabilidad, que además fue presenciado por una menor y, si bien es relatado por un narrador omnisciente, la perspectiva que se privilegia es la de Nagore:

Xavi mató a Amara en una pelea que había durado cinco años de los doce de matrimonio. Leímos que la jaló de los cabellos, la insultó, la aventó contra la pared. Supimos que Nagore se despertó y detuvo la respiración, que peló los ojos y no parpadeó por temor a que sus pestañas hicieran ruido. Xavi volvió a aventar a Amara hacia la pared. Amara gritó algo inteligible. Xavi siguió atacando pero Nagore sólo escuchó ruidos junto al sonido de voces y movimientos bruscos, no supo si de sus cuerpos o de otros objetos que podían estar cayendo al suelo. Pegó su oreja pequeña a la pared. Su madre lloraba, está segura de eso. Nagore contó después que no supo si llamar a la policía y que también quería llorar pero temía que su padre la escuchara y también le pudiese pegar a ella. Amara lanzó un grito agudo que retumbó en los oídos de su hija porque después de eso no volvió a oír nada, al menos por un tiempo.⁷²

Después de eso, reuniendo valor, Nagore sale de su cuarto y pregunta por su madre. Su papá no le dice nada, sólo intenta abrazarla, pero ella retrocede. El feminicida llama a la policía y rompe a llorar. En ese momento la niña sabe que su vida cambió: “corrió a buscar el cuerpo de su madre que estaba tirado en el piso boca abajo, como si sólo estuviera dormida. Nagore no indagó, no preguntó, se acercó al pie izquierdo frío de su madre y lo besó para luego ponerse a llorar quedito, y lo volvió a besar una y otra vez como si supiera que no iba a volver a verlo nunca

⁷² Brenda Navarro, *Casas vacías*. México, Sexto Piso, 2019, p. 76.

más”.⁷³ Es una escena que permite conocer el feminicidio desde la perspectiva de una niña pequeña que pudo oír los últimos momentos de su madre y que se aferró a su cuerpo muerto sabiendo que nunca iba a volver a estar con ella porque su padre la había matado.

Por este feminicidio, cuando está embarazada, la narradora viaja con su esposo a Utrera para que él esté con sus padres,⁷⁴ que acaban de perder a su hija. Fran parece olvidarse de su esposa, se ocupa de su propio duelo y de Nagore, su sobrina. Fran decide unilateralmente adoptar a Nagore, hace el trámite que le permite sacar a la niña de España y llevarla a vivir con ellos, pero nunca le consulta la decisión a su esposa y parece que tampoco a la niña, quien, además de sufrir la pérdida de su madre y de su padre — que está encarcelado—, debe alejarse de su país y de sus abuelos, lo cual significa un golpe muy duro para ella.

En México, Nagore no tiene una familia que la haga sentir protegida. Quizás porque su maternidad fue forzada, la madre de Daniel no puede establecer un vínculo amoroso con la niña: “Sé que Nagore siempre tendrá en su mente que Amara es su madre y ninguna otra. Lo sé. Entonces, ¿para qué perder tiempo cuidando a una hija que no es mía, por qué habría de ser yo su hogar?”⁷⁵ Incluso se refiere a ella como “el regalo más escabroso que alguien me había dado”⁷⁶ o como “la mayor carga de mi vida”.⁷⁷ Ella sabe que es terrible pensar eso de una niña

⁷³ *Ibid.*, p. 77.

⁷⁴ Otra madre que aparece poco es la de Xavi, el asesino, una madre avergonzada de su propio hijo. Este personaje recuerda a Eva de *Tenemos que hablar de Kevin*, novela de Lionel Shriver. La culpa recae siempre en las madres, aunque se esfuerzan en educarlos y guiarlos para ser buenas personas; si en algún punto del camino los hijos, Kevin o Xavi, cometen actos atroces, la sociedad voltea a verlas, las señalan y las juzgan. La madre de Xavi, en pleno velorio de Amara grita: “¡También yo la quería! ¡También Nagore es mi nieta, yo no críe a un asesino! Pero es de todos sabido que una madre es responsable del ser que alimentó en sus entrañas”. (*Ibid.*, p. 81.)

⁷⁵ *Ibid.*, p. 29.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 121.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 124.

huérfana y que ha pasado por tanto dolor, así que nunca lo dice en voz alta, nunca se lo dice a Fran.

Nagore es un personaje cariñoso que se va endureciendo por todo lo sufrido y por el trato poco afectivo que recibe de la madre de Daniel. Hay una transformación profunda en ella que, si bien no es el principal personaje, tiene un peso fundamental en la novela y nos hace reflexionar sobre el impacto que tiene un feminicidio para la hija de la víctima. Nagore es un personaje maduro que, al final de la historia, toma la decisión de regresar a España porque quiere ver a su padre. Ella desea restablecer contacto con ese hombre que no nada más es el feminicida de su madre, sino que es la única familia que le queda. Esto muestra la complejidad de las relaciones familiares tras un feminicidio, pues muchas veces los feminicidas actúan de diferente manera con cada persona que los rodea y esos lazos afectivos son difíciles de olvidar.

Me parece que *Casas vacías* pone el foco en un problema fundamental que ha sido poco atendido en general y poco visibilizado en la literatura: ¿quién cuida a los hijos/las hijas de las mujeres que mueren por feminicidios? Como ya se vio, un feminicidio no sólo es la muerte de una mujer, también es la impunidad y el estigma y la desestabilidad familiar, el mundo que se le derrumba a los niños como Nagore. En la mayor parte de los casos, los menores se quedan a cargo de las abuelas, mujeres de la tercera edad que se ven obligadas a mantenerlos forzosamente. A su edad deben hacerse cargo emocional y económicamente de niños que han perdido a sus madres de manera violenta, lo cual no es un reto sencillo. A eso se le añade que ellas mismas padecen un dolor terrible al haber perdido a sus hijas y al tener que enfrentar los procesos judiciales correspondientes. Cuando no hay abuelas o familiares que se hagan cargo, son llevados a casas hogar en las que permanecen hasta que cumplen la mayoría de edad. Por eso el impacto del feminicidio es expansivo, sus alcances son inimaginables, afectan en varios niveles a distintas personas.

La fosa del agua. Desapariciones y feminicidios en el río de los Remedios

Es una crónica demoledora de la periodista Lydiette Carrión, publicada en 2018, que aborda varias desapariciones y feminicidios en el Estado de México.

En este texto se privilegia la perspectiva de los padres, en especial de las madres, que narran la odisea que significa la búsqueda de sus hijas, el laberinto burocrático al que se enfrentan, la impunidad, la corrupción, la injusticia y la estigmatización de las víctimas, como sucede en otras obras ya revisadas como *Racimo* y *Chicas muertas*. En las oficinas encargadas de impartir justicia, los familiares se encuentran con el desinterés y la falta de protocolos efectivos para llevar a cabo las investigaciones, además de ofensas, burlas y cuestionamientos sobre la vida privada de sus hijas. Las autoridades intentan desestimar los casos al decir que se fueron por voluntad propia, con el novio, porque estaban embarazadas y les daba miedo decirle a la familia, porque “andaban en malos pasos” o porque sus familias las maltrataban. En las declaraciones ministeriales se suele desprestigiar a las víctimas: “todas habían sido novias o amantes de algún pandillero, o se habían ‘metido’ con dos, o vendían drogas, o eran soplonas”. La práctica de la difamación no sólo conduce a pistas falsas, sino que es un tipo de violencia más que deben soportar las familias de las víctimas. Ellas narran cómo todo el mundo se siente con el derecho de escarbar en el pasado y la vida íntima de sus hijas, atreviéndose a aseverar que se merecían lo que les sucedió; incluso hay cuestionamientos sobre la educación y los valores que les dieron, algo que hace dudar a los padres, aunado a que arruinan la reputación de las hijas. Como señalaba Russell, parece que la culpa siempre está presente en los feminicidios, pues se culpabiliza tanto a las mujeres asesinadas/desaparecidas como a sus madres.

En esta crónica hay mujeres que desaparecen y la desaparición es un delito muy complejo que incluye la privación de libertad de una o más personas, la falta de información y la negativa a reconocer la privación de libertad o de informar sobre el paradero de la persona

a los familiares. Las decisiones judiciales suelen ser discriminatorias debido a que existe un sesgo basado en estereotipos de género en los operadores de dicho sistema.

En *La fosa del agua...*, el espacio también es un factor fundamental para explicar la violencia contra las mujeres en contextos específicos de la vida cotidiana. La autora hace un mapeo de los lugares en que las mujeres corren más peligro, lugares perfectamente identificados por las autoridades, pero en los que siguen desapareciendo o apareciendo mujeres sin vida. Estos espacios se caracterizan por la pobreza, la marginación, la sobrepoblación, la inseguridad y la violencia.⁷⁸ Actualmente, el estado de México encabeza la lista de los estados con mayor número de feminicidios en el país. Carrión aborda concretamente una serie de desapariciones y feminicidios que ocurrieron en Ecatepec y Tecámac entre 2012 y 2014. Habla de los casos de Bianca Edith Barrón Cedillo (14 años, 8 de mayo de 2012); Yenifer Velázquez Navarro (16 años, 4 de diciembre de 2012); Diana Angélica Castañeda Fuentes (14 años, 7 de septiembre de 2013); Andrea Michael (15 años, 6 de agosto de 2014); Mariana Elizabeth Yáñez Reyes (18 años, 17 de septiembre de 2014); Luz del Carmen (13 años, 12 de abril de 2012) y Luz María (13 años, 8 de agosto de 2013). Exceptuando el de Bianca Barrón, todos los casos se encuentran impunes.

En esta crónica, también las madres hacen el papel de detectives. Se enfrentan a distintas versiones, pistas falsas, pérdida de expedientes, restos óseos mal catalogados, extorsionadores que se aprovechan de su desesperación y su esperanza desvanecida cuando deben ir a reconocer cadáveres en la morgue. No les da tranquilidad que esos cadáveres no correspondan a sus hijas porque saben que son de otras mujeres a quienes sus madres están buscando. Tal como sucede en *Racimo*, sólo les daría paz encontrarlas, aunque fuera muertas, para poder terminar con la tortura que supone la búsqueda. Esa búsqueda

⁷⁸ Las víctimas vivían en zonas (Los Héroes Tecámac, Chiconautla, Ecatepec, Texcoco) que desde 2010 pasaron a ser territorio del control de la Familia Michoacana y, posteriormente, del Cartel Jalisco Nueva Generación.

las lleva a encontrar cosas que las dañan emocionalmente, se enteran de la existencia de atrocidades:

Fosas clandestinas, mujeres desaparecidas, tragadas por la tierra, de niñas de 14 años descuartizadas y arrojadas en el canal. O de 13 años desmembradas y enterradas junto a las vías del tren, en esta región de violencia sexual impune, no hay verdad, hay versiones. Hay versiones históricas; versiones de la defensa. Versiones de la policía. Axiomas constitucionales.⁷⁹

En cuanto al espacio, de acuerdo con las investigaciones de Carrión, las desapariciones se concentran en tres zonas: la sección VI de los Héroes Tecámac; Santa María Chiconautla, Ojo de Agua y los alrededores de la estación de Mexibús Las Torres, y la colonia Jardines de Ecatepec. Por ser la zona con mayor número de hallazgos, Carrión se detiene en el análisis de los Héroes Tecámac desde su construcción en la primera década de este siglo.⁸⁰

Los anuncios que la promocionaban vendían la idea de que se convertiría en una suerte de suburbio americano para los trabajadores de la Ciudad de México. Prometían agua y seguridad. La realidad es que escaseaban ambas. Prometían calidad de vida, pero el lugar se convirtió rápidamente en otra ciudad dormitorio, sin áreas verdes ni espacios seguros para los tra-

⁷⁹ Lydiette Carrión, *La fosa del agua. Desapariciones y feminicidios en el río de los Remedios*, p. 197.

⁸⁰ La obra estuvo a cargo de Grupo Sadasi. Las diferentes secciones de los Héroes Tecámac se fueron construyendo a lo largo de la primera década de los años 2000, durante la gestión de Arturo Montiel. Las secciones I, II, III y IV fueron las primeras en erigirse sobre lo que eran terrenos ejidales de los pobladores de Santo Tomás Chiconautla, a un costado de la autopista que va a las pirámides. Luego las secciones V y VI cubrieron los terrenos que se extendían al norte de la carretera Los Reyes- Texcoco. Así, en muy pocos años, las tierras salitrosas de la región fueron transformadas en 2 millones 880 000 m² de cemento. (*Ibid.*, p. 17).

bajadores de la Ciudad de México que deben desplazarse por horas para cumplir con sus jornadas laborales.⁸¹

Los Héroes Tecámac es un fraccionamiento con 18 000 casas de interés social, cuyas características principales son los materiales de mala calidad y las dimensiones reducidas (65 m²). El trazado urbano se dividió en calles exactamente iguales y no se pensó en destinar espacios amplios para áreas verdes, centros culturales o escuelas. Este espacio se pobló rápidamente:

Los viejos ejidos y campos de tierra salitrosa se transformaron en una ciudad dormitorio para mucha gente proveniente de barrios bravos de la ciudad de México (como la Guerrero o Tepito), de Ciudad Neza, de Chalco y del interior de la República. Muchos extraños juntos, vecinos forzados: 18 mil familias compartiendo poco menos de 3 mil metros cuadrados.⁸²

Un aspecto a destacar es que, si bien muchos de estos pobladores utilizaron sus ahorros o se endeudaron con el fin de comprar un patrimonio para sus hijos, otros eran policías o militares (en funciones o retirados), lo que implica que había un número importante de personas que sabían manejar armas y un mercado negro que facilitaba su circulación.

En el presente, a veinte años de su edificación, los asesinatos y hallazgos de restos humanos son parte de la vida cotidiana en estos espacios: “a lo largo de las vías del tren se extienden terrenos baldíos que en ocasiones se usan para jugar fútbol o para tirar cascajo. Para la gente que camina por ahí no es inusual ver bolsas que pueden contener desde basura o animales muertos hasta cadáveres mutilados o en descomposición”.⁸³ La vida en esas colonias es muy peligrosa, Lydiette

⁸¹ *Ibid.*, p. 171.

⁸² *Ibid.*, pp. 17-18.

⁸³ *Ibid.*, p. 70.

Carrión lo explica por una cuestión multifactorial. Además de lo ya señalado, la autora subraya que, al ser ciudades dormitorio, los/las jóvenes, víctimas y victimarios, crecen solos porque, así como sucede en Alto Hospicio, los padres trabajan durante todo el día en jornadas laborales extenuantes en lugares lejanos. Muchos de los/las jóvenes pasan horas en las calles conviviendo, como se supo después, con sus feminicidas o sus secuestradores que, en este caso, son sus compañeros de escuela o sus vecinos.

Del caso más informado es el de Bianca, pues tras meses de averiguaciones, se supo que fue asesinada en una casa de seguridad del Mili (un militar en activo llamado Erick San Juan Palafox, de 22 años, que obligó a las niñas a vender droga) en Bosques de Viena número 85, departamento 2, cedros Tecámac. El feminicida era un agresor conocido por la víctima y el espacio del feminicidio es privado, se trataba de una casa abandonada en la sección Flores de Los Héroe Tecámac. La crónica incluye la declaración de los feminicidas que no reproduciré por ser demasiado explícita,⁵⁴ sólo quisiera mencionar que Bianca fue víctima de violencia sexual y tortura antes y después de ser asesinada.

En este entorno urbano no es raro encontrar casas abandonadas como la de seguridad en donde Bianca fue asesinada. Carrión explica que Los Héroe Tecámac ha sufrido un proceso de abandono. Muchos dueños han dejado sus casas por la inseguridad de la zona y por la precariedad de las construcciones. Así que invadir casas semiabandonadas se volvió una práctica común por parte de los grupos delincuenciales.

La autora también le da un peso fundamental a los espacios donde aparecen cadáveres de mujeres. Un lugar central de la crónica es el Río de los Remedios⁵⁵ o Gran Canal, en donde, tras la presión de las madres

⁵⁴ *Ibid.*, p. 107.

⁵⁵ El cauce del Río de los Remedios tiene una longitud total de 15.7 km, de los cuales 4.1 km se encuentran en la Ciudad de México y el resto en el Estado de México; recibe las descargas reguladas de la planta de bombeo Vaso del Cristo (Tlalnepantla) y drena parte de la zona de Naucalpan, Atizapán, Tlalnepantla y Ciudad de México. En su recorrido atraviesa zonas densamente pobladas de la Delegación Gustavo A. Madero, los municipios de Tlalnepantla, Ecatepec y Nezahualcóyotl.

para que fuera dragado, se descubrió un escenario aterrador. No era raro encontrar cuerpos flotando en el río de aguas negras, pero la remoción de sedimentos puso al descubierto un horror sin precedentes, miles de restos humanos, putrefactos y saponificados, fueron hallados en la profundidad del canal:

Con una pala mecánica removieron el fondo de algunos tramos del Gran Canal, a la altura de los Héroes Tecámac. Los dragados se hicieron de junio a septiembre [2014] y tan solo en el tramo que va desde la Curva del Diablo — frente al centro comercial Las Américas— hasta los límites con Tonanitla habían hallado los restos de 21 personas, 16 de los cuales pertenecían a mujeres [...] No se sabe con certeza cuántos restos fueron encontrados, algunas personas hablaron de 43 personas: de cuerpos muy descompuestos y de otros destazados, descuartizados [...] Otras incluso dijeron que, a lo largo del canal de 19 kilómetros de longitud, desde la ciudad de México hasta el territorio mexiquense, se encontraron alrededor de siete mil restos óseos.⁸⁶

Las madres encuentran cuerpos tratados sin ninguna muestra de dignidad humana: cuerpos de mujeres tirados en la vía pública o en el río, cuerpos sin cabeza, cuerpos con golpes, mutilaciones y quemaduras, cuerpos atados, cuerpos con los senos mordidos, con el área genital y anal destrozada, cuerpos quemados con pegamento PVC para destruir cualquier huella, cuerpos violados *pre* y *post mortem*, sin ropa o con la ropa levantada. Es un escenario devastador.

La crónica deja ver que el espacio público es muy peligroso para las mujeres. Se han documentado varios casos de violaciones en los terrenos baldíos aledaños al río o en los bajo puentes. Para llegar a sus casas, las mujeres deben cruzar grandes vías rápidas (como la autopista México-Texcoco, el Circuito Exterior Mexiquense o la carretera federal

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 133-135.

México-Pachuca) y caminar por zonas con poco alumbrado, solitarias y con cámaras de vigilancia que no funcionan.

Me parece que el aspecto más destacable en esta crónica es que, para contar las historias de las mujeres desaparecidas y asesinadas, Lydiette Carrión se enfoca en los testimonios de sus madres que no sólo dan cuenta de la violencia ejercida sobre sus hijas, sino de la violencia que ellas enfrentan cuando las investigaciones son entorpecidas, estigmatizando a sus familias. Además, su perspectiva permite ver problemas que se soslayan en otras obras, como el desgaste emocional y económico que implica pelear por obtener justicia. Las madres deben ejercer presión contra las autoridades mientras llevan a costas la carga económica de sus familias, los trámites, el sostenimiento emocional de los hermanos y padres, aunado a que no tienen ni tiempo ni dinero para recibir atención psicológica.

Cometierra

La literatura latinoamericana reciente está llena de desaparecidos. Algo explicable si volteamos a ver la realidad social de este continente en donde hombres, mujeres e infantes desaparecen sin dejar rastro. Hay desapariciones individuales, grupales, forzadas, accidentales, así como orquestadas por los Estados o por grupos de la delincuencia organizada. Como hemos visto, todas las desapariciones dejan familias fracturadas y dedicadas a buscar a sus desaparecidos sin tregua y sin fin, dejan familiares que se culpabilizan y se atormentan por la desaparición, que piensan que quizás pudieron hacer algo, cualquier cosa, para evitarla o actuar con celeridad para encontrarlos.

La desaparición es un delito muy complejo por la ausencia de los cuerpos, es buscar en la oscuridad, muchas veces sin pistas claras y con trabas burocráticas que hacen perder tiempo muy valioso. El delito no sólo es la privación de la libertad de una persona, sino la negativa a reconocer esta privación e informar a los familiares sobre el paradero o las acciones que se deben hacer para intentar dar con ella. La desapa-

rición incluye a personas cuyos restos fueron encontrados y a aquellas que aparecieron. Esto último debe aclararse puesto que, en algunos casos, si la persona aparece se deja de nombrar como desaparecida y el delito ya no se persigue. Un desaparecido se considera como tal sin importar el tiempo en que no se supo su paradero.

En obras latinoamericanas contemporáneas hay desapariciones de tipos diversos y en diversas circunstancias. Sin embargo, hay un elemento común: los familiares que no desisten en la búsqueda, que se aferran a la aparición con vida y que, ante la falta de respuestas de las instituciones estatales, recurren a otros medios para obtener información. Lo pudimos ver en *Chicas muertas* de Selva Almada, cuando en un punto desesperado de la historia, la narradora consulta a una vidente para que la ayude a resolver los casos de las tres mujeres asesinadas. Por su parte, en la novela de Roberto Bolaño, *2666*, también aparece una vidente llamada Florita Almada que, frente a la apatía y el silencio de las autoridades mexicanas, en un programa de televisión local denuncia que la policía no actúa frente a la desaparición de mujeres y niñas muertas.

Ahora hablaremos de *Cometierra*, el deslumbrante debut de la escritora argentina Dolores Reyes (Buenos Aires, 1978), publicada en 2019. La característica principal es que, en medio de una serie de desapariciones, la protagonista es la vidente. El personaje principal es una chica bonaerense de clase baja, que vive en un entorno marginal y proviene de una familia fracturada. Su forma de “adivinar” el paradero de las personas es comiendo tierra de los lugares en donde los desaparecidos vivieron o fueron vistos por última vez. Uno de los aspectos más perturbadores de la novela es que la protagonista empieza a comer tierra por su madre, cuyo asesino es su esposo; es decir, en manos del padre de “Cometierra”, como le llaman a la protagonista. Al comer tierra de su jardín puede ver la muerte de su madre: “Veo los golpes aunque no los sienta. La furia de los puños hundiéndose como pozos en la carne. Veo a papá, manos iguales a mis manos, brazos fuertes para el puño,

que se enganchó en tu corazón y en tu carne como un anzuelo”.⁸⁷ La narradora vive con su hermano Walter en la casa familiar después de que su padre huye tras asesinar a su madre. Así que ella come tierra para ver a su madre y también para conocer el paradero de su padre prófugo.

A pesar del dolor físico y emocional que supone el don de que la tierra le hable, decide usarlo para ayudar a los demás: “Después empecé a comer tierra por otros que querían hablar. Otros, que ya se fueron”.⁸⁸ Comer tierra le permite conocer el paradero de los desaparecidos para ayudar a otros a vivir con ausencias, incluida la suya, que pesan como plomo.

Al principio, cuando ella descubre que comiendo tierra puede saber dónde están las personas desaparecidas es víctima de rechazo y de burlas, pero conforme las encuentra su fama crece y es solicitada por familiares que buscan a los suyos. Un primer caso, que es una presencia recurrente a lo largo de la novela, es el de Ana. “Cometierra” la ve y hace un dibujo en la escuela que asusta a todos:

Yo la había dibujado como la tierra me la mostró: desnuda, con las piernas abiertas y un poco dobladas para los costados, que hacían parecer su cuerpo más chico, como si fuera una ranita. Y las manos atrás, atadas contra uno de los postes del galpón donde unas letras pintadas decían “Corralón panda” [...] al día siguiente encontraron el cuerpo de la señora Ana en el terreno del Corralón Panda.⁸⁹

Esta es la primera vez que su visión fue comprobada por personas fuera de su familia, asustó a la gente, pero a la vez empezaron a considerarla como una colaboradora en su camino de búsqueda. Cuando las investigaciones policiales no avanzan, cuando no hay más pistas, cuando las propias autoridades dicen que las mujeres “se fueron con

⁸⁷ Dolores Reyes, *Cometierra*. Madrid, Sigilo, 2019, p. 14.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 11.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 23.

el novio”, ella se vuelve una opción, una esperanza para encontrar respuestas.

La primera clienta es una mujer que llega a su casa a solicitar sus servicios:

Vengo a pedirte ayuda a vos. ¿Adivinás vos? [...] Nunca me había parecido que lo que hacía fuera adivinar. Adivinar era algo raro, como creer que podía acertar el número de la quinie-la. Nada que ver con cerrar los ojos y estar frente a un cuerpo desnudo sobre la tierra.⁹⁰

Esa primera mujer llegó a su casa porque le habían dicho que podía ayudarla a encontrar a su hijo desaparecido. La protagonista no desea dedicarse a comer tierra, lo dice en repetidas ocasiones, pero entiende que representa una tabla de salvación en medio de una tormenta, una brújula que les decía a las madres por dónde empezar a buscar a sus hijos. Comía tierra para ayudar a los familiares, pues “empezaba a ver que los que buscan a una persona tienen algo, una marca cerca de los ojos, de la boca, la mezcla de dolor, de bronca, de fuerza, de espera, hecha cuerpo. Algo roto, en donde vive el que no vuelve”.⁹¹ Parece que los familiares viven en una larga espera sin retorno y acuden en su ayuda al ver que las instituciones no les dan respuestas.

Después de esa primera madre desesperada, continuaron llegando casos, gente que dejaba botellas con tierra. Así llega Marta, madre de Florencia, excompañera de escuela y amiga de infancia de “Cometiera”. Ese caso fue particularmente doloroso por el lazo afectivo entre ellas: “Nunca había llorado con los ojos cerrados. Yo veía a la Florencia agusanada como un corazón enfermo, el pelo, una tela de araña vieja desprendiéndose del cráneo”.⁹²

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 26-27.

⁹¹ *Ibid.*, p. 28.

⁹² *Ibid.*, p. 55.

El transcurso del tiempo en la novela es aletargado, no se sabe con certeza cuántos años tienen “Cometierra” y su hermano Walter — único miembro de su familia que la cuida—, ni en el momento del feminicidio de su madre ni en el presente de la narración. Sólo se da cuenta del impacto de ese feminicidio en ellos dos, del ambiente sombrío en el que están inmersos, de cómo pasan los días aislados, entre videojuegos y música, viviendo con poco dinero en una casa en ruinas que está siendo devorada por las plantas pasionarias y los árboles plantados en su jardín.

Durante la segunda parte de la novela hay un salto temporal: “Cometierra” es una mujer adulta que aún come tierra porque siguen desapareciendo las personas. Parece que la protagonista está en medio de un círculo sin fin del que nadie puede escapar. Todos los días alguien le pide ayuda, todos los días alguien busca a alguien. Las botellas llenas de tierra, con nombres y fotos, se amontonan afuera de su casa, familias que buscan a sus desaparecidos, desesperadas, acuden a ella:

A veces sentía el peso de todas las botellas juntas que iban transformando mi casa en lo que siempre había odiado, un cementerio de gente que no conocía, un depósito de tierra que hablaba de cuerpos que nunca había visto [...] Había muchas [botellas] azules. Ningún azul era igual a otro, ninguna tierra tenía el gusto de la tierra de otra botella. No se extraña a un hijo, un hermano, una madre o un amigo igual que otro. Parecen tumbas brillantes una al lado de la otra. Al principio las contaba, las acomodaba con cariño, a veces acariciaba agua hasta que me decidía a probar de su tierra. Casi siempre era así, pero ese día las odiaba, me pesaban más que nunca. Todas juntas me cansaban. Sentía todas las botellas apilándose en mí. El mundo debía ser más grande de lo que siempre había creído para que pudiera desaparecer tanta gente.⁹³

⁹³ *Ibid.*, pp. 60-61.

Un día, un policía de nombre Ezequiel llega a pedirle ayuda. Su prima María tenía seis días desaparecida. Había salido a su curso de enfermería y no había regresado. La madre estaba desesperada, la policía no la buscaba, pero él estaba decidido a encontrarla. Ser policía no le había significado ninguna ventaja. “Cometierra” acepta el caso porque “Me imaginé a los otros policías diciéndole: ‘Ya va a volver, seguro se fue con el novio’, y me dio bronca”.⁹⁴ Una frase que, como ya se ha visto, se repite una y otra vez.

“Cometierra” va a casa de María, ahí come la tierra de su jardín en donde ella se sentaba a estudiar y logra verla:

Tenía un vestido claro sobre la piel que la hacía verse más joven. Estaba acostada en algún lado. Estaba viva. Pero había algo, encierro. La luz no entraba libre ahí donde estaba María. Respiraba, pero con miedo. Nada en ella sonreía [...] María me miraba. Su cara era una queja de tristeza. Por los ojos negros dejaba que se le saliese el dolor [...] Me fijé en ella, tratando de quedarme para averiguar dónde estaba, pero todo lo demás era oscuridad [...] No podía moverme para ver en dónde estaban sus ojos abiertos más allá de ese cuarto, con un terror que me dolía como si me estuvieren pateando [...] Quería alejarme, mirarla, y la sentía. Pero sabía que ella estaba viva y eso hacía que el dolor no me importara tanto [...] entonces vi CARGA TU CRUZ y enseguida una puerta empezó a abrirse. Fue lo último.⁹⁵

Esa es la visión más detallada que tiene “Cometierra”, sabemos que le duele, pero intenta quedarse para encontrar pistas sobre el paradero de María. De esta visión concluye que está viva, noticia que cambia por completo las expectativas de su familia, que se aferra a ella para poder hallarla. Por la presión, “Cometierra” regresa a casa de María, vuelve a comer tierra y vuelve a verla:

⁹⁴ *Ibid.*, p. 66.

⁹⁵ *Ibid.*, pp.73-74.

Era ella. El moretón en el ojo de María era fuego y furia en mi corazón. Un golpe que el día anterior no estaba en una cara que era pura tristeza [...] Estaba atada contra esa cama que era solo mugre para un cuerpo nacido hacía cuántos años, pocos, quizás diecisiete [...] Leí como en una foto CARGA TU CRUZ. Se abrió la puerta que había al lado de la cama y el ruido que hizo fue terror para nosotras. Solo sus ojos enormes no estaban atados y les contaban, a los míos, el miedo, los golpes y las ganas de escapar. Como pude, vi al hombre metiéndose en la pieza [...] lo pude ver. Era un hombre viejo, la frente dibujada con poco pelo, blanco. Los brazos descarnados seguían siendo fuertes. Un hombre viejo, como un abuelito de plaza, que sacudía a María y le decía “Quédate quieta, mujer”.⁹⁶

“Cometierra” no puede ver más, se enoja, se frustra consigo misma por no aportar más datos que posibiliten el rescate de María. Recibe dinero a cambio de “su trabajo” pero no está satisfecha. Con ese pago para en una tienda, acompañada de Ezequiel, y quizás por azar, aunque el lector intuye que nada podría tratarse de azar con ella, cerca de la tienda ve una casa gris en cuya reja hay un letrero que dice CARGA TU CRUZ. Ella, paralizada, observa que un hombre sale de la casa, el mismo que había aparecido en su visión. Apenas puede decirle a Ezequiel “Acá adentro está María”.⁹⁷ Gracias a ella, María es rescatada con vida y no corre con igual suerte que miles de chicas secuestradas sin conocer nunca ni al captor ni su paradero.

En su vida, “Cometierra” tiene pocas certezas: sabe que las personas desaparecen, que un familiar puede matarte — como lo hizo su padre con su madre—, que la única persona con la que cuenta en el mundo es Walter y que nunca será madre, como le dice a Ana en un sueño:

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 85-86.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 90.

“Yo quería quedar embarazada alguna vez. Tener una nena. Una piba así, como ustedes. [“Cometierra” le contesta] Yo ni loca. Desaparecen”.⁹⁸

Las visiones le duelen a “Cometierra”, no sólo emocional sino físicamente, en el cuerpo y en la mente. Intenta soportar esos dolores para encontrar a los desaparecidos, vivos o muertos. Las imágenes que ve la persiguen y la atormentan al punto de no dejarla dormir porque tiene miedo hasta en los sueños. Evidentemente, las visiones que más le afectan son las de su madre. A lo largo de la novela la evoca en varios momentos y siempre se queda triste porque sabe que no tuvo una vida feliz, que su padre ejercía todo tipo de violencia sobre ella. Sirvan dos ejemplos: “Las únicas tardes en que la veía contenta había música y mi viejo no estaba”,⁹⁹ y el siguiente:

Fui a la cocina a buscar las cosas para limpiar y mientras volvía me acordé de mi mamá. A mi mamá le encantaban los animales de vidrio fundido, que compraba por dos mangos en cualquier feria. Mi viejo veía que esos bichos de colores iban llenando primero la parte de arriba de la heladera y después el resto de la casa y empezó a ponerse pesado. Le decía a mi mamá que para qué gastaba en esas porquerías. Hasta que una vez le pintó la locura y los rompió todos.¹⁰⁰

Esas figuras no dañaban a nadie, pero el padre las destruye porque eran objetos que le gustaban a la madre, simplemente para que ella supiera que él lo controlaba todo, para que supiera que él podía hacerle daño. La protagonista es testigo de la violencia machista que su padre ejerce contra su madre durante su matrimonio y, como Nagore, también es testigo del feminicidio de su madre. Ambas, siendo apenas unas niñas, se enfrentan a la pérdida de sus madres a manos de sus padres y a las consecuentes secuelas emocionales. La diferencia con Nagore es

⁹⁸ *Ibid.*, p. 58.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 70.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 132.

que aquí no había familia que se hiciera cargo de los niños huérfanos, los hermanos crecen solos y solucionan sus problemas como pueden, sin la supervisión de ningún adulto.

A través de un lenguaje potente y visceral, Dolores Reyes construye una historia y una protagonista entrañables. “Cometierra” es una niña marcada por la pobreza urbana y la violencia, una niña que ha visto cómo su padre asesinó a su madre, una niña que da miedo, es la rara y la bruja, pero se convierte en una adulta admirada y respetada por el don que tiene. La vidente representa esperanza en un país de desaparecidos.

El invencible verano de Liliana

Terminaré este apartado analizando una crónica. El libro de Cristina Rivera Garza, titulado *El invencible verano de Liliana* (2021), está dedicado a su hermana menor, asesinada el 16 de julio de 1990 por su novio Ángel González Ramos, prófugo de la justicia desde ese entonces.

En 2019, Cristina Rivera Garza busca recuperar el expediente de su hermana y reabrir el caso después de veintinueve años, tres meses y dos días de su feminicidio. La distancia temporal le permite a la autora reflexionar sobre un tema fundamental ligado a la violencia: la importancia del lenguaje. Cuando Liliana fue asesinada no existían todas las reflexiones que vimos anteriormente, hoy sabemos que se trató de un feminicidio cometido por un agresor conocido en un espacio privado. Además de que el término no se conocía, el delito tardó mucho tiempo en tipificarse en las leyes de cada país:

El feminicidio no se tipificó en México sino hasta el 14 de junio de 2012, cuando el Código Penal Federal lo incorporó como un delito (Artículo 325: comete el delito de feminicidio quien prive de la vida a una mujer por razones de género). A gran parte de los feminicidios que se cometieron antes de esa fecha se les llamó crímenes de pasión. Se le llamó andaba en malos pasos. Se le llamó ¿para qué se viste así? Se le llamó una mujer siempre

tiene que darse su lugar. Se le llamó algo debió haber hecho para acabar de esta forma. Se le llamó sus padres la descuidaron. Se le llamó la chica que tomó una mala decisión. Se le llamó, incluso, se lo merecía. La falta de lenguaje es apabullante. La falta de lenguaje nos mania, nos sofoca, nos estrangula, nos dispara, nos desuella, nos cercena, nos condena.¹⁰¹

En esta dolorosa crónica, Rivera Garza recrea su vida al lado de su hermana, sus años de infancia en Toluca, la educación que recibieron, la forma en que socializaban, las diferencias y las cosas que las unían como hermanas. Todo eso para tratar de entender quién era Liliana y por qué estaba con Ángel. La conclusión que encuentra es lapidaria: “La única diferencia entre mi hermana y yo es que yo nunca me topé con un asesino”.¹⁰²

La autora también actúa como detective, trata de reconstruir a Liliana a través de sus cartas, de notas en cuadernos y de los relatos de sus amigos y de familiares. En el libro incluye testimonios de varias personas que cuentan cómo era, qué relación tenían y los momentos que vivieron al lado de ella. Esto es fundamental porque en la literatura sobre feminicidios el foco suele ponerse en los agresores, no en las agredidas. Rivera Garza intenta poner el foco en ella, no en él. No importa quién era Ángel, sino quién era Liliana. Con un trabajo archivístico extremadamente minucioso, busca sus pertenencias en cajas que habían quedado en casa de sus padres y clasifica pistas que le sirven para recrearla:

Una muchacha desorientada, presa del maltrato cotidiano de un depredador. Una mujer acaso demasiado libre. Una nadadora disciplinada. Una joven confundida dispuesta a probarlo todo. Una niña buena y dócil, ciega ante el peligro. Una mentirosa.

¹⁰¹ Cristina Rivera Garza, *El invencible verano de Liliana*. México, Literatura Random House, 2021, p. 34.

¹⁰² *Ibid.*, p. 42.

Una estudiante ejemplar. Una inocente. Una amiguera. Una mujer llena de amor. Una descuidada. Alguien con pasado.¹⁰³

Todo esto y más podría ser Liliana, la narradora lo sabe. Aquí hay una reconstrucción compleja de la víctima porque es su hermana quien la hace, no la policía. Como víctima no se le estigmatiza, sino que se intenta ver en todas sus aristas.

La Ciudad de México es un espacio fundamental en la crónica. Azcapotzalco. Este lugar le interesa especialmente. Cristina desea volver a los espacios que Liliana frecuentaba: “Necesito ver el lugar donde estudiaba... el lugar donde vivía. Las calles por las que caminaba. Las tiendas donde compraba pan. Las fondas en las que comía. Su estación del metro. La parada de su autobús. Necesito ir a dejarle flores en todos esos sitios”.¹⁰⁴ Así, los espacios son narrados en dos temporalidades distintas: la de Liliana, treinta años atrás, y la de Cristina, en el presente de la narración. Entre todos los lugares de los que se habla, son fundamentales dos: la universidad donde estudiaba y la casa donde vivía, ambos en Azcapotzalco.

Al terminar la preparatoria, Liliana había sido aceptada para cursar la Licenciatura en Arquitectura en dos universidades, la Autónoma del Estado de México y la Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Sin dudarlo, deja Toluca para instalarse en la Ciudad de México. Es la propia Cristina quien le consigue un departamento donde vivir; creía que viviendo cerca de la UAM-A y en un espacio en el que tenía como vecinos a una familia con niños pequeños estaría segura. Cristina le da vueltas una y otra vez a este lugar:

Azcapotzalco es una de las 16 delegaciones de la ciudad de México. No hay ninguna reserva ecológica en las 2, 723 cuadras que componen la delegación. No hay especies silvestres en los 54 parques de Azcapotzalco, sólo sauces y pinos trasplantados.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 51.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 121.

Al único río que atraviesa esa parte de la ciudad, el de Los Remedios, van a dar todos los desechos o desperdicios industriales. En sus aguas sucias han navegado o se han hundido los cadáveres de tantas mujeres. Un río también es una fosa [...] Este es el territorio de Liliana. Todo esto alguna vez fue tocado por sus ojos”.¹⁰⁵

La descripción anterior se parece mucho a los detalles en los que se detiene Carrión. Parece como si la narradora, al describir el espacio, no sólo quisiera hablar de Liliana, sino hacer énfasis en las condiciones de vida y los tipos de espacios en los que se mueven miles de mujeres.

El segundo espacio que Cristina necesita ver es el departamento donde vivió Liliana, el que ella misma le había conseguido. Ese espacio se describe tanto en el presente como en el pasado. Quedaba a un par de calles del metro y hace el mismo recorrido que Liliana hizo tantas veces desde la UAM-A:

Caminamos derecho sobre Ahuehuetes, una calle amplia, con los carriles separados por un camellón poblado de árboles, y viramos a la derecha sobre Mimosas. Era ahora, como había sido entonces, un barrio de clase trabajadora con casas de material, en su mayoría de un solo piso, con misceláneas, tiendas de refacciones y expendios de pan. Una colonia populosa, pero no violenta.¹⁰⁶

Treinta años antes, ese espacio había sido un punto de reunión importante para los amigos y compañeros de Liliana. Como no quedaba lejos de la universidad, ahí se reunían para estudiar y hacer fiestas. Era un departamento austero, como el de cualquier estudiante, y ese había sido el último lugar en que la habían visto con vida, en ese espacio privado se llevó a cabo su feminicidio. La madrugada del 15 de julio de

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 31.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 121.

1990, testigos en la calle vieron que Ángel se saltó la barda para entrar en casa de Liliana. En ese momento no estaban ni su hermana ni sus padres en el país. Esto es fundamental en un feminicidio llevado a cabo por un agresor conocido, un victimario que se cree el dueño de su víctima como menciona Segato. Este tipo de feminicidios suelen ser planeados, no son producto de un arrebato de celos. En este caso, Ángel, a quien en reiteradas ocasiones Liliana le dice que ya no quería ver, sabía los movimientos de ella, de sus amigos y de su familia.

Liliana pasó su último fin de semana en el departamento de Azcapotzalco, trabajando en equipo con Juan Carlos Sierra y Manolo Casillas —quien encuentra su cuerpo la mañana siguiente— en un proyecto que tenían que entregar el lunes 16 de julio temprano en la mañana, pero Liliana ya no pudo hacerlo: “El médico forense estableció las 5:00 de la madrugada del 16 de julio de 1990 como la hora oficial de su muerte”.¹⁰⁷ Sus padres estaban en Europa, haciendo por primera vez un viaje juntos, y Cristina ya vivía en Houston.

Como puede observarse, los espacios privados y públicos tienen un peso central en la crónica. Incluso Rivera Garza le da protagonismo a la Ciudad de México, espacio en donde su hermana eligió estudiar y comenzar su vida independiente. Toda su familia tiene una relación ambivalente con esta ciudad. A lo largo de diversas cartas, su padre le reitera: “Cuídate mucho en esa Ciudad de México”.¹⁰⁸ Su madre, años después del asesinato de su hija, señala que: “Siempre le tuvimos bastante respeto a esa Ciudad de México, con esa reputación de metrópolis brava y apresurada”.¹⁰⁹ En ambos se nota el temor que sentían porque Liliana vivía en una ciudad tan grande y tan llena de peligros, que desconocían del peligro acechándola desde Toluca. La narradora también confiesa que para ella es una “ciudad feroz” y que “alguna vez amó con toda el alma a la Ciudad de México”,¹¹⁰ pero ya no puede

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 239.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 110.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 288.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 252.

amarla; después del feminicidio de su hermana cambia todo, desde la dinámica familiar hasta la relación con los espacios.

A lo largo del texto, la narradora hace un diálogo intertextual muy interesante con el libro *No Visible Bruises. What We Don't Know About Domestic Violence Can Kill Us* de Rachel Louise Snyder en el que, para diferenciar el homicidio de pareja de cualquier otro crimen, el componente diferenciador — yo diría la justificación del agresor— es el amor. Para intentar responder por qué una mujer permanece al lado de una pareja que la maltrata, Snyder explica la reacción más lógica que alguien tendría al ser atacado por un oso: ¿lo ataca sabiendo que puede herirlo con facilidad o se hace el muerto y cede?

Las víctimas se quedan porque saben que cualquier movimiento súbito va a provocar al oso. Se quedan porque con el tiempo han podido desarrollar algunas herramientas capaces de calmar, a veces con éxito, a la pareja furiosa: ruegan, suplican, prometen, adulan, demuestran públicamente su afecto por el depredador y su alianza contra la gente que, como la policía o los licenciados o los amigos o la familia, podría salvar sus vidas. Las mujeres maltratadas se quedan porque ven que el oso se aproxima. Y quieren vivir.¹¹¹

Con esta idea se queda Cristina Rivera Garza, le da paz pensar que su hermana quería vivir, que no era una víctima inerme, como explica Cavarero, sino que luchó por salir de la relación con Ángel, pero no pudo, no le alcanzó el tiempo. Diana Russell señala que “el riesgo de las mujeres de convertirse en víctimas de feminicidio por sus parejas masculinas es mucho mayor para aquellas que inician el fin de la relación”.¹¹² Algo así le sucedió a Liliana, en varios momentos dice — a sus amigos y a Ángel— que desea terminar su relación, pero él no lo acepta, se asume como su dueño, impidiéndole que siga con su vida

¹¹¹ *Ibid.*, p. 217.

¹¹² Diana Russell y Roberta A. Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*, p. 346.

sin él. A Rivera Garza escribir le sirve para aclarar el caso, aclararse qué le sucedió a su hermana, conocerla de otro modo e intentar contribuir a identificar palabras o actitudes que puedan ser factores de riesgo y convertirse en momentos de peligro para otras mujeres.

Notas finales

La violencia contra las mujeres tiene muchas manifestaciones. El feminicidio es el último escalón de donde no se regresa. Este tema ha estado presente en la literatura universal desde siempre, el cambio en los últimos años es que se ha vuelto eje central de obras artísticas y literarias. En América Latina la proliferación de obras literarias con esta temática es multifactorial, puede explicarse por el aumento de casos, la necesidad de su visibilización, la preocupación y sensibilidad de escritores/ras frente a ellos y el reconocimiento de este delito en las leyes de cada país.

Las obras revisadas, si bien tienen diferencias, comparten algunos elementos. En *2666*, *Chicas muertas*, *Racimo*, *La fosa del agua*, *Casas vacías*, *Cometierra* y *El invencible verano de Liliana* se abordan feminicidios en espacios públicos y privados cometidos por agresores conocidos y por quienes no tenían una relación interpersonal con la víctima y, en la gran mayoría, no se han encontrado a los culpables.

Chicas muertas se enfoca en tres feminicidios; en *Racimo* aparecen trece y la captura del feminicida gracias a que la víctima número catorce puede escapar; en *La fosa del agua* se habla de siete, en *Casas vacías*, *Cometierra* y *El invencible verano de Liliana* de uno; finalmente, en *2666* de más de medio centenar. No en todos los casos, pero sí en una parte, hay violencia sexual contra las mujeres, *pre* o *post mortem*. Además, frente a la indiferencia de las autoridades, los familiares se ven obligados a convertirse en detectives y abogados. Por si la fractura que supone tener a un familiar asesinado o desaparecido no fuera suficiente, enfrentan gastos, obstáculos burocráticos (que van desde documentos trasapelados hasta restos óseos mal catalogados), falta de protocolos

efectivos para llevar a cabo las investigaciones, corrupción, negligencia, ofensas, burlas y cuestionamientos sobre la vida privada de sus hijas. Varias veces las autoridades intentan desestimar casos al decir que las mujeres se habían ido por voluntad propia. En las declaraciones ministeriales se suele desprestigiar a las víctimas e insistir en que se van por voluntad propia. La culpa siempre es de ellas. La práctica de la difamación no sólo conduce a pistas falsas, sino que es un tipo de violencia más que deben soportar las familias de las víctimas.

Quise poner énfasis al hecho de que en todas las obras los autores/ras les dan un peso central a los espacios. Estos son esenciales para comprender las historias narradas, pero también para manifestar la indefensión y vulnerabilidad en la que se encuentran las mujeres. Parece que están en peligro porque la violencia machista que posibilita los feminicidios puede alcanzarlas en cualquier espacio, público o privado, pero sin duda hay factores que incrementan las alarmas, como los ejes de clase y de raza. No puede obviarse que los lugares aislados, con pocas vías de comunicación y transporte, con deficiencias estructurales y con altos índice de pobreza y de criminalidad abonan tanto a la violencia como a la falta de justicia. Asimismo, es importante señalar que en dado caso que se acepte que hay problemas en ciertos entornos, no son resueltos por las autoridades. En lugar de buscar soluciones que eviten o disminuyan la violencia se han estigmatizado estos espacios y a sus habitantes, se ha criminalizado la pobreza y los estilos de vida de los/las jóvenes.

En el siguiente capítulo se abordará otra manifestación de violencia contra las mujeres: agresiones sexuales y trata en la literatura latinoamericana.

CAPÍTULO II: VIOLENCIA SEXUAL Y TRATA

La violencia sexual abarca un amplio espectro de violencias que atentan contra la libertad sexual de alguna persona; entre ellas se incluyen las insinuaciones, el acoso verbal, la toma, difusión o amenaza de revelar imágenes íntimas, corrupción de menores, trata, pornografía forzada, estupro, prostitución forzada, lenocinio, abusos sexuales y violaciones. Las últimas dos pueden ser llevadas a cabo con las siguientes agravantes: a un menor, a una anciana, a una persona con alguna discapacidad o con alteraciones de consciencia.

Todos estos actos llevan a las víctimas a vivir en estados extremos de miedo, inseguridad y angustia. En la mayoría de los casos los agresores son hombres conocidos en quienes las víctimas confían (familiares, amigos, profesores), les piden secrecía, las aíslan o mantienen amenazadas, todo lo cual ocasiona graves consecuencias físicas y emocionales.

La trata es un delito muy complejo. Incluye la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción: raptos, fraude, engaño, abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad; concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. En la mayoría de los casos, la explotación se relaciona con la prostitución, la pornografía, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre, la extracción de órganos o el alquiler de vientres.

Según el ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados): el 80% de las víctimas de trata en América Latina son mujeres y niñas, y es el tercer negocio más lucrativo después del nar-

costráfico y la venta de armas.¹ América Latina es una región de origen, tránsito y destino, por lo que el turismo sexual se ha disparado en países como México, Costa Rica y Brasil.

Calcular cifras exactas del delito de trata es muy difícil, pues las mujeres permanecen en calidad de desaparecidas y sólo se puede saber si fueron víctimas de trata si son rescatadas o logran escapar de sus captores. En México, entre 2006 y 2016 se calcula que hubo 500 000 víctimas de trata, el 93 % de ellas mujeres y niñas. Cada año, alrededor de 21 000 menores de edad son captados (alrededor de 45 % por una persona conocida) por las redes de trata de personas con fines de explotación sexual y 45 de cada 100 son niñas indígenas.

Si bien las víctimas de trata provienen de cualquier entorno socioeconómico, existe un perfil de víctimas que son buscadas por las redes de trata: mujeres en situaciones vulnerables, así como menores de edad provenientes de familias disfuncionales que viven en la pobreza.

Por su parte, las agresiones sexuales en entornos familiares son muy frecuentes. América Latina es una región donde las infancias viven bajo muchos riesgos. No sólo se sigue aceptando el maltrato como forma de educar, sino que los índices de abuso sexual y pornografía infantil son de los más altos del mundo — según datos de la UNICEF, la información sobre violencia sexual infantil en América Latina es limitada, pero se estima que las más vulnerables son las niñas. Se calcula que el 25 % de mujeres ha sufrido algún tipo de violencia sexual antes de cumplir los 18 años—. ² En este capítulo se analizarán las novelas *Las muertas*, *Las elegidas*, *Le viste la cara a Dios*, *Racimo*, *Temporada de huracanes*, *El monstruo pentápodo*, *Qué raro que me llame Guadalupe* y *Por qué*

¹ Vid. Nuria Sevilla Bayón, *La trata de personas: situación y perspectivas en América Latina* [en línea]. Madrid, IECAH, 2013. <<https://iecah.org/la-trata-de-personas-situacion-y-perspectivas-en-america-latina/>>. [Consulta: 15 de diciembre, 2021].

² Vid. UNICEF, *Perfil estadístico de la violencia contra la infancia en América Latina y el Caribe* [en línea]. Nueva York, 2022, 28 pp. <<https://www.unicef.org/lac/media/38226/file/Perfil-estadistico-de-la-violencia-contra-la-infancia-en-America-Latina-y-el-Caribe.pdf>>. [Consulta: 15 de diciembre, 2022].

volvías cada verano, pues de alguna u otra manera abordan como tema central agresiones sexuales o trata.

Las muertas

Voy a empezar este capítulo analizando una de las obras literarias más importantes, la primera que se enfocó por completo en la trata: *Las muertas*, novela del mexicano Jorge Ibarguengoitia, publicada en 1977. Si bien por su fecha de publicación no podría considerarse una obra contemporánea, creo que como antecedente vale la pena hablar sobre ella.

La historia, como puede notarse desde el título, claro y contundente, habla de mujeres muertas, mujeres que se dedican a la prostitución forzada. Quienes ejercen violencia de género a través de una red de trata son mujeres, las hermanas Baladro, Serafina y Arcángela, que se definen a sí mismas como “madrotas”. Ellas se encargan de reclutar mujeres para llevarlas a trabajar forzosamente como prostitutas en tres cabarés de su propiedad. Arcángela, después de veinte años de dedicarse a ese negocio, tiene todo muy bien planeado:

El negocio de la prostitución es muy sencillo, lo único que se necesita para que salga bien es tener mucho orden. A las ocho de la noche bajan las muchachas de los cuartos y pasan delante de mí para que yo vea que están limpias, arregladas y peinadas. Se sientan en las mesas del cabaret [...] empiezan a llegar los clientes. Unos ya conocen el lugar y van derecho a la mujer que les gusta [...] la mayoría de los hombres se va con la primera que los invita a una mesa [...] Cuando un cliente que está en una mesa con una muchacha siente que quiere pasar un rato con ella le dice que lo lleve a su cuarto. Ella contesta que sí, porque está prohibido decir que no [...] Ella es la que le dice al cliente cuánto es lo que tiene que pagar, porque no todas las muchachas cuestan lo mismo [...] Cuando terminan

bajan juntos por la escalera. Esto es importante para que la encargada de los cuartos se dé cuenta de que el cliente no ha maltratado a la muchacha [...] La muchacha regresa al cabaret y sigue trabajando. Una buena trabajadora puede ganar tres, cuatro y hasta diez fichas en una noche.³

Arcángela tiene todo un sistema que ha perfeccionado con los años, importa que no maltraten a sus “muchachas” sólo en la medida que deben seguirle sirviendo a ella. Las mujeres son objetos, no sujetos, no son autónomas, deben obedecer reglas y nunca pueden controlar su dinero. Las Baladro llevan un sistema de deudas, casi esclavista, en que ninguna puede irse sin haber pagado sus gastos de comida, medicinas y manutención. Así que muchas de ellas terminan debiéndoles a las hermanas de por vida, podían irse si pagaban, pero esas deudas eran enormes y aumentaban cada día.

A lo largo de la novela se conocen varias formas en las que son reclutadas estas mujeres, la mayoría a base de engaños: les ofrecen trabajo como sirvientas o como dependientes de zapaterías, les prometen salario, casa y comida, se aprovechan de sus necesidades económicas, como da cuenta el testimonio⁴ de la empleada Herminia N:

Nací en el pueblo de Encarnación, Estado de Mezcala. Éramos muy pobres. Soy la tercera de ocho hermanos [...] Una tarde llegó a mi casa una señora que se llamaba Soledad, que habló con mi mamá y se comprometió a conseguirme un trabajo

³ Jorge Ibargüengoitia, *Las muertas*. México, Planeta, 2019, p. 49.

⁴ Otro testimonio muy valioso es el de Juana Cornejo, alias la Calavera, que se convierte en trabajadora de las Baladro: “Encontré a las señoras Baladro por casualidad. Yo vivía en un rancho y necesitaba dinero porque un hijo que yo tenía estaba enfermo. Fui a Pedrones a pedir trabajo y anduve de casa en casa tocando en las puertas, hasta que llegué a una que abrió la señora Arcángela. Ella me dijo: Sí, aquí hay trabajo, pero no de criada. Si vienes a trabajar en esta casa será de puta. Yo acepté y ella me adelantó veinte pesos para las medicinas, que de nada sirvieron, porque mi hijo se murió a los pocos días. Yo me quedé con las señoras”. (*Ibid.*, p. 50.)

de criada en Pedrones. Dijo que me darían comida, casa y doscientos pesos al mes. Mi mamá quiso que me fuera esa misma noche con la señora Soledad. En el camión iban otras dos muchachas que también iban a trabajar de criadas. Cuando llegamos a Pedrones dormimos en la casa de la señora Soledad y al día siguiente ella nos llevó a la casa de la señora Serafina. Desde que entré en esta casa me di cuenta de que no era una familia como las demás, porque en el comedor andaban varias mujeres en refajo [...] En la tarde la señora Serafina abrió la puerta. Yo me asusté, porque con ella venía un señor de bigotes. — Este señor que ves aquí — me dijo la señora Serafina —, es muy amigo de la casa, se llama Don Nazario. Quiere ver qué tan nueva estás. Sigue una descripción detallada de sus primeras experiencias, que fueron terribles. Dice que al principio sufrió mucho, pero que después se acostumbró y que llegó a gustarle ese género de vida.⁵

La red de trata funciona durante años y las hermanas incrementan su fortuna con la complicidad y la corrupción de las autoridades (gobernadores, militares, policías). Sin embargo, todo cambia en 1962, cuando un nuevo gobernador estatal, Cabañas, manda cerrar los burdeles a través de la “ley de moralización del Plan de Abajo” que proscribe la prostitución y el lenocinio. La aplicación de la ley que nadie esperaba afecta a cerca de treinta mil personas cuyas fuentes de ingreso estaban relacionadas directa o indirectamente con la prostitución. La ley se aplica con rigor y para fines del mes de marzo no permanece ningún prostíbulo abierto. Con el cierre, las hermanas Baladro tienen que “traspasar” — como si fueran mercancías— a varias mujeres, pero la prohibición incentiva el mercado negro, así que las Baladro operaban clandestinamente y, con las mujeres que se quedaron retenidas, “no se daban abasto”.

⁵ *Ibid.*, pp. 46-50.

A lo largo de la novela se narran las historias de varias de las mujeres forzadas a prostituirse por las hermanas Baladro. Una de las más terribles, y que explica la forma en que ejercían violencia, es la de Blanca, una niña negra de 14 años que había sido vendida por una señora a Arcángela y Serafina a cambio de 300 pesos. Cuando se percató del engaño, que la van a obligar a prostituirse siendo una niña, sin tener ninguna experiencia ni educación sexual de ningún tipo, no intenta escapar, acepta su trabajo en silencio. De ella se decía que “en los años en que ejerció la prostitución no se recuerda que haya habido contra ella ninguna queja, y en cambio, sí muchos elogios”.⁶ Como si Blanca hubiera aceptado su destino, nunca se rebela, nunca contradice a nadie.

Durante su estancia, las hermanas Baladro ejercen sobre Blanca distintos tipos de violencia, como la violación a sus derechos sexuales y reproductivos, y la falta de atención médica. En el momento de la prohibición, Blanca se da cuenta de que está embarazada y, por lo demás, no es la primera vez:

Como en ocasiones anteriores, pidió ayuda a la Calavera y ésta —según su propia declaración— preparó una infusión de hojas de abrotano macho y de ruda que la paciente tomó, caliente, una taza tres veces al día. Este remedio, que la Calavera había preparado muchas veces y que había sido usado con excelentes resultados por la mayoría de las mujeres que trabajaban con las Baladro, era considerado infalible para provocar el aborto. Blanca lo tomó durante dos meses sin ningún efecto, en vista de lo cual decidió consultar su caso con las hermanas Baladro. Serafina le aconsejó someterse a una operación y le dijo que ella y su hermana pagarían al médico. El doctor Arellano, cuya firma aparecía al pie de varios documentos que estaban en poder de Arcángela, aceptó provocar el aborto a cambio de éstos, después de hacerse del rogar y de advertir que la operación era peligrosa por estar el embarazo muy avanzado. Operó a

⁶ *Ibid.*, p. 102.

Blanca en la habitación de ésta, ayudado por la Calavera, un día de noviembre. El éxito fue parcial, porque se provocó el aborto, pero también una hemorragia abundante y persistente.⁷

A partir de esa “cirugía”, de ese aborto forzado, la salud de Blanca se deteriora sin que ella reciba las atenciones necesarias para curarse. Lo que hacen es dejarla en el abandono total en un hospital público. Durante meses se ignora su paradero, finalmente es localizada totalmente distinta: “el rostro de la enferma se había vuelto grotesco y sus facultades mentales habían sido afectadas. Le costaba trabajo conocer y recordar. Su voz, por estar la mitad de la boca paralizada, era casi inteligible”.⁸ Blanca sólo regresa a morir a casa de las Baladro, estaba desahuciada, apenas comía y no hablaba. Nunca pudo volver con su familia. Su caso muestra la profunda indiferencia frente al dolor de las mujeres, en especial frente a una mujer que “dejó de servir” por haber enfermado a consecuencia de un aborto mal practicado.

Con la prohibición y los problemas que iban surgiendo con las mujeres, operar el prostíbulo clandestino se complicaba. Las Baladro mantenían a las mujeres encerradas, las golpeaban y les racionaban la comida. Entre ellas había envidias, celos y peleas. Algunas mueren asesinadas entre ellas, otras mueren por enfermedad, como Blanca, pero nunca se da parte a un médico o una autoridad, puesto que son enterradas en el patio o tiradas en la carretera para evitar problemas. En total, mueren seis mujeres. Eso despierta las sospechas de la policía que finalmente las investiga y descubren todo. Sólo así encuentran a mujeres que llevaban encerradas quince años, así se liberan las víctimas de trata, cuando alguien las salva. Todas ellas narran las violencias de que fueron objeto durante todo ese tiempo. Las Baladro son detenidas, culpadas:

⁷ *Ibid.*, pp. 105-106.

⁸ *Ibid.*, p. 108.

[...] de homicidio en primer grado, homicidio por irresponsabilidad, privación ilegal de la libertad, maltrato físico y moral, posesión ilegal de armas de fuego, portación ilegal de ídem, amenazas con ídem, corrupción de menores, lenocinio, privación de ingresos a un tercero, dolo, ocupación ilegal de una propiedad incautada. Violación de las leyes de inhumación, violación de las leyes de tránsito federal y ocultación de bienes.⁹

La sentencia de ambas es de treinta y cinco años y la venta de sus propiedades para indemnizar a las víctimas.

Ibargüengoitia se basó en un caso real para escribir esta novela, herramienta muy recurrida en los escritores de ficción. Se trata de las Poquianchis, un grupo de asesinas seriales dirigidas por las hermanas González Valenzuela que operó en México entre 1945 y 1964. Las hermanas eran dueñas de varios burdeles en los que trabajaban forzosamente mujeres a las que privaban de su libertad. Se dice que también asesinaron a clientes y a los bebés de las mujeres que mantenían como esclavas en su negocio de trata. Además, se calcula que el número de víctimas fue de 150. La historia de las Poquianchis también fue llevada al cine por Felipe Cazals en 1976.

Las elegidas

La novela *Las elegidas* (2015) del escritor mexicano Jorge Volpi se enfoca principalmente en una red internacional de trata. También está basada en una noticia: en 2001 fue descubierta la red de los hermanos Julio, Tomás y Luciano Salazar Juárez, líderes de la principal red de trata que operaba en San Diego. Durante años reclutaron cientos de menores de edad para llevarlas a casas de prostitución en Estados Unidos. Cada una era vendida en 1 500 dólares y atendía 10 minutos a cada cliente, llegando a recibir hasta 36 clientes por día.

⁹ *Ibid.*, p. 175.

El origen de las chicas era, principalmente, Tenancingo Tlaxcala. En la novela se dice que, desde épocas prehispánicas, los habitantes de ese lugar se han dedicado a la prostitución forzada y que actualmente muchos padres obligan a sus hijas a ser prostitutas y presionan a sus hermanos para traficar con ellas. Este espacio ficcional se considera clave para el reclutamiento, la explotación y la venta de mujeres. El capítulo 63 da cuenta de que en Tenancingo parece que nacer siendo mujer es una sentencia:

Cuando una madre engendra una
morrita
la piedra del tiempo se renueva
— Tenancingo cumple su ley inexorable—
La hembra habrá de servir a los varones,
Aprenderá a ser dulce y abnegada,
A coser y a desvenar los chiles,
A obedecer a sus hermanos y a sus
Primos
A ofrecerse a sus hermanos y a sus
Primos
A saciar las ansias de su padre,
A preservar el silencio sacrosanto,
Luego vendrán otros varones,
Vecinos, parientes, turistas, visitantes,
Los que pagan y los que aceptan un
Regalo,
Así es desde el principio de los tiempos.¹⁰

En *Las elegidas*, las mujeres son secuestradas y llevadas como prostitutas de Tenancingo a Tijuana y de ahí a las plantaciones de fresas de San Ysidro, California, a la tierra prometida, a la “Tierra de la leche y la miel”. Los personajes principales son el Chino y su esposa Salvina,

¹⁰ Jorge Volpi, *Las elegidas*. México, Alfaguara, 2015, p. 82.

una pareja que decide irse a Estados Unidos y ahí cae en una red de trata. Al comienzo, Salvina es prostituida y el Chino es el encargado de vigilarla a ella y a otras mujeres que trabajan para el Gringo, líder de la red de trata que opera en los campos de fresas. Él es el jefe del negocio, respetado y temido, el que considera a las mujeres como mercancías, el que no tiene reparos en explotarlas sexualmente: “¿Y hay otras así de chulas en tu pueblo? —hartas patrón [...] ¿Qué esperas entonces para traerlas? Tú y yo podemos montar un negocio”.¹¹ Así es como el Chino logra una posición de poder en la red de el Gringo e incluso llega a ser el dueño de un burdel al que llegan niñas de Tenancingo, niñas que sienten que sus cuerpos no les pertenecen, que son violadas y drogadas para soportar las extenuantes jornadas de trabajo. Los clientes a los que deben atender en campos y moteles son campesinos “mojados”, es decir, no son personas que ganen mucho dinero, la ganancia es por volumen:

Treinta por media hora — cincuenta las tiernitas—, los varones del Gringo les preguntan ésta o aquella, la Rosa, la Josefa, la Ligia, la Graciela, o la Salvina o la Inés o la Evelia, se las confían media hora a los mojados: los infelices se bajan los calzones y esperan que las bocas y los sexos de la Graciela, la Ligia, la Josefa o la Salvina o la Inés o la Evelia los liberen del hartazgo de los campos, el maltrato de los gringos, la añoranza que les ulcera las entrañas.¹²

En la novela los hombres controlan a las mujeres, quienes son consideradas objetos que deben generar algún tipo de ganancia. En el momento en que dejan de producir (por enfermedad o embarazo) son desechadas como mercancía inservible. Los clientes también son

¹¹ *Ibid.*, p. 32.

¹² *Ibid.*, p. 20. Se respeta la ortografía de los pasajes, compuestos sin comas, para acentuar la oralidad.

despiadados con ellas, considerándolas objetos y por eso ellas los animalizan al compararlos con perros:

Los hombres son perros sin bozal, perros sin sesos, perros a los que domeñan sus instintos perros que a la primera se te enciman perros callejeros perros encabritados perros siempre en celo perros insensibles perros que te lamen te muerden te babean perros que te celan te enclaustran te amilanan perros que nomás ven a otra se le enciman perros rabiosos perros salvajes perros gachos perros maloras...¹³

La novela tiene varios narradores, una tercera persona omnisciente; una segunda persona que se enfoca en el Chino, quien observa y recluta a las niñas o adolescentes que asisten a la secundaria,¹⁴ y una primera persona que narra los pasajes titulados “Letanía de Rosita a la mujer policía” y “Testimonio de la mujer policía frente a su jefe”.¹⁵ Estos pasajes resultan fundamentales para conocer cómo operaba la red de trata y el grado de violencia al que eran sometidas las mujeres. Aquí se narran los episodios más explícitos de violencia, la mujer policía recoge los testimonios de las mujeres abusadas y ella es la encargada de revelar la información, de hacer visibles las historias de las víctimas. Rosita, una de las chicas rescatadas, es la encargada de narrar su experiencia en los

¹³ *Ibid.*, p. 62.

¹⁴ Ejemplo del narrador en segunda persona: “contemplarás a las morritas que brotan apiñadas de la escuela [...] listas para que te pavonees enfrente de ellas, para que las esculques y las tientes, para que elijas a una, la más dulce, la más bonita, la más tierna, y te la lleves lejos, muy lejos, a la tierra de la leche y la miel”. (*Ibid.*, p. 10.)

¹⁵ Otro pasaje que narra frontalmente lo sucedido con las mujeres es el capítulo 82: “Testimonio de la mujer policía ante su jefe”: la mujer policía lleva tiempo investigando, sabe que “son niñas, trafican con niñas desde México, desde un lugar llamado Tenancingo, las mantienen encerradas y las obligan a entregarse a los inmigrantes aquí mismo, no son prostitutas, sheriff, entiéndalo, si intentan escapar las golpean o las matan, son mercancía, el último eslabón de una cadena, un negocio de millones, y la red empieza aquí, justo aquí, en los campos de fresas al sur de California”. (*Ibid.*, p. 106.)

capítulos 32, 37, 52, 66, 76, 86 y 93 — todos titulados “Letanía de Rosita a la mujer policía” — y mediante su perspectiva es posible conocer la forma en que operaba esta red, cómo engañaban a las mujeres y las encerraban contra su voluntad para obligarlas a ejercer la prostitución. Cuando apenas llegó a Estados Unidos, el señor que la había llevado la obligó a acostarse con él, pero ella pensaba que “no era el fin del mundo”, sólo parte del precio que debía pagar para migrar de forma ilegal a Estados Unidos sin saber que el camino apenas empezaba.

Mención especial merece el personaje de Salvina, esposa de el Chino y administradora del burdel. Ella había sido vendida por sus padres y hermanos; asimismo, fue violada por el Gringo frente a el Chino y, posteriormente, obligada a prostituirse. Sin embargo, pasó de víctima a victimaria:

Salvina parecía más jefa que el jefe ella también era de Tenancingo también había sido vendida por sus padres y sus hermanos decía querernos comprendernos cuando estaba de buenas nos traía regalos que una joyita que una tanga que unas toallas sanitarias [...] pero si no le dabas la razón la Salvina se te echaba encima [...] ella podía despellejarte arrancarte los ojos se decía que era la más dura la más gacha.¹⁶

Incluso es la victimaria de su propia hermana, a quien se lleva con engaños como prostituta: “me hablaste de los dólares, no de que me iban a cochar los mismos puercos”.¹⁷ Salvina es capaz de llegar a niveles muy profundos de crueldad, como se puede observar cuando, al no poder darle el hijo que tanto quiere el Chino, acepta que Azucena, su hermana, se embarace de él solo para quitarle a su hijo, cometiendo una de las máximas violaciones a los derechos humanos de una mujer gestante: el robo de su hijo y la negación de su maternidad: “Quiero que se largue nomás acabe el parto... en cuanto le entregue al chama-

¹⁶ *Ibid.*, p. 86.

¹⁷ *Ibid.*, p. 36.

co, se me regresa a Tenancingo”.¹⁸ Así nace Ulises, hijo de Azucena y el Chino en Tijuana: “nada te faltará Azucena, olvidarás que viniste hasta el gabacho... que tuvimos un chamaco que nunca te llamará madre”.¹⁹ El nivel de maldad es extremo, quitarle a su bebé recién nacido a una madre (que además es su hermana), deja claro el tipo de personaje que delineó el autor. En *Las elegidas* no deja de sorprender este recurso, pues si bien aborda el tema de la trata de mujeres, es un personaje femenino quien ejerce más violencia. Salvina prácticamente hace de el Chino su títere; es decir, es ella la responsable de regularizar los abusos sexuales del resto de las mujeres, lo que le quita culpa a los personajes masculinos, que se dedican a traer a las mujeres, a vigilarlas y a organizar a los clientes.

Salvina es el único personaje femenino fuerte. El resto, las mujeres que llegan de Tenancingo, sujetos inermes, son obligadas a prostituirse en los campos de fresas. Las víctimas de la red de trata de el Chino sólo pueden salir de ese negocio en el que sus cuerpos son explotados sexualmente, debido a la pelea con una banda rival que termina con la intervención policiaca, así son rescatadas de esos campos de “leche y miel”. Sin ese enfrentamiento habrían seguido allí hasta que sus cuerpos pudieran aguantar. Con todo, su liberación no les da mucha alegría; además del daño físico y emocional, sus vidas han sido destruidas. No tienen dinero, no conocen a nadie, no saben a dónde ir. Ni siquiera pueden regresar a su pueblo porque se enfrentarían al rechazo de sus respectivas familias: “imposible volver al pueblo nos molestarían a palos nuestros padres nuestros hermanos jamás van a perdonarnos somos traidoras polvo escoria renegamos de la tradición de nuestras madres nuestras abuelas las abuelas de nuestras abuelas nos rebelamos contra las costumbres y el silencio eso no se perdona no nos lo van a perdonar”.²⁰ Estas mujeres son liberadas de la red internacional de trata, pero se quedan solas y con pocas opciones para mantenerse.

¹⁸ *Ibid.*, p. 74.

¹⁹ *Ibid.*, p. 83.

²⁰ *Ibid.*, p. 118.

Quisiera subrayar que, si bien Salvina es víctima de abuso sexual, en lugar de ser empática con otras mujeres, se convierte en su verdugo. Es importante señalarlo porque ella ejerce violencia contra otras mujeres, como las hermanas Baladro. Es decir que las mujeres son más violentas que los hombres, por lo menos en esta novela y en la revisada anteriormente. Me parece que no es coincidencia que los autores de *Las muertas* y *Las elegidas* sean hombres, quizás esta representación de las mujeres responda a un sesgo de género.

Le viste la cara a Dios

En este capítulo se dedicará un apartado a *Le viste la cara a Dios*, novela corta o cuento largo de la escritora argentina Gabriela Cabezón Cámara, publicada en 2011 y adaptada a novela gráfica en 2013.

La historia también está basada en un hecho real: María de los Ángeles, “Marita” Verón, una joven tucumana de 23 años que está desaparecida desde abril de 2002 cuando fue secuestrada mientras se dirigía a una consulta médica. Su caso ha sido relacionado con una red de trata y prostitución forzada. Algunos testigos refieren que Marita fue obligada a asistir a fiestas sexuales y que un proxeneta la vendió a otro en España. Su búsqueda ha destapado una importante red internacional de trata, pero Marita no ha sido localizada. Gabriela Cabezón Cámara dedica esta historia a su aparición y a “todas las nenas, adolescentes y mujeres esclavas de las redes de prostitución”.²¹

Le viste la cara a Dios está narrada en segunda persona, recurso que crea la ilusión de dirigirse al lector. La protagonista, de la que no se sabe demasiado,²² es víctima de secuestro (me “cazaron”, afirma), prostitución forzada y agresiones físicas. Es despojada de su nombre

²¹ Gabriela Cabezón Cámara, *Le viste la cara a Dios*. Barcelona, Penguin Random House, 2019, p. 1.

²² De Beya se saben algunos datos que va soltando a lo largo el texto: que toca el piano, que tuvo una infancia de “nenita de clase media de pueblo”, que estudiaba en

y de su identidad, es llamada “Beya” por los hombres que controlan la casa en que está retenida contra su voluntad y es obligada a prostituirse:

El Beya durmiente que te pusieron acá, en este antro nauseabundo que siguió a la noche en que te ataron las manos y después te recogieron para enseñarte el laburo. Te enguascaron, te domaron, te peinaron para adentro y te hicieron el ablande: ahí aprendiste a los gritos nuevo nombre y apellido y te hicieron pura carne a fuerza de golpe y pija y así empezaste a saber que en el centro de ese antro lo que sos iba a ser muerto como restos de un puchero arrojados a la calle.²³

Beya es víctima de una violencia atroz, sexual y emocional. Ella, junto con otras mujeres, no tiene ningún valor como ser humano, sólo como mercancía. Las golpizas que recibe son brutales:

Si te dejaran pensar en algo más que el final de esa paliza continua, pensarías que la tortura tiene diccionario propio: te arrancaron tus palabras y te metieron las de ellos, tan dolorosas y sucias como el mar de miembros punzantes que te sacuden ahora como a un barquito un tsunami, pero no pensás, sólo ansiás esa voz dulce y dejar atrás la poronga que te barrena la concha, tan lastimada ya que sentís esa fricción como se siente un bulldozer desalojando un terreno.²⁴ [...] Todo es paliza y paliza y el dolor multiplicado y todo vuelve a girar, te desayunan con whisky en el puticlub de mierda, porque la tortura ahí adentro no termina ni se acaba como no se acaba nunca la cosecha de mujeres y eso te lo hacen saber, no te vayas a

la facultad, que trabajaba y que “hacía voluntariado en el hospital de niños del barrio de las afueras”. (*Ibid.*, p. 15.)

²³ *Ibid.*, p. 4.

²⁴ *Idem.*

olvidar, que ellos te pueden pasar a degüello como a un chanco y filetearte después como si fueras jamón.²⁵

Quiere dejar de sentir dolor, quiere volver a sentir que su cuerpo es suyo, irse y dejar de ser “una puta de puterío bonaerense”. Pero es casi imposible, no tiene fuerzas, los golpes, la falta de comida y de sueño y el exceso de drogas (le inyectan “merca” dice en varias ocasiones), la mantienen en un estado de debilidad extrema. Ve su cuerpo — que siente como un “envase abollado” — desde afuera, como si no le perteneciera. Poco a poco le van quitando todo, hasta el control de su cuerpo y de sus pensamientos.

El espacio en donde es encerrada, el prostíbulo, es descrito como “antro nauseabundo” o “matadero infecto”; ahí debe “atender” a los clientes también por volumen. A través de Beya se conoce el funcionamiento al interior de este prostíbulo en la ciudad de Lanús, provincia de Buenos Aires, que es manejado por un grupo de hombres — también innominados— a los que se dirigen, como en *Las elegidas*, por medio de apodos: alias Cuervo, alias Trueno y alias Rata. Ellos tres controlan la casa, controlan a las chicas, las golpean, las torturan y las obligan a prostituirse a un ritmo imposible para el cuerpo.

Beya intuye que hay otras chicas en esa casa, pero no sabe la cantidad exacta porque está aislada e incomunicada. No cuenta ni siquiera con la compañía de otras chicas, de otros sujetos inermes como ella. En ese espacio, todos sus movimientos son vigilados, le controlan hasta la comida y el sueño:

Odiás a ese hijo de puta que te está cogiendo a palos por hacer-te la boluda, mogólica Beya durmiente, dice y grita y te pega fuerte, ya vas a ver, puta tonta, acá dormís si yo digo, aúlla y pega más fuerte, furioso como un tirano porque te quedás dormida hasta cuando estás parada y cogida y bien cagada a piñas porque ese es tu modo de ser la torturada que vuela y

²⁵ *Ibid.*, p. 11.

dice que él te va a enseñar a estar despierta putita y se sacude con saña encaramado a tu ojete garchándote con un pico, cava a los golpes, rompe, desgarrar, mezcla sangre y mierda.²⁶

Como se ha señalado, salir de una red de trata sólo es posible por dos vías: escapar o ser rescatada, ambas parecen imposibles para Beya, pero es astuta y no quiere morir en ese lugar. Para escapar, las chicas necesitan ayuda de alguien, que algún cliente decida ayudarlas. Al no tener contacto con nadie, más que con ellos, a veces deciden tentar a la suerte contándoles sus historias y rogándoles ayuda, ya sea que ellos las saquen o que envíen un mensaje a la familia. En el prostíbulo donde se encuentra Beya, una de las chicas se arriesga y en su desesperación pide ayuda a un cliente, que resulta ser un juez: “le dijo que estaba presa, que no quería estar ahí, que la tenían secuestrada y que seguro su madre la buscaría en todas partes, que por favor la sacara”.²⁷ Él hace todo lo contrario, le pide, le cuenta a los jefes del prostíbulo lo que sucede y les ordena que “pongan a la pendeja en su lugar”. Y el Rata la pone. La paliza que recibe es bestial. “Tenía un ojo costado. El cráneo un poco partido. Las dos piernas fracturadas y en posiciones absurdas. Y tajos en todo el cuerpo porque le habían dado entre diez y le hicieron los agujeros para hacerlo todos juntos y a la vez. La chica parecía muerta”.²⁸

Frente a esto, uno de los pocos caminos que le quedan a Beya es fingir, así que finge enamorarse de uno de sus torturadores, se hace “novia” de “el Rata”.²⁹ Con el tiempo, su estrategia da resultados. La

²⁶ *Ibid.*, p. 7.

²⁷ *Ibid.*, p. 24.

²⁸ *Ibid.*, p. 25.

²⁹ “Estás lista para un óscar por tu representación de víctima seducida. Les pedías perdón a todos... les decías que merecés que te caguen bien a palos, le jurás amor al Rata, le rogás por más paliza, decís que lo harás famoso porque le das a los tipos los polvos más memorables de toda la zona sur y al final pedís más clientes porque quiero darte más papá, pedís golpes y castigos y pedís parirle mil hijos para que pueda venderlos en el mercado ilegal”. (*Ibid.*, p. 12.)

relación con “el Rata” trae consigo algunos privilegios, que no la exigen, de ningún modo, de seguir explotando su cuerpo. Los privilegios consisten en trabajar menos horas (ya no 15, sino 8 diarias), poder salir de su cuarto (lo que permite que conozca la casa y ubique puertas y ventanas), comer, dormir, y pasar a la sala “sodomazo”, en donde puede descargar un poco de furia contra los clientes, vengarse de alguna forma. Ese odio la mantiene viva, confiesa.

Beya tiene un objetivo claro, no quiere desmoronarse, quiere escapar “porque si no te escapás te vas a transformar en zombie como son tus compañeras que parecen muertas vivas con sus lentes de contacto de colores fluorescentes y con la merca en las venas y llenas de lastimaduras en la carne que no sienten”.³⁰ El tiempo le juega en contra porque su cuerpo está en muy malas condiciones y no sabe cuándo dejará de responderle. Es como una máquina que, por forzarla, se está descomponiendo, fallan sus partes y, en algún momento, el todo: Beya sufre un paro cardiorespiratorio. Pero sobrevive, aunque ella ya no se reconoce como ella misma, sino como un monstruo, como alguien que va dejando poco a poco de percibirse un ser humano.

Por otro lado, la novela también da cuenta de la corrupción de las autoridades, es decir, para que esta red pudiera secuestrar chicas impunemente, mantenerlas encerradas y obligarlas a prostituirse contaban con la aprobación y complicidad de estas. Entre los clientes asiduos al prostíbulo se encuentran policías, jueces y hasta el gobernador, de manera que los criminales están cobijados por todo el aparato estatal. Así vemos, una vez más, que las mujeres son sujetos inermes a las que se les quita su libertad y su dignidad humana, y se quedan en la más absoluta vulnerabilidad porque quienes deberían de buscarlas son cómplices de su secuestro.

La novela destaca por el uso que se hace del lenguaje, que no sólo es coloquial, sino que es narrado con crudeza. No se edulcora nada, hay un lenguaje muy gráfico y contundente. Si bien todas las obras referidas

³⁰ *Ibid.*, p. 16.

en este libro son fuertes, me parece que *Le viste la cara a Dios* es una historia emocionalmente retadora para los lectores.

Temporada de huracanes

La novela de Fernanda Melchor es sumamente compleja y trata muchos tipos de violencia, como la derivada de la precariedad o la ejercida entre varones; pero por el tema de este libro, sólo me centraré en la trata, el negocio de la prostitución forzada.

La historia se desarrolla en La Matosa, un pueblo ficticio de Veracruz en donde hay mucha pobreza y la vida gira en torno a la construcción de una carretera nueva que uniría varios poblados con el puerto y la capital debido a unos pozos petroleros recién descubiertos. Eso hizo que se abrieran fondas, posadas, “congaes y puteros en donde los choferes y los operadores y los comerciantes de paso y los jornaleros se detenían para escapar un rato de la monotonía de aquella carretera flanqueada de cañas”.³¹ La carretera provocó que La Matosa estuviera “plenamente invadida de fulanas y pirujas venidas desde quién sabe dónde”.³² El eufemismo “escapar de la monotonía” se refiere a pagar por mantener relaciones sexuales con mujeres retenidas contra su voluntad en burdeles de la zona.

Chabela es la encargada de la red de prostitución forzada de La Matosa. Ella misma empezó siendo prostituta y además de administrar y controlar a las chicas, sigue practicando la prostitución. Chabela — madre de Maurilio Camargo Cruz, alias el Luis Miguel— era “famosa en el tugurio ese que regenteaba en la carretera”.³³ Ella tiene la conciencia tranquila porque trata “bien” a las muchachas, eso es lo que concluye tras compararse con la forma en que son tratadas por grupos delincuenciales (como el grupo Sombra): “eso es lo que le hacen esos cabrones

³¹ Fernanda Melchor, *Temporada de huracanes*. México, Random House, 2017, p. 25.

³² *Ibid.*, p. 30.

³³ *Ibid.*, p. 50.

a las pobres muchachas que raptan de camino a la frontera: que las ponen a trabajar en los puteros como esclavas y que cuando dejan de servir para la cogedera, las matan como a los borregos”.³⁴

Chabela era la encargada del Excálibur, un prostíbulo en donde “regenteaba viejas”.³⁵ Les ordenaba, además de tener relaciones sexuales, drogar a los clientes y robarles, obviamente para que ella se quedara con el dinero. Chabela tiene un curioso código de ética, cree que estos hombres se lo merecen porque manosean “chamaquitas y hasta a los chamaquitos [...] como si la policía no supiera”.³⁶ En varios momentos de la narración se privilegia la perspectiva de Chabela y por ella conocemos cómo operan las redes de prostitución, los acuerdos — tácitos o no— entre autoridades y proxenetas y la corrupción en todos los niveles. En medio de todo eso, las mujeres son los sujetos inermes: “la mayor parte de las chicas de la carretera con dificultad comían una vez al día y muchas no eran dueñas ni de la toalla con la que se limpiaban los humores de los machos con los que cogían”.³⁷ Aquí también puede verse que estas mujeres no se quedaban con el dinero, que eran esclavizadas al no poder pagar las deudas de manutención. Un aspecto a subrayarse es que en esta novela no sólo hay mujeres como sujetos inermes, también hay prostitución masculina y violencia hacia mujeres trans. En La Matosa hay hombres y adolescentes que se prostituyen a cambio de dinero, aunque muchos de ellos lo hacen por voluntad propia, a cambio de dinero, no son secuestrados por ninguna red de trata.

Otra historia, que no es de trata, pero sí de agresión sexual e indefensión es la de Norma, una chica originaria de Ciudad del Valle que llega a La Matosa escapando de su padrastro, Pepe, quien abusa sexualmente de ella durante años hasta que la embaraza. La historia de Norma es desoladora. Es víctima de violencia sexual por un agresor conocido desde que es una niña y nadie se da cuenta, nadie la protege:

³⁴ *Ibid.*, p. 51.

³⁵ *Ibid.*, p. 73.

³⁶ *Ibid.*, p. 47.

³⁷ *Ibid.*, p. 31.

[...] márame la verga, decía; márame los huevos, mámale duro, chiquita, con ganas, así, hasta adentro, no te hagas la que te da asco si bien que te gusta [...] la verdad era que al principio sí le había gustado; la verdad era que al principio ella incluso había llegado a pensar que Pepe era guapo, y hasta le dio gusto cuando su madre lo llevó a la casa para que viviera con ellos, para que fuera el padrastro de Norma y de sus hermanos.³⁸

Norma tenía una familia disfuncional. Con apenas 12 años debía hacerse cargo de estudiar y de cuidar a sus cuatro hermanos, todos hijos de diferentes padres que no se hacían cargo. Su mamá era muy dura con ella, por eso sintió alivio cuando Pepe llegó a la casa, pero los abusos comenzaron casi de inmediato. Ella era una niña que llevaba una vida muy dura, y de pronto, un hombre de 29 años le dedica tiempo, le pone atención, razón por la que se siente importante, sin embargo, no sabe que esa atención es una estrategia para acercarse y abusar de ella:

Veían las caricaturas, y le pasaba el brazo por encima de los hombros, y le acariciaba la espalda, los hombros, los cabellos, pero solo cuando la madre de Norma estaba en la fábrica, solo cuando sus hermanos estaban en el patio de la vecindad, jugando con otros chiquillos, y siempre bajo la manta aquella para que nadie viera lo que las manos de Pepe estaban haciendo mientras veían la pantalla, la forma en que sus dedos se deslizaban por la piel de Norma y delineaban los contornos de su cuerpo, caricias que nadie le había hecho nunca.³⁹

Para Norma, eso era “chusco y divertido”.⁴⁰ Pensaba que Pepe sólo bromeaba con ella y le demostraba su cariño, que era un juego. No obstante, esos toqueteos fueron escalando: “el Pepe estaba obsesionado

³⁸ *Ibid.*, p. 122.

³⁹ *Ibid.*, p. 123.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 124.

con que a fuerzas tenía que meterle un dedo a Norma hasta adentro, con que a fuerzas su dedo de en medio tenía que entrarle todito a Norma, aunque le ardiera, aunque acabara con punzadas en el bajo vientre”.⁴¹ Llegados a este punto, Norma ya le había permitido mucho a su padrastro, demasiado, y lo peor de todo es que encima tenía ganas de permitirle aún más, permitirle que le hiciera lo que él tanto quería, eso que siempre le estaba murmurando en la oreja.⁴²

Norma se culpaba a sí misma:

[...] pensaba que verdaderamente tenía que existir algo muy malo dentro de ella, algo podrido e inmundado que la hacía gozar tantísimo con las cosas que ella y Pepe hacían juntos los días que él trabajaba el tercer turno de la fábrica y llegaba a la casa por la mañana, justo después de que la madre de Norma ya se hubiera marchado, y entraba a la cocina y apartaba a Norma del quehacer que estuviera haciendo y la llevaba al pie de la cama grande, la que él y la madre compartían ahora, y la desnudaba a pesar de que ella aún no se había bañado, y la tendía, temblando de anticipación y de frío, sobre las sábanas heladas y la cubría con su propio cuerpo desnudo y la apretaba muy fuerte contra su pecho musculoso y la besaba en la boca con un hambre salvaje que Norma encontraba a la vez deliciosa y repugnante, pero el secreto era no pensar en nada mientras él le apretaba los pechos y se los chupaba; no pensar nada cuando Pepe se montaba encima de ella y con su verga untada de saliva iba haciendo más grande y más ancho aquel hueco que él mismo había abierto con los dedos, mientras miraban la tele, debajo de las cobijas. Porque antes del Pepe no existía nada ahí.⁴³

⁴¹ *Ibid.*, p. 125.

⁴² *Ibid.*, p. 126.

⁴³ *Ibid.*, p. 134.

Con tan sólo 12 años, Norma no había tenido educación sexual, no sabía ni de la menstruación ni de su propia anatomía, mucho menos de reproducción o prevención del embarazo. Pepe sí, él era un adulto y se aprovechó de ella, logró que incluso ella se sintiera culpable, como si él no fuera el responsable de lo sucedido. Él la engaña, la manipula y si bien Norma al principio cree que le gusta, también le duele, no entiende muy bien lo que sucede, habla de asco (de él y de sí misma), de culpa y de dolor. Lo que ella quiere es que él la abrace, no tener sexo con él, pero lo tiene porque sabe que es el camino para recibir un abrazo.

Norma pensaba en el embarazo como en un castigo. No supo cómo pasó, pensaba que Pepe se iba a encargar de todo:

[...] sabía cómo arreglárselas, con eso de que le llevaba la cuenta de la regla, y todo el tiempo estaba pendiente de sus sangrados, y supuestamente sabía cuándo podía metérsela y cuándo no, y durante un tiempo le había estado dando unas pastillas diminutas que hacían que Pepe pudiera venirse dentro de ella cuando quería, pero después tuvo miedo de que la madre de Norma se las encontrara y había dejado de dárselas. Norma no supo cuándo fue que pasó, de pronto solo le pareció que la vida se había vuelto aún más gris y fría que de costumbre.⁴⁴

Además del impacto en el cuerpo, el impacto emocional del embarazo en Norma es devastador, es sólo una niña que cree que consintió que su padrastro tuviera relaciones con ella, cuando en realidad había sido abusada por él. Está asustada y profundamente sola, sabe que su mamá no la perdonaría, no tenía con quién hablar, pensaba en huir y suicidarse, “tirarse al mar con todo y la cosa esa que le crecía en las entrañas”.⁴⁵ Norma no tiene a nadie, así que escapa con el fin de llegar al puerto y terminar con su vida. Para esta adolescente, abusada sexualmente en su entorno familiar, la única salida es el suicidio. No

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 135-136.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 138.

logró su cometido porque en el camino se encuentra por casualidad con Luismi, la única persona que le tendió la mano. Sin embargo, lejos de ser una solución para sus problemas, la relación con Luismi representa más sufrimiento para Norma. Desde el principio él le advierte que debe cuidarse de su madre, Chabela, porque podía convertirla en una de sus prostitutas. Con semejante advertencia, es entendible que Norma sea precavida frente a Chabela. No obstante, sólo ella se da cuenta de que está embarazada y le ofrece ayuda. Norma no quiere a ese bebé, no quiere ser madre siendo una niña, por eso acepta el ofrecimiento. La propia Chabela también era una niña cuando se embarazó, en algún momento le cuenta a Norma que tenía 14 años cuando conoció a Maurilio, el papá de Luismi. Desde esa edad empezó a prostituirse “yo cobraba lo que quería en esa época, antes de embarazarme, y hasta me daba el lujo de ponerme mis moños”.⁴⁶ Con eso queda claro que hay niñas prostituyéndose porque hay hombres pederastas que pagan — o las obligan— por estar con ellas. En esta parte también conocemos la historia de Chabela, quien decide convertirse en prostituta sin pensarlo mucho, “tuve que ponerme a talonear para no morirme de hambre [...] pagaban buena lana”.⁴⁷ Acepta que la pobreza la llevó a la prostitución, que el dinero era bueno, sólo había tenido que aprender a lidiar con los hombres, sobre todo con los borrachos. Chabela luego comprendió que el negocio no era prostituirse a ella misma, sino a otras mujeres, así fue como empezó a forzar a otras para conseguir dinero: “lo único que se necesita son unas buenas nalgas, y mejor si no son las tuyas, mamacita; mejor si son de una bola de chamacas pendejas con la misma jiribilla con la que tú empezaste, ahí está el negocio de a de versas”.⁴⁸ Sostenerse ya no era la prioridad, sino hacer dinero, y eso lo consiguió explotando a mujeres indefensas.

Chabela se convierte en una especie de figura materna para Norma y es la encargada de llevarla a que se practique un aborto clandestino.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 141.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 142.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 143.

Sabe perfectamente a dónde ir, lo ha hecho varias veces, tanto para ella como para otras chicas de su prostíbulo. Le propone ir con La Bruja, la curandera de La Matosa, para que le dé un brebaje que termine con su embarazo e insiste en que se lo tome incluso cuando la propia curandera dice que el embarazo es muy avanzado e insinúa el peligro de realizar el procedimiento. Resultado del aborto al que se somete, Norma tiene una hemorragia por la que finalmente es llevada al hospital. Ahí es víctima de violencia de parte del personal médico que la insulta, la amenaza e incluso la amarra por haberse provocado un aborto:

Las miradas acusadoras de las enfermeras, cuando al fin se dignaban a cambiarla, sin desamarrarla ni un solo instante de la cama porque esas habían sido las instrucciones de la trabajadora social: tenerla ahí prisionera hasta que la policía llegara, o hasta que Norma confesara y dijera lo que había hecho.⁴⁹

A nadie parece importarles que a la edad de Norma un embarazo siempre es producto del abuso sexual. Nuevamente sola y retenida contra su voluntad, queda claro que Norma es el sujeto más inerte y vulnerable de *Temporada de huracanes*.

El monstruo Pentápodo

El monstruo pentápodo, novela de la escritora duranguense Liliana Blum, publicada en 2016, es una de las más crudas, fuertes y transgresoras que se han publicado sobre la violencia contra las mujeres y creo que responde al tema y la forma en que aborda agresiones sexuales a niñas pequeñas.

Aquí, el foco está puesto en el agresor. Se nota en el título una clara referencia a *Lolita* de Nabokov (“Te quería. Yo era un monstruo pentápodo, pero te quería. Era despreciable, y brutal, y lascivo, y cuanto pueda

⁴⁹ *Ibid.*, p. 100.

imaginarse, mais je t'aimais, je t'aimais! Y había momentos en que sabía todo cuanto sentías, y saberlo era un infierno, pequeña mía”,⁵⁰ dice el profesor Humbert). En la novela de Blum, se habla de la angustia, los nervios, las pesadillas, la infancia y la familia de quien ejerce el daño.

La autora no esconde la intención de adentrarse en la mente de un personaje criminal. Se trata de Raymundo Betancourt, quien frente a su familia y a la sociedad en general aparenta ser un hombre común. Es un ingeniero apreciado en su comunidad, responsable y trabajador, que cuida a su hermana Julieta y a sus sobrinos. Eso es lo peligroso, que los agresores casi siempre aparentan normalidad. De puertas hacia adentro es otro. Cuando no trabaja se dedica a observar niñas en escuelas, en albercas o en parques. Las describe minuciosamente mientras fantasea con ellas. Es un pedófilo que no se queda en eso, se convierte en un pederasta que secuestra niñas y las encierra en un sótano. En ese lugar ocurren todo tipo de abusos físicos y psicológicos. Raymundo tiene una enorme capacidad para dañar a seres indefensos e inermes — como diría Adriana Cavarero—: “su tipo eran las niñas delgadas, atléticas, de facciones finas, ni muy blancas ni muy morenas. Las prefería en el rango de los cinco a los nueve años”.⁵¹

Raymundo se obsesiona con Cinthia, una niña de 5 años a quien sigue a todas partes hasta que logra memorizar sus horarios y rutinas. El protagonista no actúa impulsivamente, lo planea todo, acecha y calcula. A pesar de esto, Raymundo no se asume como criminal y nunca muestra arrepentimiento. Además, ya había violentado niñas antes, se propone hacer lo contrario de lo que hizo con Normita, con ella fue descuidado y actuó impulsivamente. Después de eso decide “mejorar su método”, “aprender de sus errores” y cuida todos los detalles. Incluso refiere que se inspira en los casos de Natascha Kampusch, quien a los 10 años fue secuestrada por Wolfgang Přiklopil en Austria durante ocho años, y en Cameron Hooker, quien mantuvo secuestrada a Collen Stan durante

⁵⁰ Vladimir Nabokov, *Lolita*. Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 165.

⁵¹ Liliana Blum, *El monstruo pentápodo*. México, Planeta, 2019, p. 25.

siete años en California, cuando ella tenía 20 años; es decir, todo lo que hace Raymundo está planeado con premeditación, alevosía y ventaja.

Es importante señalar que no sólo hay un narrador, también hay uno en tercera persona que sigue a Raymundo de cerca, por lo cual el agresor no es el único en hablar, ya que este recurso complicaría la lectura. Hay cambios de narradores que se focalizan en otros personajes: Cinthia, la madre de Cinthia y Aimée, quien era la pareja y cómplice de Raymundo y habla desde su presente en la cárcel. Es en gran parte debido a su voz que se conoce quién era Raymundo. Aimée, con la claridad que le permite la distancia temporal y espacial, vuelve atrás a contar, desde su perspectiva, todo lo que hacía Raymundo. Y lo hace a través de un diario y de cartas en las que reconstruye su relación y se pregunta cómo pudo enamorarse de él. Sabe que fue manipulada, que Raymundo se aprovechó de ella, que le mintió desde que se conocieron y que ejerció violencia emocional que, como dije antes, es otra manifestación de la violencia contra las mujeres: “cuando te conocí yo tenía treinta y siete años y nunca había tenido novio, amante, pretendiente, ni siquiera un viejo verde que me gritara alguna vulgaridad. Nadie que me deseara, mucho menos que me amara. Soy un pequeño monstruo”.⁵² Aimée está muy sola y Raymundo encuentra a una persona ideal para manipular. Con ella es la pareja perfecta: “intachable, respetuoso, siempre adelantándose a mis deseos”.⁵³

La novela se detiene mucho en las acciones y pensamientos de Raymundo, se detalla cómo secuestra a Cinthia con un plan perfectamente orquestado. Acude al parque donde sabe que siempre va la niña con su madre, aprovechándose de que está distraída para atraerla. Le muestra fotos de perritos, le dice que eran suyos y que si quería podía mostrárselos:

Aquí a la vuelta, muy cerca [...] vamos [...] Como si lo conociera de toda la vida, ella se dejó hacer... Raymundo cargó los

⁵² *Ibid.*, p. 19.

⁵³ *Ibid.*, p. 41.

patines con una mano y tomó a la niña de la otra. Avanzaron por la banqueta hasta la esquina. Quien se detuviera a verlos no encontraría nada excepcional en ellos: una hija contenta junto a su padre.⁵⁴

A partir de aquí el tono de la narración crea una atmósfera angustiante. La niña sube voluntariamente a la camioneta y se alejan del parque sin que nadie lo note. Aimée tenía un mes viviendo con Raymundo en el momento en que llevó a Cinthia al sótano de su casa. Al principio le cree cuando este le dice que rescató a la niña del maltrato en su casa. Lo creía de verdad, Aimée no miente, aunque tampoco es ingenua, pues se da cuenta rápido de lo que sucede. Sabe que la niña está siendo violentada, pero no la ayuda, se convierte en cómplice cuando acepta cuidarla, limpiarla y alimentarla mientras está en cautiverio.

Ella admite que actuó mal, se tardó meses en hacer algo por Cinthia. Siente una enorme culpa porque cree que fue más victimaria que víctima. También siente culpa de haber creído en él, de haber sido su cómplice, de quererlo. Le cuesta aceptar que “mi novio, el amor de mi vida, era un pedófilo que tenía a una niña secuestrada en el sótano de la casa donde yo vivía con él”.⁵⁵ Aimée es un personaje muy complejo, aunque casi todo el tiempo se refiere a Raymundo como monstruo, enfermo o pedófilo, al final, en apenas una frase, dice algo fundamental, “Raymundo era un hombre común y corriente”.⁵⁶ Eso era. Un tipo normal que pudo secuestrar a una niña y agredirla sexualmente durante meses porque nadie se lo impidió. Y también hacia el fin se pregunta cuántos horrores pasarán sin que nos demos cuenta, cuántas agresiones escondidas estarán más cerca de lo que creemos.

Raymundo mantiene a Cinthia encerrada y aislada en un sótano sin ventilación y se narra lo que le hace en ese lugar con lujo de detalle. El sujeto inerte, Cinthia, es una niña que durante los ocho meses de

⁵⁴ *Ibid.*, p. 104.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 169.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 211.

secuestro se veía llorosa, asustada y sucia: “Cinthia, la cara hinchada de tanto llorar, perdió la esperanza, asustada, violentada [...] me tocó con su manota y sentí como si un sapo gigante, mojado y rasposo, se me embarrara por todo el cuerpo [...] Me dijo que si me portaba bien sólo me iba a meter un dedo”.⁵⁷ En la novela hay mucho dolor, es perturbadora en muchos sentidos. Hay escenas muy gráficas, de violencia explícita:

El miedo se parece tanto a la excitación. Para fines prácticos es lo mismo, pensó antes de untar lubricante entre los pliegues de la vulva y penetrarla despacio. No quería desgarrarla. Eso sería terrible [...] Una vez dentro se quedó quieto. Sentir el cuerpo de ella abrazando el suyo lo excitaba como nada. Hasta entonces se había limitado a penetrarla con los dedos, para irla acondicionando, y a masturbarse al mismo tiempo; o bien, a obligarla a que le hiciera una felación. Era la primera vez que introducía su verga en aquel cuerpecito. Había valido la pena esperar: era la mejor sensación del mundo.⁵⁸

Después de esta escena, Aimée narra cómo la encontró: “Vi a Cinthia tirada en el suelo. Las piernas manchadas de sangre y un olor terrible en el cuarto. Me acerqué y toqué su cabello húmedo de sudor. Estaba hirviendo de calentura y no me reconocía a pesar de que la llamé por su nombre varias veces”.⁵⁹ Eso la hace actuar, finalmente. Llama a la policía, se narra su llegada y el arribo de la ambulancia, el rescate de la niña y la captura del agresor.

Un aspecto fundamental de la novela es que también se oye la voz de la madre de Cinthia, Susana Garnica, quien mueve todo a su alcance para obtener información, difundir el caso y pedir ayuda con el fin de localizar a su hija. La madre vive este proceso culpabilizada por cercanos

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 111-112.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 248-249.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 254.

y desconocidos porque, ya se ha mencionado, cuando hay agresiones contra mujeres, las culpas se buscan en otras mujeres:

Todos dirían que era una mala madre, que no era extraño que alguien se hubiera llevado a su hija si ella era así de descuidada. Su exmarido ya se lo había dicho muchas veces. Desde la desaparición se había hecho presente no para apoyarla, sino para atacarla sin tregua. No la supiste cuidar. Si hubiera sabido que eras así, te la hubiera quitado y ella todavía estaría viva [...] Tenía razón. Era la peor de todas.⁶⁰

Susana desea que su hija esté muerta y no viva sufriendo. Intenta mantener la esperanza, pero no lo consigue. Se encuentra profundamente sola y angustiada, con pesadillas en las noches, viviendo días atascados. Tiene ganas de morir, pero “las verdaderas madres luchan hasta el final, nunca pierden la esperanza”.⁶¹ A Susana le sucede algo parecido que a la madre de Daniel en *Casas vacías*: por más que desean irse deben anclarse al mundo por si sus hijos aparecen. La madre de Cinthia cree que un hombre, un monstruo, se la llevó, de nuevo se percibe al agresor como alguien monstruoso, extraño, no común.

Por último, señalaré algo muy importante. Aunque es breve, la niña habla a través de los diálogos que mantiene con Aimée y Raymundo, pero también hay un capítulo en el que ella es la narradora después de lo sucedido:

En los años siguientes, Cinthia recordaría muy poco, casi nada en realidad... Ella, despojada de toda su ropa. La piel desnuda, pero sintiendo como si le hubieran arrancado los músculos hasta dejarla en huesos. Siempre tenía tanto frío. Ella, tratando de respirar bajo aquel peso para no morir, decidiendo con-

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 118-119.

⁶¹ *Ibid.*, p. 163.

centrarse en el dolor de la asfixia y no en el que la desgarraba entre las piernas.⁶²

Cinthia es víctima de agresiones, pero logra escapar. Con las pocas palabras que puede decir sabemos que está a salvo. La pregunta que queda suelta es cuántas niñas no pudieron, cuántas niñas corren peligro, cuántas niñas están sufriendo. Por eso el tono de toda la novela es profundamente desolador y angustiante.

Qué raro que me llame Guadalupe

Myriam Laurini, escritora argentina afincada en México, publicó en 2017 la novela *Qué raro que me llame Guadalupe*. En ella se intercalan dos discursos. El primero está en los capítulos titulados “Primera indagatoria”, cuya narración en primera persona es de Berenice, alias Guadalupe. La narradora es una prostituta detenida que habla con su abogado defensor, él nunca habla, es un monólogo de ella, acusada del asesinato de tres personas: una prostituta (Jacqueline), el dueño de un burdel (Venustiano, alias Puroloco) y de su propio bebé de 3 meses. El personaje de Berenice está perfectamente dibujado, tiene 16 años, sólo estudió hasta cuarto de primaria, y es hija de una prostituta, Dorys, por lo que “ella sólo conoce esa vida, sólo sabe trabajar en un hotel, ese ha sido su hogar <pasé toda mi vida entre putas... desde los nueve años trabajo>”.⁶³ A través de su voz, el lector conoce el funcionamiento de un burdel en donde hay mujeres por voluntad propia y otras que son secuestradas, víctimas de trata y obligadas a prostituirse.

También por la historia de Berenice sabemos que, entre las prostitutas, como sucede en *Temporada de huracanes*, los embarazos no deseados son comunes y los abortos clandestinos de igual manera. De hecho, se menciona que había una “comadrona” que “trajo al mundo

⁶² *Ibid.*, p. 227.

⁶³ Myriam Laurini, *Qué raro que me llame Guadalupe*. México, Resistencia, 2017, p. 7.

a todos los hijos de las putas del hotel” y que era la única atención médica que recibían las mujeres. Para cuando la comadrona revisa a Berenice confirma que es demasiado tarde para el aborto, tenía cinco meses o más: “puedes morir tú también, así que te friegas y lo pares, después verás lo que haces”.⁶⁴

Berenice no quería ser madre porque, además de ser muy joven, el padre no se hizo responsable. Se trataba de Puroloco, el líder de la red de trata, el violentador de mujeres. Al enterarse del embarazo, él sólo se preocupa por la baja de ingreso que tendrá, jamás por ella ni por su hijo. No deja que Berenice descansa: “hasta el último momento trabajé porque como hay de todo en el mercado, hay los que gustan de las panzonas”.⁶⁵ A todo le sacaba ventaja, las mujeres eran siempre una mercancía para él.

Durante su interrogatorio, Berenice nunca esconde su desinterés por el bebé, incluso confiesa que se arrepiente de tenerlo y que habría sido mejor abortar,⁶⁶ aunque no se asume como madre filicida: “El bebé se cayó solito de la mesa, se cayó de cabeza y se la rompió”⁶⁷ o “Sí, sí, el bebé era hijo del Puroloco, y lloraba todo el día y toda la tarde y toda la noche. Llore que te llore sin parar, el maldito escuincle”.⁶⁸ Berenice ya había dañado antes al bebé: “Por supuesto que no tuve intención de quemarlo [con un cigarro], y si a veces le pegaba era para que se

⁶⁴ *Ibid.*, p. 25.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 27.

⁶⁶ “Yo sabía que ese maldito escuincle me iba a arruinar la vida, si me hubiera dado cuenta a tiempo me hacía un legrado”. *Ibid.*, p. 23; “Desde el mero día en que me enteré que estaba preñada supe que me iba a traer mala suerte... quise hacerme un legrado y la comadre se rajó, ya se lo dije, que era tarde y me podía morir y no me daba la gana morirme a lo pendejo. Corrí con la bruja Rosalbina, que es de las superiores, para ver si ella era menos rajona y se animaba con el legrado [...] al final se rajó y me salió con que lo único que puedo hacer para ayudarte es una buena limpia”. (*Ibid.*, p. 11.)

⁶⁷ *Ibid.*, p. 7.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 9.

le quite lo marica. Llore y llore todo el día”.⁶⁹ Es obvio que semejantes declaraciones no le ayudan en nada a salir bien librada de aquel juicio.

A través de Berenice se conoce todo el funcionamiento de la red de trata con fines sexuales que organiza y administra Puroloco. El espacio de la narración es el hotel El universo, en el centro de la Ciudad de México. En ese lugar mantenía encerradas a las mujeres que eran obligadas a prostituirse, desde niñas hasta mujeres de cuarenta años, edad en la que ya “decaen los clientes”. La vida en El universo se resumía en mal comer, mal dormir y consumir drogas para poder mantenerse despiertas y trabajar. No recibían atención médica: “murieron varias de las conocidas, unas de sífilis, otras de tuberculosis, de cáncer, de sobredosis o sida”.⁷⁰ Muchas eran analfabetas, otras habían sido robadas desde niñas, no tenían estudios ni familia, no tenían nada ni a nadie. Puroloco las “regenteaba” y les cobraba “impuestos” por los clientes. Ellas vivían eternamente endeudadas, como las mujeres que las hermanas Baladro tenían en cautiverio:

[...] lo cierto y verdadero es que el Puroloco cada día se volvía más avaricioso. A las chavas les daba poco y nada de comer y les controlaba los pocos gastos que hacían, todo les controlaba y como ellas no salían a la calle, se removían en los cuartos como fieras. De lo que no las privaba, hay que hacerle justicia, era de la mota y del pulque.⁷¹

Un caso merece especial atención para entender cómo operaba esta red de trata. Es la historia de Jacqueline, narrada por Berenice:

La conocía desde que la trajeron y ella aseguraba que tenía once años, vivió uno en el Kinder, así que se murió a los doce. La enganchó la Queca en Puebla. Dijo que la encontró en una

⁶⁹ *Idem.*

⁷⁰ *Ibid.*, p. 40.

⁷¹ *Ibid.*, p. 11.

plaza, toda andrajosa, legañoso y con los mocos escurriendo. Él le preguntó “qué te pasa mijita” y ella “mi padrastro me violó y ya no quiero volver a mi casa”. La Queca le dijo “quieres venirte conmigo al DF, te puedo dar casa y comida, y la Jacqui “sí”, y se vinieron juntos ⁷² [...] La Jacqui fue mi alumna, y aprendió tan rápido que para mí ya traía algo de aprendizaje en sus costillas, igualito que yo las traía a la edad de ella. Si no se hubiera muerto hubiera hecho una buena carrera. Que no murió, que la mataron, ¿cuál es la diferencia? Si no está viva es que está muerta. ¡Ah! Mire bien lo que le voy a decir, yo no sé qué pasó, no la vi muerta así que no me consta, a la mejor anda por ahí, a la mejor se cambió de Kinder, hay muchos en el DF y hay mejores que el del Puroloco.⁷³

La cita anterior muestra cómo enganchaban a niñas indefensas y las llevaban a “kínderes”, que no eran otra cosa que prostíbulos de menores de edad. Niñas secuestradas con engaños son víctimas de todo tipo de agresiones sexuales y nadie las ayuda, nadie detiene la espiral de violencia para estos sujetos inermes.

Puroloco embaraza a Berenice y le permite quedarse con el bebé en el hotel, pero no era una práctica habitual. Él había embarazado a otras de las mujeres que obligaba a prostituirse: “a muchas de ellas que les había hecho un hijo, luego luego de nacido tenían que regalarlo o llevarlo al rancho con su mamá o quién sabe qué hicieron con sus hijos, pero por el hotel nunca se los vio porque el Puroloco odiaba a los escuincles”.⁷⁴ Ese niño es el sujeto más inerte de toda la novela, su madre no lo quiere, nunca le pone un nombre y no sólo evita darle los cuidados que necesita, sino que lo violenta de muchas maneras:

⁷² *Ibid.*, p. 48.

⁷³ *Ibid.*, p. 49.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 12.

Para que me dejara chambear le daba un poco de tequila, se quedaba medio apendejado por un rato y en seguida otra vez a berrear. Otras veces le daba té de mota en la mamila, pendejo por un rato y luego a berrear con más furia. Así no se puede, no hay quien resista. Los clientes empezaron a mermar... corrió el chisme, la Bere tiene a un escuincle en el cuarto que no para de llorar, estás en lo mejor del relajo y los chillidos del baboso te arruinan la fiesta [...] Cuando los lloros me atravesaban la cabeza, igualito a que me hubieran clavado agujas, y me ponían el seso a reventar, lo quemaba con un cigarro y se dormía desmayado, también por un rato y otra vez a empezar. Lo quemaba de nuevo, a ver quién gana cabrón de la chingada le decía, silencio tres minutos y berridos una hora. Era siempre lo mismo.⁷⁵

El bebé siempre fue un estorbo para ella, no construyó un lazo afectivo con él (así como tampoco su madre lo había hecho con ella). Y la narración de su muerte es uno de los momentos más duros de la novela. Una noche el llanto del bebé la interrumpe con un buen cliente. Él se desconcentra al punto del enojo, la golpea y se va sin pagarle nada. Ella reacciona de la siguiente manera:

Creí que del coraje me iban a estallar tripas y el corazón. Me le fui encima y le apreté el cogote con una media. Dejé de llorar y de respirar. Sentí un gran alivio. Tomé unos tragos de tequila. Se me ocurrió que debía parecer un accidente. Lo puse sobre la mesa y lo empujé. Me dormí un rato. Al despertar tuve la idea del secuestro. Todavía no ha amanecido. Lo metí en una bolsa negra, de esas de basura [...] dejé la bolsa en el basural que ya se había armado en la esquina, como todas las noches.⁷⁶

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 120-121.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 122.

La muerte de su hijo es un alivio, Berenice se convierte en una madre filicida. No tiene ningún remordimiento, construye la mentira y hace todo lo posible para que los demás la crean. Sin embargo, el engaño se descubre rápido. Las otras prostitutas, incluida su madre, la insultan y la golpean. Berenice es un personaje sumamente complejo y coherente, al conocer su infancia (como hija de una prostituta y viviendo toda su vida en un prostíbulo) y su lazo maternofilial, puede entenderse la forma en que actúa. Ella es víctima de violencia sexual y también es cómplice de ejercer esa misma violencia en otras mujeres. Después de los interrogatorios la encuentran culpable de los cargos de delitos contra la salud, corrupción de menores, privación ilegítima de la libertad, secuestro de menores y asesinatos en primer grado, cincuenta años por cada uno. No obstante, no demuestra remordimiento.

La Queca es un personaje siniestro encargado del primer eslabón en la cadena del delito de trata, él engañaba a las niñas o mujeres para llevarlas al hotel en donde eran retenidas contra su voluntad y obligadas a prostituirse:

La Queca trajo a otra como de cinco años [...] La Queca se las rebuscó como pudo y enganchó a la chavita [...] Fue a la Central del Norte a probar suerte y no la tuvo. Más mala espina le dio. Entonces agarró para el metro, se metió en Pino Suárez y en la bola que había en el andén la vio. La mamá era una india, llevaba un chamaco en la espalda, otro en brazos y dos colgadas de la falda. La Queca se les pegó. Cuando llegó el tren, entre repujones y como pudo, subieron la mamá con sus escuincles y una de las colgadas. Él se metió en medio y no dejó subir a la chavita, abusado el güey. La niña se puso a llorar y la Queca a calmarla, le dio un dulce, la alzó en brazos, le dijo que la llevaría con su mamá y con esa cara y esa vocesita que tiene el muy cabrón la convenció. Nomás que en vez de llevarla con su mamá se la llevó al Puroloco.⁷⁷

⁷⁷ *Ibid.*, p. 64.

El destino de las niñas es terrible, quedan totalmente a merced del Puroloco y de sus hombres, son aisladas y alejadas de sus familias, sus identidades son borradas. Muchas de ellas cargaban encima un historial de violencia sexual en sus familias, varias niñas que son enganchadas en redes de trata provienen de entornos familiares donde los padres son abusadores sexuales o maltratadores.

En el segundo discurso, identificado en los capítulos titulados “El bisnes es el bisnes”, la perspectiva es la de Venustiano Aguilar Aguilar, alias Puroloco, aunque narrado en tercera persona. Él es el dueño y quien administra el prostíbulo, pese a que cuenta con la ayuda de tres asistentes (“la Queca”, “el Iguana” y “el Corcholata”). Como ya he mencionado, la mayoría de las obras literarias que tratan algún tipo de violencia contra las mujeres privilegian la perspectiva de los maltratadores, pero debido a que el objetivo de este trabajo no es abonar a eso sino conocer el punto de vista de las víctimas, no me detendré en ese discurso. Sólo comentaré que en estos capítulos queda claro que Puroloco es cínico, agresivo, machista y corrupto. Jamás se arrepiente del trato que les da a las mujeres, jamás siente siquiera un poco de culpa de saber que están siendo agredidas sexualmente. En este sentido, conocer el funcionamiento del “kínder” es brutal. Resalta la indolencia con la que Puroloco planea y ejecuta, o posibilita, las agresiones sexuales contra un grupo de niñas pequeñas totalmente indefensas. Las pequeñas vivían en habitaciones sin ventanas, aisladas, sin contacto con nadie, más que con los clientes. Se sabe que los recibían entre las 8 p. m. y las 4 a. m., eran anunciadas como “carne fresca, carne tierna, sin problemas, con discreción, al mejor precio del mercado. Dónde les van a cumplir sus antojos como se los cumplen en el Kinder”.⁷⁸ Niñas como carne, seres desprovistos de humanidad a quienes les arrebataron su derecho fundamental a vivir una infancia libre y sana, además de cualquier resquicio de esperanza en el futuro porque ellas veían lo que sucedía cuando enfermaban o cuando a un cliente “se le pasaba la mano”. Estas niñas eran:

⁷⁸ *Ibid.*, p. 97.

Cuerpos ultrajados, cargados de desesperación, consagrados a sobrevivir [...] niñas destruidas por la experiencia cotidiana eran las que vivían en el Kinder. Estas niñas condenadas a una única función en la vida, saciar la perversión de los perversos se estaban matando entre ellas... En medio de la locura, del horror que las invadía, tal vez la muerte era la única salida, la única puerta hacia la otra vida... Tal vez trataban de matarse para escapar, para salvarse... Condenadas a la locura y la muerte, tal vez deseaban acortar la agonía.⁷⁹

Ya se ha mencionado que para salir de una red de trata las opciones son escapar o ser rescatadas, pero estas niñas no veían cómo podía suceder cualquiera de las dos. Así que una tercera opción era la muerte, era matarse entre ellas. Sin embargo, no las dejaban morir, Puroloco las controlaba, evitaba que se hicieran daño porque para él eran mercancías y debían generar ganancias. Por consiguiente, sin importarle su salud mental, las presionaba para atender más clientes y darle más dinero. *Qué raro que me llame Guadalupe* es una novela muy dura que mete de lleno al lector en el mundo de la trata y la prostitución forzada, de niñas y de adultas. Además, lo hace desde la perspectiva de los agresores y, por lo menos, de una de las víctimas: Berenice, quien a los 17 años sabe que difícilmente saldrá de prisión.

Racimo

En la novela *Racimo* que vimos en el capítulo anterior, el foco está en la desaparición de varias niñas. La aparición de Ximena, de 14 años, y desaparecida desde hacía dos años, es lo que permite la captura del feminicida y agresor sexual de las trece niñas, entre ellas Daniela, prima de Ximena y Tamara, Constanza, Amanda, Elena y Francisca, que permanecían en calidad de desaparecidas. De eso nos ocupamos en el

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 98-99.

capítulo anterior, pero en este quisiera hacer énfasis en una parte de la novela donde se sospecha que esas niñas pudieron ser víctimas de una red internacional de trata.

Ya hemos visto que las madres y los familiares que acompañan la búsqueda se enfrentan a la indolencia, incompreensión, ineficiencia y violencia de parte de las autoridades que supuestamente deberían ayudarles a encontrar a sus hijas. Policías y trabajadores de la municipalidad de Iquique les dan largas sin resolver nada, sin tomarlas en serio. Las autoridades parecen culpar a las niñas, minimizar la situación diciendo que se fueron por su propio pie e inventando historias. Se supone que estaban investigando la desaparición de las niñas, pero nadie les decía algo concreto a las familias, esquivaban el trabajo, la información; insistían en la posibilidad de que fuera abandono de hogar. Obviaban las coincidencias:

Cuando desapareció Ximena, empezaron los rumores. Alguien dijo que a las niñas las maltrataban en sus casas, que una se había ido porque su padrastro la violó y que otra se había cansado de que la obligaran a trabajar [...] Los rumores eran fuertes. El abandono de hogar en busca de mejores oportunidades, lejos de esas casas de adobe y de esa tierra. Tacna. Se habían ido a Tacna o a Santiago, aunque ninguna se llevara un bolso ni dejara carta de despedida. Los carabineros recorrían los alrededores de Alto Hospicio creyendo en ese futuro y en esos viajes, en esa otra vida que deseaban las niñas, que no eran tan niñas, porque muchas tenían pololos y ya se habían acostado con más de uno, decían.⁸⁰

Ante la desesperación algunas madres, como la de Constanza, recurren a una vidente, igual que en 2666, *Chicas muertas y Cometierra*.

Un político, el diputado Mamani, se vuelve una figura importante en la búsqueda porque consigue financiamiento para encontrar a las

⁸⁰ Diego Zúñiga, *Racimo*, pp. 128-129.

niñas. El primer indicio de que pudo tratarse de una red de trata lo da la madre de una chica desaparecida: “dijo que había recibido un llamado telefónico de su hija. Fue un llamado rápido, entrecortado. La niña dijo que estaba en Tacna, que unos hombres la habían llevado, que no la dejaban salir, que tenía miedo, y después se hizo un silencio largo y la llamada se cortó”.⁸¹ A partir de esta información, el diputado Mamani planea un viaje a Tacna para intentar recuperar a las niñas. Lo emprende junto a un grupo de personas formado por integrantes de su equipo, reporteros, investigadores y familiares de las niñas desaparecidas. El objetivo era hacer un trabajo conjuntamente con las autoridades peruanas; esa zona fronteriza entre Perú, Chile y Bolivia parecía tierra de nadie, un lugar donde todo se valía.

Una vez en Tacna:

Irán a un par de discotecas, unos bares y las calles donde se paran algunas prostitutas en el centro, la calle Arequipa y los alrededores. Mañana recorrerán los chupódromos y las salsotecas, y después irán al sector de Alto Chorrillos, a las afueras de la ciudad, donde hay un par de prostíbulos que mencionaron todos los policías peruanos.⁸²

Queda claro que las autoridades saben que hay mujeres retenidas contra su voluntad, que saben dónde son obligadas a prostituirse. Y no hacen nada por remediarlo. En Tacna, el grupo dirigido por Mamani es testigo de todo tipo de agresiones sexuales contra niñas y mujeres, pero de las niñas de Alto Hospicio no hay rastro. No se entiende cómo ven a otras niñas sin hacer nada por ayudarlas, salvarlas, ir a denunciar. Ven a muchas niñas “que se parecen a Daniela. A Amanda, a Constanza, a Tamara, diecisiete, dieciséis, quince, catorce años, atendiendo a los hombres [...] No se llaman Daniela ni Amanda, pero podrían ser ellas, lo son, de alguna forma, sus pelos largos hasta la cintura, sus caras de

⁸¹ *Ibid.*, p. 139.

⁸² *Ibid.*, p. 181.

niña, las ojeras, los labios pintados, las piernas largas y delgadas”.⁸³ El propio Torres Leiva acepta irse con una niña de un prostíbulo. Él, como periodista, no puede resolver el problema, pero por lo menos pudo intentarlo haciendo un reportaje para denunciar lo que vio, algo que estuviera en sus manos.

De vuelta en Alto Hospicio, se sabe que gracias a Ximena logra detenerse al culpable de diecisiete femicidios y agresiones sexuales. Él confiesa que secuestró, violó y asesinó sólo a esas niñas y cuando es encarcelado todos se olvidan de la red de trata. Sin embargo, hay una vuelta de tuerca que parece no importarles más que al periodista García. “Todo eso es mentira, dijo ella”, es el lapidario capítulo cuarto. Este brevísimo capítulo es el segundo indicio de que la red de trata era un hilo suelto que tenía que atarse. Diez años después de que el caso se cerró, se destapa otra hipótesis. García cita a Torres Leiva para informarle que una de las niñas desaparecidas, supuestamente muerta y enterrada apareció: Constanza. Ella dijo que todo era mentira, que Paz Solís no podía haber sido culpable de diecisiete feminicidios, y que obviamente ella no era una de las asesinadas. Esto cuenta Constanza:

Una mañana salió de su casa rumbo al liceo y no volvió nunca más. Iba atrasada, se encontró en el camino con un taxi pirata y no dudó en subirse. El hombre, de hecho, le ofreció llevarla gratis. Iba todo bien. Llegaría a la hora al liceo, pero en un momento el hombre se desvió del camino para internarse en el desierto. Sacó un cuchillo, la amenazó: si se intentaba bajar, la mataba. Era así de simple. Viajaron unos kilómetros por un camino de tierra. Se detuvieron un momento. El hombre la violó y luego la golpeó en la cabeza hasta dejarla inconsciente. Todo fue rápido. Iba a despertar unas horas después en el sótano de una casa. Pasó varios días ahí hasta que unos hombres la doparon y la sacaron del país. Primero estuvo en Tacna, luego en Santa Cruz, Bolivia, después regresó a Perú y se quedó ahí

⁸³ *Ibid.*, pp. 184-185.

por una cantidad de años que aún hoy le cuesta calcular. Porque en un momento perdió el sentido del tiempo. Pasaba encerrada en casas donde la obligaban a acostarse con distintos hombres. Trabajó en varios prostíbulos. Vivió profundamente drogada todos esos años, fuera del mundo.⁸⁴

Constanza es la prueba de que la red de trata sí existía. Después de tanto tiempo ella ya no buscaba salir, pensaba que no existía una vida afuera de las casas en que estaba secuestrada. Y en esas casas había otras niñas que también pensaban lo mismo, aceptaban que esa iba a ser su vida. Logró escapar gracias a un terremoto, aprovechó los gritos y la desesperación para salir corriendo de un prostíbulo limeño. Después cruzó la frontera y, debido al temor de que la encontraran sus captores, se fue al otro extremo de Chile, a la punta sur, cerca de la Patagonia. El impacto de esta historia es muy fuerte en García y en Torres Leiva, quienes no sabían si era cierto o no, pero era verosímil, pensaron que algo así podía haberles pasado a varias mujeres. Se preguntan cómo era posible que Paz Solís actuara solo, que matara a tantas mujeres durante tanto tiempo sin que nadie supiera. Quizás la prisa por cerrar el caso había impedido que continuaran las investigaciones. Era más fácil culpar a un hombre que destapar una red internacional de trata, tal como sucede en *2666* — detienen a Hans y lo culpan de todo—, igual pasa con Paz Solís. Si el culpable estaba en la cárcel ¿por qué seguían desapareciendo mujeres? Así que en *Racimo* hay un final abierto, no todo queda aclarado, una es la versión que dio carpetazo al tema con la detención del taxista y otra es la versión de Constanza quien hace pensar que, como ella, habrá muchas más mujeres víctimas de redes de trata. Y las seguirá habiendo mientras no se haga algo por frenar la violencia, acabar con una sociedad profundamente machista y misógina que desprecia a las mujeres.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 221.

Por qué volvías cada verano

Belén López Peiró (Buenos Aires, 1992) publicó *Por qué volvías cada verano* en 2018, a los 26 años. La edición de México de 2021 dice, desde la página legal, que es una novela. Importante aclaración porque el texto es polisémico y puede ser leído como testimonio, pero con esa advertencia podemos decir que es una novela autobiográfica, lo relatado le sucedió a la autora.

En esta novela, muy dura y emocionalmente retardadora, Belén López Peiró narra el abuso sexual que sufrió por parte de un agresor conocido en un entorno familiar. Entre los 13 y los 17 años, su tío, esposo de la hermana menor de su madre, ejerció violencia sexual sobre ella. Siendo una adolescente debe soportar que su tío se pasee en ropa interior por su casa, que entre a su cuarto cuando se le antoja, que la toque, que la penetre con los dedos,⁸⁵ que se masturbe encima de ella.

A través de este texto polifónico no sólo conocemos el caso desde la víctima, también conocemos varias perspectivas: la voz del agresor y de su familia (esposa e hija), de la familia de la víctima (madre, padre, hermano, novio), de la niñera, de primas, de abogados y de médicos. Los integrantes de su familia coinciden en que jamás se imaginaron lo que sucedía porque él siempre se comportó como el tío generoso, aunque sí notaron un cambio de conducta en ella durante esos años (triste, callada, cansada). Toda su familia nuclear se pone de su lado desde que ella decide denunciar, en especial su madre, quien le cree y la acompaña en el proceso. Aunque debe señalarse que en ella también recae la culpa, por parte de los demás y de sí misma: ¿Por qué no la cuidó más?, ¿por qué no se dio cuenta?, ¿por qué su hija no confió en

⁸⁵ Varias veces se señala que no hubo penetración con el pene, que “sólo” había sido con los dedos, como si eso suavizara en algo la agresión. Los abogados incluso le señalan que no se trataba de una violación, lo cual podía ser un obstáculo porque “las violaciones eran contundentes” pero “unos dedos o una tocada” no. (Belén López Peiró, *Por qué volvías cada verano*. México, Palíndroma, 2021, p. 38). Esto también es una crítica de parte de la autora a la falta de perspectiva de género de los abogados y de las tremendas lagunas que existen en las leyes que imposibilitan obtener justicia.

ella? Al final de cuentas, ella era menor de edad, “había dos adultos que tenían que hacerse cargo, era lo que les correspondía. Y ¿sabes qué? No lo hicieron”.⁸⁶ La narradora le reclama a la madre su falta de atención y de interés, pero ella cree que también es una víctima: “¿Qué te pensás?, ¿qué sos la única víctima? Esto pasó delante de mis ojos y yo no me di cuenta. ¿Sabés la culpa que me cargo?”.⁸⁷ Belén también le reclama al padre, pero lo perdona en uno de los capítulos más emotivos del libro que nos permite conocer sus sentimientos y la relación paternofilial: “Te perdono las ausencias [...] te perdono que hayas tenido siempre un pie fuera de casa, no decirme jamás te quiero, olvidarte de mis cumpleaños cada verano [...] Mucho más te perdono por no haber tenido los huevos de mirarlo a los ojos y decirle que conmigo no se juega, que a tu hija no la toca nadie”.⁸⁸ La protagonista concluye, luego de lo que suponemos debió ser un largo y sinuoso camino, que nadie más que el tío tenía la culpa, no ella, no su padre, no su madre, él es el único criminal.

En *¿Por qué volvías cada verano?* se incluye el expediente de la denuncia, los exámenes psicológicos y los testimonios de diversas personas. A través de esta reproducción de documentos oficiales conocemos el lado frío de la historia, el legal. La autora denuncia a su tío por abuso sexual cuando tiene 22 años, cinco años después de los hechos. En la adolescencia vivía en Buenos Aires y durante los veranos sus padres no podían hacerse cargo de ella, por lo que se iba a pasar esta temporada a la casa de su tía (hermana menor de su mamá, que vivía con su esposo y su hija) en Santa Lucía. Su tía, su tío y su prima Flor la recibían y sentían que ella les debía algo por darle alimentación, compañía y techo durante esos veranos.

El tío es un “agresor de manual” como la narradora afirma. Tenía fama de violento (golpeó a su esposa cuando estaba embarazada) y miente, controla, manipula, agrede, compra el silencio de las personas a cambio de dinero y regalos o de miedo. Muchas personas no le creen

⁸⁶ *Ibid.*, p. 40.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 47.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 67.

a Belén porque el tío tiene, como ya hemos visto en otros casos, una fama intachable de hombre de bien, generoso y amable. Así que, para mucha gente, incluyendo a la prima, la loca es ella, la malagradecida, la resentida, la que quiere destruir a su familia, la que quiere dinero. Flor la agrede reiteradas veces: “Hija de puta ¿qué dijiste? Decime que es mentira, dale. ¿Cómo podés hacernos esto? Lo mataste. Hija de puta”.⁸⁹ La prima defiende siempre a su padre, jamás la cree a su prima, jamás la escucha. Y con el paso del tiempo, la narradora puede enfrentarla “Yo no elegí que tu viejo que me cogiera, mucho menos que vos seas su hija. Así que enojate con él”.⁹⁰

¿A quién se culpa? Siempre a ella, constantemente se duda de su palabra y debe contestar preguntas que le hacen daño, revictimizándola: ¿Por qué se dejó? ¿Por qué no dijo nada antes? ¿Por qué mintió y dijo que se había golpeado con la bicicleta cuando la pediatra notó el desgarramiento vaginal? ¿Por qué volvía cada verano a la casa de sus tíos en donde estaba su agresor? ¿Por qué decide hablar y destrozarse a su familia? ¿Qué se siente ser abusada? Hay poca comprensión o empatía hacia una menor de edad que fue abusada por su tío, un hombre mayor que se aprovechó de la relación de confianza existente y que, además, era policía; es decir, se aprovechaba de la protección que le daba pertenecer al cuerpo policíaco y usaba su arma como una amenaza constante.

Ella habla del miedo que le daba su tío, del dolor (físico y emocional) que le causaba, de la soledad e indefensión que sentía, del terror de no saber cómo parar el abuso. Sirvan un par de ejemplos para mostrar la violencia que el tío ejercía sobre su sobrina menor de edad:

El primer escalofrío lo sentí cuando puso ese gel sobre mi espalda. Me quede inmóvil. Pero después giré mi cabeza a la derecha y lo vi. Vi su pija dura. Con una mano me tocaba el culo y con la otra se hacía una paja.⁹¹

⁸⁹ *Ibid.*, p. 36.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 66.

⁹¹ *Ibid.*, p. 27.

[...]

Abrí los ojos. Estaba todo oscuro [...] Y sentí los dedos adentro mío y la pija apoyada en mi culo, su cuerpo pesado hacía que me hundiera en el colchón [...] ¿Y si giraba y lo miraba a los ojos? ¿Si gritaba para que todos me escucharan? O tal vez mejor me quedaba inmóvil y dejaba que siguiera rompiéndome. No tenía otro lugar en dónde dormir. Era la primera vez que alguien me tocaba y era él [...] Yo seguía con los ojos cerrados sintiendo cómo sus dedos gruesos y peludos me revolvían la concha. Su revólver estaba en la mesa de luz. La espalda me dolía. El cuello, la cintura y los muslos se me endurecían. Estaba inmóvil. Hasta que sin pensarlo me levanté y corrí al baño.⁹²

La autora no sólo se detiene en el abuso, los hechos en sí, sino en la incomprensión que enfrentó (incluso en los reclamos de la familia de su tío) y en las secuelas emocionales (no poder/querer relacionarse con hombres, no poder tener una vida sexual sana). Subraya que el abuso sexual no se termina porque sus secuelas persisten.

La protagonista es una mujer valiente que se atreve a nombrar su experiencia violenta, aun cuando sabe que eso va a impactar en su familia y en ella misma. Es admirable su apuesta por hablar y a la vez ser escuchada. Este gesto puede resultar una suerte de acompañamiento, quizás otras víctimas podrán sentirse cobijadas al ver que se puede/tiene que denunciar sin importar que el agresor sea un familiar o un hombre con cierto poder. A lo largo de la novela, la voz narradora nos insiste en la importancia de hablar para recuperar el dominio de su voz, para que los agresores no se salgan con la suya, para que los/las lectores/ras abran bien los ojos y los oídos. Aclara que el proceso no es fácil, que repetir las escenas una y otra vez es doloroso, que se necesita paciencia y valor para enfrentar prejuicios, que quizás tengan pesadillas y falta de sueño, pero que todo eso es preferible a callar. Como

⁹² *Ibid.*, p. 41.

ella misma le escribe a su agresor: “Lograste que calláramos. Eso era lo que más te calentaba, ahí estaba tu verdadero hechizo. Callar siempre fue el peor castigo para ellas, para mí. Hablar libera y eso que todavía no desataron sus cadenas”.⁹³

No se puede vivir con miedo, no se puede permitir que otras mujeres vivan con miedo. Por eso creo, a pesar de toda la dureza del libro, que el final es esperanzador. La autora espera que los agresores, tarde o temprano, enfrenten sus crímenes. Y subraya que no se saldrán con la suya, los victimarios no van a acabar con sus vidas, sus vidas no se definirán por lo que ellos les hicieron, no son sus desechos, ellas no son únicamente víctimas, son mucho más que eso:

No sé cómo ni cuándo, pero pude cortar. Cortar con todo eso que como una ola inmensa y brava, me arrastraba hacia sus adentros, pero nunca me devolvía. No existía una orilla. Se llevaba mi cuerpo, le daba vueltas, lo despedazaba. Y no podía parar. No podía decir no. Mucho menos cuando no veía la ola. Cuando el peligro o, mejor dicho, el maltrato era la única realidad que conocía. Solo cuando caí en la cuenta de que era eso o mi vida, corté. Y corté por todo eso: todo lo que perdí se volvió mi escudo.⁹⁴

Notas finales

Como hemos podido ver, la trata es un delito sumamente complejo que muchas veces incluye agresiones sexuales, pero estas también pueden suceder en entornos domésticos o que no estén destinados para un negocio. Los ejemplos referidos en *Las muertas*, *Las elegidas*, *Le viste la cara a Dios*, *Racimo*, *Temporada de huracanes*, *El monstruo pentápodo*, *Qué raro que me llame Guadalupe*, y *Por qué volvías cada*

⁹³ *Ibid.*, p. 111.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 143.

verano son apenas una muestra de diferentes formas en las que puede representarse este tipo de violencia. En esas novelas somos testigos de la forma en que las niñas y las mujeres son engañadas por personas cercanas o que se fingen cercanas, para reclutarlas en redes de trata, obligarlas a prostituirse o servir de esclavas sexuales de criminales. La violencia sexual es una de las manifestaciones más graves de la violencia contra las mujeres porque se queda en el cuerpo, se pierde la confianza absoluta en cualquier hombre (más si se trata de un agresor conocido), dificulta futuras relaciones y cualquier forma de trato social, y deja profundas secuelas emocionales. Como lectores/ras me parece que el impacto es mayor cuando se trata de víctimas que son menores de edad, niñas totalmente inermes que quedan a merced de agresores sexuales, conocidos o no. Sin embargo, rescato la valentía de autores/ras al abordar este tipo de historias, así como la importancia de leerlas. En el siguiente capítulo me centraré en la violencia contra las mujeres en contextos de guerra.

CAPÍTULO III: MUJERES EN GUERRA

La violencia contra las mujeres en guerra merece una mención aparte porque es un contexto muy específico en el que aparentemente se vale todo. Como señala Rita Segato, en las guerras, civiles o internacionales, hay fracturas sociales. Sin embargo, el tejido que se rompe en las primeras es mucho más fuerte. Los conflictos armados internos (CANI), en los que se enfrentan grupos armados no gubernamentales entre ellos o contra fuerzas armadas gubernamentales, tienen un mayor efecto cismático porque se trata de una violencia horizontal en donde los bandos enfrentados pueden estar formados por personas de los mismos grupos sociales o incluso de las mismas familias. Los CANI, además, están menos regulados por organismos internacionales, lo cual da pie a que haya mayores violaciones a los derechos humanos de sujetos inermes, como mujeres y niños. En este sentido, conviene recuperar las ideas expuestas por Rita Segato en su libro *La guerra contra las mujeres* (2016), donde señala que “la violencia contra las mujeres siempre ha estado presente en los eventos bélicos, sus cuerpos han acompañado el destino de las conquistas y anexiones de los territorios enemigos, ha sido parte de los trofeos de los vencedores”.¹ Sin embargo, los conflictos más recientes son distintos:

[Antes] la mujer era capturada, apropiada, violada e inseminada como parte de los territorios conquistados [...] era un efecto colateral de las guerras. En ella se plantaba una semilla tal como se planta en la tierra, en el marco de una apropiación. Pero la violación pública y la tortura de las mujeres hasta la muerte de las guerras contemporáneas es una acción de tipo distinto

¹ Rita Segato, *La guerra contra las mujeres*, p. 58.

y con distinto significado. Es la destrucción del enemigo en el cuerpo de la mujer y el cuerpo femenino o feminizado es el propio campo de batalla en el que se clavan las insignias de la victoria y se significa en él, se inscribe en él, la devastación física y moral del pueblo, tribu, comunidad, vecindario, localidad, familia, barriada o pandilla que ese cuerpo femenino [...] encarna.²

La cita anterior explica que en los conflictos actuales puede disponerse del cuerpo femenino con el fin de derrotar al enemigo, como si las mujeres fueran objetos y no sujetos. Y aquí cabe hacer una precisión, la violencia contra sus cuerpos no es ejercida sólo por el enemigo, sino por el mismo grupo, pues se trata de un mecanismo de control y disciplina. Segato explica que estas nuevas formas de la guerra no convencional surgieron en las dictaduras militares y se fueron perfeccionando en las guerras sucias, internas, étnicas o mafiosas. En ellas, las agresiones cometidas contra las mujeres o los niños ya no se consideran delito ni son punibles, como antes. En las nuevas guerras no se muestra ningún respeto por instrumentos o reglamentos para la protección de los sujetos más vulnerables.³ Las normas desaparecen en un CANI y las mujeres, combatientes o no, se convierten en sujetos inermes: son víctimas de violencia sobre sus cuerpos y de todo tipo de actos bárbaros y crueles,⁴ entre los que está la violencia contra sus hijos. En la lógica de las nuevas guerras, la intención es causar el mayor sufrimiento posible a los sujetos inermes y qué mayor sufrimiento se puede causar a una madre que violentando a sus hijos.

En este capítulo se revisarán novelas situadas en los conflictos peruano, colombiano y salvadoreño.⁵ Las tres guerras fueron conside-

² *Ibid.*, pp. 80-81.

³ *Ibid.*, p. 63.

⁴ *Ibid.*, p. 85.

⁵ En Perú se enfrentaron Sendero Luminoso y otras guerrillas con diversas fuerzas estatales entre 1980 y 2000; En El Salvador se enfrentó la Fuerza Armada de El Salva-

radas conflictos armados no internacionales. El Derecho Internacional Humanitario (DIH) es el encargado de establecer qué enfrentamientos se catalogan como conflictos armados y a través de un conjunto de normas trata de limitar las acciones de los actores armados y de proteger a las víctimas de las hostilidades, pero esto no siempre sucede.

En los conflictos peruano, salvadoreño y colombiano, especialmente en las zonas rurales donde se desarrollaron la mayoría de los enfrentamientos, las mujeres fueron víctimas de violaciones, esclavitud sexual, prostitución, unión, abortos, esterilizaciones y embarazos forzados, entre otras violencias. Por lo anterior, de acuerdo con Adriana Cavarero, consideramos a las mujeres como sujetos inermes, seres con muy poca capacidad de defenderse. En los tres contextos de guerra contemporánea los bandos involucrados — para seguir con las palabras de Rita Segato— no ejercieron violencia sexual sino violencia por medios sexuales, debido a que el objetivo era exhibir la capacidad de barbarie y crueldad, por eso se ensañaron contra el “inermé”, en este caso contra las mujeres, combatientes o no.

Debido a la impunidad y a los prejuicios, muchas de las violaciones a los derechos humanos de las mujeres en contextos de guerra no fueron denunciados ante las autoridades, pero sí han sido retomados por la literatura y otras artes. En este capítulo se abordará este tema en las siguientes novelas: *La hora azul* de Alonso Cueto; *Bioy* de Diego Trelles Paz y *La sangre de la aurora* de Claudia Salazar Jiménez (estos de origen peruano); *Los ejércitos* del colombiano Evelio Rosero y *Roza tumba quemada* de la salvadoreña Claudia Hernández.

dor al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional entre 1979-1992, y Colombia el conflicto es el más longevo, comenzó en 1960 y continúa en la actualidad, en él participan guerrillas como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, grupos paramilitares, fuerzas estatales y el crimen organizado.

La hora azul

Una de las obras literarias en donde se observa con claridad la violencia contra las mujeres durante el conflicto armado peruano es *La hora azul*, séptima novela del escritor Alonso Cueto (Lima, 1954). La historia se ubica temporalmente cuando la guerra ha terminado. El protagonista, Adrián Ormache, es un prestigioso abogado de clase alta que descubre parte del pasado de su padre que él desconocía por completo:

El viejo tenía que matar a los terrucos a veces. Pero no los mataba así nomás. A los hombres los mandaba trabajar... para que hablaran pues..., y a las mujeres, ya pues, a las mujeres a veces se las tiraba y ya después a veces se las daba a la tropa para que se las tiraran y después les metieran bala, esas cosas hacía.⁶

Antes de saber esto, Adrián pensaba que su padre, como militar, había sido un héroe, un hombre valiente que se había enfrentado a los senderistas, a quienes calificaba como “un grupo organizado de homicidas”,⁷ y que merecía su respeto porque había luchado para defender su país. Escarbando en el pasado de su padre, Adrián se entera de algo definitivo, lo que constituye la verdadera revelación de la novela. Su hermano le dice que una mujer que había hecho prisionera se le había escapado, era “una *chola* que le gustó al viejo y no se la dio a la *tropa*, se la quedó para él nomás”.⁸ En esta cita se observa la estratificación social y la jerarquía al interior del ejército: arriba está el comandante y los hombres blancos, abajo están los cholos y la tropa. Asimismo, puede notarse que las agresiones sexuales, individuales o colectivas, contra las mujeres eran prácticas recurrentes.

Adrián se obsesiona con encontrar a esa mujer. Así pues, se entrevista con dos exmilitares que habían sido subordinados de su padre

⁶ Alonso Cueto, *La hora azul*. Barcelona, Anagrama, 2005, p. 37.

⁷ *Ibid.*, p. 26.

⁸ *Ibid.*, p. 43. Las cursivas son mías.

en Huanta durante la guerra: Chacho y Guayo. Para llegar a su historia, Adrián tuvo que pasar por un tortuoso recorrido a través de los crímenes cometidos contra las mujeres de la zona, en su mayoría indígenas. Los exmilitares le cuentan las diversas formas en las que ejercían violencia contra mujeres inocentes, incluyendo violaciones en grupo. Narran cómo secuestraban mujeres en los pueblos, las acusaban falsamente y se las llevaban a su padre, quien las violaba, luego se las daba a la tropa para que hicieran lo mismo y por último las mataban. El comandante Ormache, acostumbrado a violar sistemáticamente a las prisioneras para después asesinarlas, cambia con Miriam:

Un día encontramos a una chica linda. Una chica muy bonita, muy joven. Era delgada de pelo largo y unos ojos grandes. La encontramos en el pueblo junto a Huanta [...] Tu papá se quedó con ella esa noche pero al día siguiente cuando esperábamos que nos la diera, que nos la entregara a la chica, su puerta de tu papá no se abrió. No se abrió, oye. Tu papá no quería que la tuviéramos. No sé qué le pasó. No se la mandó a la tropa... A tu viejo le encantó esa chica y no quiso que se la agarrara la tropa. No quiso que la ejecutaran [...] Y allí nomás no sé cómo de repente se reblandeció tu padre, se puso contento esos días [...] estaba loquito por ella.⁹

La novela da cuenta de la unión forzada a la que algunas mujeres fueron sometidas por sus captores militares. Miriam pudo sobrevivir porque destacó entre las otras prisioneras y tuvo la “suerte” de que quien daba las órdenes “se enamorara” de ella. El militar pensaba que no había ejercido violencia, incluso pensaba que la había tratado con cariño. Miriam aprovechó su situación, fue hábil y pudo escapar de aquel cuartel. A la serie de revelaciones que se le estaban presentando a Adrián llegó una más: cuando Miriam escapó estaba embarazada, lo que significaba que quizá tenía un hermano.

⁹ *Ibid.*, p. 77.

Después de seguir varias pistas, Adrián logra ubicar a Miriam y ella relata lo que fue estar prisionera. Él escucha con atención la voz de una mujer que había sido secuestrada, violada y a quien le habían asesinado a toda su familia, una sobreviviente que cuenta su historia, su lamentable pasado y los rastros de la guerra que se habían quedado en ella. Además, le revela quién había sido su padre, los actos que había sido capaz de cometer:

A su papá lo odié tanto, le digo, a su padre pude haberlo matado si hubiera podido porque me engañó tanto, y abusó de mí, en ese cuartito, yo lo odié tanto, por culpa de ellos, de los soldados, de los morocos, perdí a mi familia, ya no pude ver a mi familia, ya no los alcancé, se murieron, se murieron sin mí, y yo lo odiaba tanto a su papá.¹⁰

El largo y sinuoso camino que Miriam, de apenas 17 años, recorre no acaba con la fuga del cuartel, debía huir de los militares, dejar su pueblo e ir a Lima para intentar seguir con su vida. Tenía que inventarse una nueva y enfrentarla sola porque su familia estaba muerta. Las marcas más dolorosas que le quedaron eran esos vacíos, sus muertos y su hijo Miguel, a quien aprendió a querer. Durante el conflicto armado peruano, el derecho a la maternidad fue violado en múltiples ocasiones. Como tantas otras mujeres que habían sido prisioneras injustamente, Miriam fue obligada a ser madre y su hijo fue producto de una violación, aunque para el agresor fue una relación amorosa. Así que, en esta novela, los dos sujetos inermes son Miriam y Miguel; asimismo, quienes fueron capaces de ejercer una violencia atroz, como Adrián Ormache, jamás se arrepintieron ni recibieron ningún castigo.

¹⁰ *Ibid.*, p. 219.

Bioy

Otro ejemplo de la violencia cometida contra las mujeres en un contexto de guerra es la novela *Bioy*, escrita por Diego Trelles Paz (Lima, 1977), ganadora del premio Francisco Casavella y finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2012. La obra se caracteriza por la complejidad de la trama: está formada por tres historias que dan cuenta de una violencia brutal. Toda la narración está marcada por un estilo mordaz y corrosivo. El autor incluye varios tipos de voces y niveles narrativos donde aparecen cartas, diarios, un blog, narradores en primera, segunda y tercera persona, recursos cinematográficos, y la diégesis abarca una línea temporal que va de 1986 a 2008. Este apartado se enfocará solamente en la manera en que la novela de Trelles Paz representa ficcionalmente la violencia ejercida contra las mujeres durante la lucha antsubversiva peruana, lo que puede apreciarse de manera clara en la línea narrativa de Elsa y el cabo Cáceres.

En la época del conflicto peruano, el protagonista era apenas un cabo del ejército, pero tiempo después se convierte en el líder de una de las bandas criminales más peligrosas de Lima y se hace llamar por su nombre de pila, Bioy, que le da título a la novela. Interesan esos primeros años porque se presentan todos los factores que provocan un radical cambio en la psicología del personaje. Durante su servicio en el ejército peruano, el cabo Cáceres recibe entrenamiento para agredir sexualmente a las mujeres, pues es la forma que un militar demuestra capacidad para acatar cualquier orden y, por tanto, merece pertenecer a la institución. Además, debe hacerlo sin quebrantarse. Lo entrenan para no ser vulnerable, para ser indolente frente al dolor de las mujeres.

Aprender esto es complicado para Cáceres. Al comienzo, inexperto y un poco ingenuo, sufre ante la violencia que sus superiores ejercen contra las prisioneras políticas. Entre ellas destaca Elsa, con quien tienen particular saña. La senderista es golpeada y violada frente a sus ojos. El estado en que la encuentra es lamentable, como puede verse en la siguiente cita:

Enferma, hambrienta, delirante. Asqueada hasta la náusea por el olor de su propia mierda. Los pantalones hediondos pegados a la piel. Las piernas laxas contraídas contra el abdomen en posición fetal. El torso desnudo y tembloroso bajo una toalla sucia y, entre sus antebrazos, coloreados por hematomas, los pechos robustos cuelgan de lado, aún melosos por el rastro de esperma. Ya ha sido violada. Una vez.¹¹

Aunque hay varios narradores, la perspectiva que se privilegia en esta parte de la novela es la de la prisionera. El lector conoce sus pensamientos mientras está siendo torturada. Estas mismas escenas son también narradas por Cáceres, de manera que el lector tiene dos puntos de vista que permiten conocer la visión tanto de la víctima como del victimario. El cabo busca aliviar un poco el dolor de Elsa, incluso llega a sentir empatía por ella, aunque, cabe resaltar, nunca hace un intento real para salvarla. Cáceres no quiere ser como los demás, pero tampoco puede sustraerse de lo que sus superiores consideran parte de su labor. Si no cumple las órdenes pueden acusarlo de insubordinación: “Hombre que defiende a su patria no se doblega. Hombre que lucha por la paz de los otros doma sus miedos”,¹² le repiten una y otra vez. Él, como todos, tenía que torturar a la prisionera porque representaba un peligro para su patria. Y, como era una mujer, la tortura debía ser sexual.

Bioy muestra que la violencia que ejercen los militares en contra de las prisioneras está ligada a la sexualidad y que, en el contexto de la guerra peruana, era una práctica sistemática y totalmente aceptada por los miembros del ejército. Las violaciones eran parte fundamental de las torturas a las senderistas y, a pesar de que algún soldado pudiera estar en contra, como Cáceres, debía hacerlo sin cuestionar porque era su trabajo y si quería conservarlo estaba obligado a seguir las instruc-

¹¹ Diego Trelles Paz, *Bioy*. Barcelona, Ediciones Destino, 2012, p. 11.

¹² *Ibid.*, p. 13.

ciones que le dictaban. Él era un autómatas cuya opinión no importaba y las violaciones eran, en palabras de Jean Franco¹³, un arma de guerra.

La inocencia del personaje se percibe en varios momentos: le avergüenza presenciar lo que hacen los soldados con tanto odio y lamenta su falta total de escrúpulos cuando, después de violar a Elsa, comentan con tranquilidad los partidos de fútbol de la copa del mundo de México 1986. Al cabo Cáceres le parece una infamia tener que violar a la detenida, intenta resistirse, pero la presión de sus superiores es muy fuerte, insisten en que debe mostrar su “hombría” a través de la violación a Elsa y hacen bromas sobre su sexualidad: “yo tengo la teoría de que a Cáceres le gustan los hombres”.¹⁴ Como si evidenciar su homofobia al cuestionar la masculinidad del cabo, ese aspecto tan fundamental para ellos, fuera el camino para ceder.¹⁵ Cáceres no quiere hacerle nada a esa “hembra”, a esa “niña pendejita” a esa “terruca conchatumadre”, como le dicen los demás. Sus compañeros se ríen, celebran cuando uno a uno cumple su turno de violarla. Elsa es un objeto más, no es una presa política, no tiene derechos, ya no les importa la información que pueda darles, les importa destruirla como a todas las mujeres que pasan por su sala de detención.

El mayor Gómez es quien presiona más a Cáceres para que ejerza violencia contra Elsa: lo insulta, lo golpea y lo castiga cuando intenta ayudarla, por mínima que sea esa ayuda. Los jefes del cabo no sienten ninguna culpa, incluso parecen disfrutarlo. El mayor Gómez, por ejemplo, en un gesto aberrante, llega a sentir que es el

¹³ Vid. Jean Franco, “La violación: un arma de guerra”, en *Debate feminista* [en línea]. México, UNAM, 2008, núm. 37, pp. 16-33. <<https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2008.37.1351>>. [Consulta: 3 de diciembre, 2021].

¹⁴ *Ibid.*, p. 39.

¹⁵ En este sentido, la militarización también implica cambios con respecto a lo que significa ser hombre, hay una “hipermasculinidad” del soldado que se basa en borrar cualquier característica considerada “femenina”, se les feminiza como una forma de la violencia simbólica. (Kimberly Theidon, *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2004, p. 22.)

protagonista de una película: “cuando viola a las detenidas, cuando goza viéndolas retorcerse de asco, no le parece descabellada la idea de que alguien lo esté filmando”.¹⁶

Mientras, ella es golpeada, violada y quemada con cigarros por varios de sus compañeros. Elsa trata de soportar, se distrae recordando a sus amigos de la universidad, a su novio y la forma en que se involucró en Sendero Luminoso. Entró por voluntad propia, segura de que podría contribuir a cambiar las injusticias del país. Entendía el sacrificio y los peligros. El personaje sabe que tiene muy pocas posibilidades de salir con vida, pero no delata a nadie: “Yo sigo intacta de mente y de corazón. No me rompo — no renuncio— no me doblego”.¹⁷ Se decía a sí misma, sacando fortaleza de donde no la había.

Cáceres es amenazado por el mayor, quien le pone una pistola en la cabeza: “de acá sales hecho un hombre o no sales más”.¹⁸ Es ella o él, así que decide hacerlo, finalmente el cabo viola a Elsa. Este hecho lo cambia para siempre. A partir de ahí, Cáceres es capaz de cometer las peores atrocidades. La violación es la puerta que lo conduce a su vida futura en una banda criminal, a un “mundo que se ha vuelto laberinto y manicomio sin puertas”¹⁹, como dice él mismo, ya convertido en Bioy.²⁰

Después de la violación del cabo, Elsa es destruida por completo, ya no tiene control sobre su cuerpo, ni siquiera es capaz de controlar su voz. Sólo atina a tener los ojos abiertos por momentos. Después se desmaya y queda inconsciente. Desnuda y con los brazos atados. Cuando despierta “espera como un alivio la llegada de la muerte”.²¹

¹⁶ Diego Trelles Paz, *op. cit.*, p. 32.

¹⁷ *Ibid.*, p. 34.

¹⁸ *Ibid.*, p. 207.

¹⁹ *Ibid.*, p. 299.

²⁰ Ya cuando Cáceres es Bioy se ve claramente la mafialización de la política, actividades económicas ilegales, pero no excepcionales sino estructurales, y la violencia de una pandilla o grupo criminal de la que también habla Rita Segato.

²¹ *Ibid.*, p. 83.

Aunque parece más una muñeca inmóvil que una mujer, todavía tiene vida. El dolor es insoportable:

El rostro magullado le palpita, está tan hinchado que ya no se distingue su nariz. El escozor de las quemaduras en los senos y en el abdomen es agudo y persistente [...] Ya está rendida. Físicamente, no le queda la menor fuerza. Sin embargo, sabe que su única arma de defensa es el silencio y no está dispuesta a perderla.²²

Pese a todo, Elsa no cede. Al igual que en una película,²³ la escena se va a negros y el lector se entera varias páginas después del destino de ambos personajes. Como se ha visto con el caso de Elsa, en las guerras actuales el cuerpo femenino no se usa como antes (esclavo, servil o concubino), sino que es “torturado por medios sexuales hasta destruirlo, hasta la muerte o la locura”.²⁴

También es importante señalar que, en esta parte de la novela, Diego Trelles Paz aborda otro tipo de violencia de género: las violaciones en grupo, cuya práctica fue utilizada durante el conflicto armado. En Perú, los soldados recibieron capacitación especial para llevarlas a cabo, como puede verse en *Bioy*, los convencían de la necesidad de las agresiones sexuales. Existe un aspecto ritual en la práctica de violar en grupo. Se ha sabido que, en ocasiones, después de matar, los soldados se tomaban la sangre de sus víctimas o se untaban la cara y el pecho con esa sangre.²⁵ De acuerdo con Kimberly Theidon, durante la guerra peruana, las violaciones en grupo establecieron lazos de sangre entre los soldados, crearon una especie de “fraternidad letal”:

²² *Ibid.*, p. 84.

²³ Cabe señalar que el cine es una fuente de inspiración constante en la obra de Trelles Paz, lo que podría explicar la presencia de este tipo de recursos cinematográficos.

²⁴ R. Segato, *op. cit.*, p. 79.

²⁵ En el caso de los senderistas, es conocido que los militantes debían hacer lo mismo con perros negros, que simbolizaban a los traidores, y después con seres humanos.

Estos lazos de sangre unieron a los soldados, y los cuerpos de las mujeres violadas sirvieron como el medio para forjar tales lazos. En el acto de violar en grupo no solamente rompieron con los códigos morales normalmente vigentes, sino que erradicaron la vergüenza. Cometer actos moralmente aborrecibles frente a otros no solamente forja lazos entre los perpetradores, sino que forja *sinvergüenzas* capaces de la brutalidad. Al perder la vergüenza — una emoción reguladora que por definición implica un *otro* frente al cual uno se siente avergonzado —, se crean hombres capaces de un nivel recalibrado de atrocidad.²⁶

De esta forma, los soldados se sentían cobijados unos por otros, inmersos en esa lógica todo estaba permitido y ellos eran más que cómplices, se entendían y callaban lo que sucedía. Las mujeres violentadas perdían su condición de sujetos para ser meros objetos. Al principio, algunos no querían participar²⁷ y su renuencia se entiende porque muchos eran de la zona andina, es decir, tenían que ejercer violencia contra sus conocidos. Se trató de una violencia horizontal, por eso fue una guerra “entre prójimos”, como señala Kimberly Theidon: “teníamos miedo de nuestros prójimos, de nuestros hermanos”.²⁸ Senderistas, ronderos o militares podían conocerse, incluso pertenecer a la misma comunidad. Esto es una especificidad de las guerras internas y por eso la etapa posterior es tan complicada, como menciona Rita Segato, en ellas “El enemigo fue un enemigo íntimo — un vecino, una nuera,

²⁶ K. Theidon, *op. cit.*, p. 121.

²⁷ Theidon narra que en sus conversaciones con exsoldados y exmarinos estos contaban que la participación en las violaciones era obligatoria y señala que “es posible que esta ficción sea un bálsamo para sus conciencias; sin embargo, nos describieron lo que les pasó a los soldados y marinos que no quisieron participar: ‘Con los reclutas, algunos eran muy jóvenes. Eran adolescentes nomás. No querían participar [en las violaciones]. Si uno rehusó, los demás lo llevarían aparte para violarlo. Todos lo violarían, con ese pobre gritando’. Dijeron que estaban cambiando su voz: con tanto grito, su voz bajaba”. (*Ibid.*, p. 122.)

²⁸ *Ibid.*, p. 18.

un padrino o la comunidad de enfrente. Entonces, parte de lo que hay que reconciliar no es solamente el sufrimiento experimentado sino también el sufrimiento infligido. La tarea pendiente es rehumanizar tanto al enemigo cuanto a uno mismo”.²⁹

Durante las violaciones en grupo, era fundamental la presencia de testigos, otros militares que veían la escena sin participar. Esos actos fueron una forma de establecer jerarquías de poder entre los grupos armados, como se ve en *Bioy*. Los soldados violaban por rango y por turnos, comenzando con los oficiales y terminando con los reclutas. Puede decirse que los militares eran hipermasculinizados al forzarlos a cometer las violaciones y también a observarlas: “la militarización también implica cambios en lo que significa ser hombre o mujer: la ‘hipermasculinidad’ del guerrillero se basa en borrar cualquier característica considerada ‘femenina’”.³⁰ La hipermasculinidad es la exageración del modelo — histórico, social y cultural— de masculinidad hegemónica que implica sumisión, dominio y relaciones de poder respecto a las mujeres. La masculinidad³¹ podría definirse como “un proceso, un conjunto de prácticas que se inscribe en un sistema sexo/género culturalmente específico para la regulación de las relaciones de poder, de los roles sociales y de los cuerpos de los individuos”.³² Cabe subrayar que esta hipermasculinidad no implica sólo el control de las mujeres, sino el sometimiento de otros hombres no hegemónicos, es decir, de otras masculinidades subordinadas. El hecho de que no todos los hombres se encuentren en una misma posición de poder se ve de

²⁹ R. Segato, *op. cit.*, p. 24.

³⁰ K. Theidon, *op. cit.*, p. 122.

³¹ Para más información sobre el tema de masculinidades, véase Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, 2000; Raewyn Connell, *Gender and power: Society, the person and sexual politics*, 1987; *Masculinities*, 1995, y “Hegemonic masculinity. Rethinking the concept”, 2005.

³² Nicolas Schongut Grollmus, “La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia”, en *Psicología, Conocimiento y Sociedad* [en línea]. Uruguay, Universidad de la República de Uruguay, 2012, vol. 2, núm. 2. <<https://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/119>>. [Consulta: 14 de enero, 2022], p. 41.

manera clara en la jerarquía militar que aparece en la novela. El mayor exalta la masculinidad al máximo y el cabo Cáceres es humillado cuando su comportamiento no se adecua a este modelo. Los soldados, representantes de una institución masculina hegemónica, desean exaltar los rasgos viriles, machos y de hombría en sus subalternos. Esos son los atributos que los hombres deben tener según su modelo de conducta, eso es lo que entienden y lo que quieren perpetuar, por eso todo aquel que no cumple estas características es objeto de burlas y castigos. Además, hay un claro desprecio por lo femenino, cualquier muestra de debilidad se asociaba con parecerse a una mujer, si alguien no quería ejercer violencia, como el cabo Cáceres, se le feminizaba como una forma de violencia simbólica, con esto también se borraba la culpa tras violar a una mujer, pues eran consideradas seres inferiores.

En las guerras contemporáneas, la violencia contra los cuerpos femeninos — o feminizados—³³ es impulsada por el propio Estado a través de diversas instituciones o grupos, como el ejército. Esto es evidente en la novela de Diego Trelles Paz, en la que es posible observar que la violencia contra los cuerpos femeninos efectivamente se convirtió en un fin estratégico de la lucha contrainsurgente y los hombres que se negaban a ejercer violencia sexual eran feminizados. ¿Por qué se ejerce tanta violencia contra las mujeres y por qué las agresiones son sexuales en una guerra? Rita Segato responde que:

[...] es en la violencia ejecutada por medios sexuales donde se afirma la destrucción moral del enemigo, cuando no puede ser escenificada mediante la firma pública de un documento formal de rendición. En este contexto, el cuerpo de la mujer

³³ Segato explica que cuando se viola tanto a una mujer como a un hombre “la intención es su feminización como marca definitiva e indeleble y ese acto, a su vez, establece de forma inapelable la imposibilidad de escapar de la matriz heterosexual como fundamento y primera lección de dominación”. (R. Segato, *op. cit.*, p. 82).

es el bastidor³⁴ o soporte en que se escribe la derrota moral del enemigo.³⁵

Lo que les sucedió a las comunidades indígenas de la zona andina durante el conflicto fue parecido a lo que apuntaba Segato en relación con las nuevas guerras. Las niñas, mujeres y ancianas indígenas quechuahablantes fueron víctimas de asesinatos y agresiones sexuales de parte de los militares de manera sistemática. Muchas de ellas nada tenían que ver con Sendero Luminoso, simplemente eran habitantes de la zona andina, por tanto, se pensaba que podían tener algún tipo de lazo afectivo con los guerrilleros y eran violadas para destruir moralmente al enemigo. Las secuelas que dejaron esas agresiones en el territorio peruano son devastadoras: mujeres enfermas, incapacitadas para tener hijos, niños huérfanos de padre, desplazamientos forzados y traumas físicos y psicológicos.³⁶ Las mujeres andinas sufrieron esas violencias de las que *Bioy* da una muestra desde la ficción.

En el caso del personaje de la novela, Elsa sí tiene una relación directa, es una militante senderista, miembro de un comando de aniquilamiento selectivo, por eso sus torturadores no se esconden. Las violaciones grupales son llevadas en el mismo centro de detención, no como las violaciones a mujeres en la sierra, que eran cometidas con cierta discreción. Elsa era una presa política y por eso su tortura estaba justificada, era permitida en el contexto de la guerra. La tortura de Elsa es el episodio clave de la obra del escritor limeño. La prisionera no puede defender su cuerpo de los golpes. Es lo único que posee, por

³⁴ La antropóloga señala que “el cuerpo de las mujeres, por su afinidad arcaica con la dimensión territorial, es aquí el bastidor o tableta sobre el cual los signos de adhesión son escritos [...] y en el cuerpo femenino y feminizado los enemigos de la red graban con saña las señales de su antagonismo”. (*Ibid.*, p. 69.)

³⁵ *Ibid.*, p. 61.

³⁶ No olvidemos que aquí surgió la llamada enfermedad de “la teta asustada”, que algunas mujeres, víctimas o no de agresiones sexuales, creían que el miedo se pasaba a sus hijos a través de la leche materna. Tener “la teta asustada” significaba que la leche materna contenía rabia, tristeza y sufrimiento.

eso los militares se aprovechan, creen que violándolo acabarán con ella. Su cuerpo es su territorio personal, al ser vejado de esa manera es como si la dejaran sin nada, vacía. Pero Elsa es una mujer que no se doblega a pesar de que sabe que la muerte es casi inminente. Resiste a pesar de “la apócrifa sensación de tumba abierta, de cuerpo inerte a punto de enterrarse”.³⁷ Su punto de vista es la de una moribunda que agoniza en la sala de emergencias, pero no se da por vencida. Con esto, la novela presenta el ambiente violento que se vivía en Perú durante el conflicto armado. Aquel país es descrito por el narrador de manera contundente como un:

País enterrado a la vera de sus muertos, país de cadáveres, montañas de cadáveres desnudos bajo la tierra, cadáveres olvidados, cadáveres descompuestos, cadáveres hediondos, pútridos. Hechos mierda. Cadáveres sin dueño. Cadáveres sin Dios, cadáveres perdidos en el limbo eterno de las fosas comunes, unos sobre otros como reses pestilentes, cadáveres vivos, cadáveres amnésicos, cadáveres andantes que no saben que han muerto.³⁸

La sangre de la aurora

La sangre de la aurora aborda la violencia derivada del conflicto armado peruano a través de tres personajes femeninos que pertenecen a distintas clases sociales y defienden distintas ideologías: una campesina, una fotoperiodista y una militante de Sendero Luminoso. Me atrevo a decir que es una de las mejores novelas escritas sobre la guerra y una de las pocas que privilegia la perspectiva femenina. Las experiencias de las tres mujeres muestran que la violencia de género era una práctica habitual durante la guerra y que el cuerpo femenino era violentado por

³⁷ D. Trelles Paz, *op. cit.*, p. 30.

³⁸ *Ibid.*, p. 300.

ambos bandos. La estructura de la novela es compleja y fragmentada, las líneas narrativas corren paralelas hasta que en algún momento convergen las historias de los tres personajes.

El primero es Marcela, pedagoga de formación, madre de una niña pequeña y militante senderista que, en el presente de la narración, está encarcelada y está siendo interrogada por un comandante del ejército, quien la define como “persistente, tenaz y perseverante”.³⁹ A lo largo de la novela, Marcela, quien se hace llamar camarada Marta cuando se integra a la vida clandestina, se muestra como un personaje fuerte, valiente y fiel a sus convicciones políticas, que incluso pone por encima de su propia familia.

Marcela huye de una vida matrimonial que le parece aburrida, de la monotonía y de la esclavitud que para ella representa la maternidad. Se escapa de lo que llama una “escena perfectamente montada, preparada para mí desde que nací. Un camino sin ninguna salida, lo mismo que les toca a casi todas por haber nacido así”;⁴⁰ es decir, ella piensa que las mujeres no tienen libertad ni poder de decisión sobre sus propias vidas. Frente a esta violencia estructural también se rebela. Marcela tiene otros intereses, la revolución no podría hacerse llevando una vida doméstica, o era una mujer revolucionaria o esposa y madre, así que renunció a lo segundo:

Un esposo y una hija eran mis lastres para la lucha. Imposible mantener el equilibrio. Ser esposa me hacía perder demasiado tiempo. Con el profesor y Fernanda haríamos grandes cosas en adelante [...] Cuando lográramos el objetivo principal y volviera a ver a mi hija, le iba a mostrar el mundo que construimos. No más hambre, ni injusticia, ni muchachitos descalzos en un arenal, sin agua ni escuelas. El pan en la mesa de todos. Todos todos todos. Queríamos transformarlo todo.⁴¹

³⁹ Claudia Salazar, *La sangre de la aurora*. Córdoba, Portaculturas, 2014, p. 11.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 24.

⁴¹ *Ibid.*, p. 25.

Como puede verse, Marcela no se conforma con una vida familiar y no hace lo que se espera de una madre, pues es capaz de abandonar a su pequeña hija. Sin embargo, también en la cita puede apreciarse que no deja de pensar en ella. Tal vez ingenuamente cree que la revolución va a triunfar y le dejará a su hija un mundo mejor, piensa que volverá a verla, que ella la esperará. Este personaje hace un cambio radical, deja atrás su vida, a su familia y sus hábitos, todo lo que ella considera obstáculos o debilidades, y aprende a manejar armas y a combatir. En Marcela pueden verse las dudas y la complejidad de la maternidad en mujeres militantes. Mientras están en la lucha armada, como es su caso, las madres senderistas renunciaban a sus hijos, pero en la cárcel la situación cambiaba, muchas de ellas querían retomar el vínculo afectivo con ellos, pedían más visitas y se quejaban de que las autoridades no permitían que los vieran con regularidad. En el caso de las mujeres que militaron en Sendero Luminoso, muchas decidieron no ser madres por las circunstancias de su participación; otras, como Marcela, encargaron a sus hijos al cuidado de terceros (normalmente las abuelas) y muy pocas ejercieron la maternidad en convivencia con la guerra.⁴² Las madres militantes entraban en conflicto al poner en la balanza su trabajo en la lucha revolucionaria y a sus hijos. Como le sucedió a la camarada Marta, hay una renuncia intencionada a la maternidad ante una posible fragilidad que pudiera provocar una traición. Las mujeres se olvidaban de su papel de madre abnegada y sufriente, aunque este volvió cuando la guerra se terminó y estaban encarceladas.⁴³

Las mujeres tuvieron una importancia decisiva en el fortalecimiento de Sendero Luminoso y lograron ocupar dieciocho de los diecinueve cargos más importantes dentro del Comité central del partido. Según las estadísticas oficiales, incluidas en el Informe Final de la Comisión

⁴² Victoria Guerrero Peirano, “¿Romper las cadenas?: Representaciones de género en la gráfica del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso”, en Mercedes Crisóstomo Meza, ed., *Género y conflicto armado interno en el Perú. Testimonio y memoria*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2018, p. 156.

⁴³ *Ibid.*, p. 157.

de la Verdad y la Reconciliación (2003), se calcula que durante los años ochenta más del 40% de los militantes eran del sexo femenino. Eso explicaría el entusiasmo de Marcela, el sentimiento de pertenencia y de estar contribuyendo a generar un cambio en la sociedad peruana.

El segundo personaje es Modesta, una campesina indígena que habitaba en la zona del conflicto. Ella es quien más padece la violencia de la guerra sin saber exactamente de qué se trataba. Antes del conflicto, Modesta llevaba una vida relativamente feliz junto a su esposo, Gaitán, y sus dos hijos. Era una familia pobre que vivía del campo, en varias ocasiones señala que el dinero no siempre alcanzaba, pero estaba tranquila con su casa, su familia, su chacra y sus animales. Amaba su pueblo, nunca había pensado en irse: “Esta es la tierra que conoces y te da seguridad, estás enraizada, agarrada a ella, aunque te cueste mucho hacerla producir”.⁴⁴

A pesar de esto, Modesta padece violencia de género por parte de su esposo, pero está tan normalizada que no la cuestiona. Su esposo la golpea, pero ella lo acepta porque depende económicamente de él: “es fuerte y recio para trabajar la tierra y vender las cosechas. ¿Qué harías sin él, pues?”.⁴⁵ Este es uno de los mayores aciertos de Claudia Salazar Jiménez, abordar la violencia de género en varias de sus aristas, sin idealizar a nadie, construyendo personajes femeninos complejos y profundos. Por ejemplo, a través de Modesta conocemos la vida de las mujeres campesinas de la zona andina, a quienes sus padres no envían a la escuela porque no lo consideran necesario, porque creen que las mujeres deben aprender a tejer, a cultivar la tierra y a cuidar a los animales. Es claro el rol de género que les es concedido: ser cuidadoras y obedecer. Sin embargo, algunas se salen de esa norma como la madre de Modesta quien, a escondidas, le enseña a leer.

La relativa paz en que vive la comunidad de Modesta se va trastocando paulatinamente. La violencia se dispara con la presencia de senderistas y militares en la zona. Modesta y su familia empiezan a

⁴⁴ C. Salazar, *op. cit.*, p. 30.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 37.

padecerla de manera directa. Su comadre, Justina Quispe, enfrenta a los senderistas y por ello es degollada y su cuerpo es colgado en la plaza del pueblo. Los vecinos son testigos del asesinato de Justina. Los senderistas no detienen los golpes ni los insultos, pese a los gritos de los niños que lloran asustados frente a lo que están viendo. Modesta no entiende lo que dicen, no entiende cuáles son los beneficios de la revolución. De nueva cuenta, con este personaje vemos el rol que les era impuesto a las mujeres, sin que ellas pudieran decidir si lo aceptaban o no. Esta vez, los senderistas le asignan una tarea que ella debe cumplir si desea conservar su vida:

Un plato de comida, nada te cuesta hacer un plato de comida, Modesta. Tú eres siempre la que alimenta, la que provee. Quien llegue a tu mesa será bien recibido siempre, porque tú eres la proveedora, la nutriente [...] Los terrucos te lo piden, así que te pones a recolectar lo necesario para el almuerzo; tienes que hacerles de comer. Una gallinita que era de la pobre Justina. Te pones a cocinar rápido antes de que la siguiente seas tú.⁴⁶

La tercera protagonista es Melanie, fotoperiodista. De las tres, ella es quien está más alejada del conflicto. Su intención al involucrarse es profesional, “revelar lo que no se ha visto”.⁴⁷ A través de ella se ve la indiferencia de las clases altas, la gente que rodea a Melanie no comprende ni quiere comprender lo que sucede en la zona andina. Su opinión se basa en prejuicios, desconocimiento y criminalización de la pobreza; desde la óptica de las clases altas los pobres son violentos y sus conflictos carecen de importancia. Melanie no conoce el contexto, aunque tampoco hace comentarios racistas, quiere informarse. El interés por viajar a la zona de guerra surge cuando uno de sus colegas periodistas, que acaba de llegar, le cuenta que las palabras no alcanzaban para narrar lo que sucedía y por eso su labor como fotógrafa era indispensable:

⁴⁶ *Ibid.*, p. 56.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 16.

*Es un infierno por allá, se les está pasando la mano a todos. Tenemos que liberarnos del papel, tendrá que ser la imagen la que capture y muestre... Me queda claro que nuestra próxima incursión será en Ayacucho. Pero es muy peligroso, Melanie, te puede pasar cualquier cosa. Eres demasiado joven para arriesgarte [...] Es muy peligroso, aún más si eres mujer.*⁴⁸

Aunque en la cita anterior se percibe una advertencia simplemente por ser mujer, Melanie decide viajar. Sus amigos no comprenden por qué se va a la zona de conflicto. Curiosamente nadie se expresa mal sobre los militares, sino que llueven los insultos racistas a los indígenas, dicen que ellos no entienden, que la van a matar, que son salvajes, que son “lo peor que existe”,⁴⁹ que roban, que son flojos; en fin, todos los prejuicios que podía tener la clase media limeña, blanca y privilegiada. Incluso piensan que lo que hacen los senderistas es positivo: “esos subversivos nos están haciendo un favor. Que sigan borrando a los serranos. Que los borren a todos”.⁵⁰ Sin reparar en los comentarios de sus amigos, Melanie llega a la zona andina y lo que ve es pobreza, miedo, desconfianza y violencia.

En un punto de la novela, las tres líneas narrativas se unen. Primero Modesta y Melanie se encuentran. La periodista llega a la casa de la campesina buscando información, quiere saber qué ha pasado en el pueblo. Modesta le pide que se vaya, pero ella insiste en que le cuente si ha visto a los senderistas o si han ido militares. En ese momento son sorprendidas por un grupo de senderistas que llegan disparando. Aquí empieza el suplicio para Melanie. La violencia de género, expresada en violencia sexual, se desata. Su cuerpo es golpeado y violado sin piedad:

Era un bulto sobre el piso. Importaba poco el nombre que tuviera, lo que interesaba eran los dos huecos que tenía [...] ella era

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 40-41.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 41.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 42.

sólo un bulto. Golpes en el rostro, en el abdomen, las piernas estiradas hasta el infinito. *Blanquita vendepatria*. Hacen fila para disfrutar su parte del espectáculo. Ningún orificio queda libre en esta danza sangrienta. *Periodista anticomunista, tú vas a ser ejemplo para otros que vengan por acá*. Sólo dolor en este bulto como un nudo apretado al cual no se le encuentra solución. ¿Cuánto tiempo más puede durar esto? Que pare de una vez. Paren, paren, paren. *Esto te pasa por burguesa, ya verás por donde te entra la ideología*. ¿Hasta cuándo pueden seguir haciéndolo? Siga usted, camarada. ¿Cuántos más serán? Duele mucho. Es demasiado. Son demasiados. *A nosotros tenías que habernos hecho el reportaje para que el Estado genocida vea que estamos logrando el equilibrio estratégico*. Espolones rasgando las frágiles paredes que soportan y siguen soportando ese desfile a pesar de la sangre y el excremento que se abren paso entre las extremidades.⁵¹

Esta escena es una de las más violentas, Melanie es violada en grupo por los senderistas. Cuando despierta casi no siente el cuerpo. En el lugar en que fue salvajemente agredida por senderistas se entrecruza la historia de Marcela. Hasta ahí llega para reprender a los hombres que han sido capaces de hacerle eso a la joven fotógrafa⁵². Marcela y los senderistas discuten hasta que una emboscada del ejército los sorprende y se llevan a Melanie. Pero antes violan a Marcela frente a sus ojos. Con el fin de mostrar el sinsentido de la guerra y la crueldad sobre el cuerpo de las mujeres, la autora relata la violación por parte de los miembros del ejército:

⁵¹ *Ibid.*, pp. 65-66.

⁵² Marcela los reprende e intenta hacerlos recapacitar: "Un combatiente es disciplinado, no se deja llevar por ese impulso de sus partes. Nada nos distinguirá de un burgués reaccionario si dejamos que esa calentura nos gobierne". (*Ibid.*, p. 67.)

Golpes en el rostro, en el abdomen, las piernas estiradas hasta el infinito. *Terruca hija de puta*. Hacen fila para disfrutar su parte del espectáculo. Ningún orificio queda libre en esta danza sangrienta. *Subversiva de mierda*. Sólo dolor en este bulto como un nudo apretado al cual no se le encuentra solución. ¿Cuánto tiempo más puede durar esto? Que pare de una vez. Paren, paren, paren. *Siga usted soldadito, complete el trabajo, complétele*. ¿Hasta cuándo pueden seguir haciéndolo? *Dale con fuerza para sacarle su ideología*. ¿Cuántos más serán? Duele mucho. Es demasiado. Son demasiados. *Ahora vas a ver lo rico que es que te la meta un Sargento por detrás, ya nunca más vas a hablar de tu revolución*. Espolones rasgando las frágiles paredes que soportan y siguen soportando ese desfile a pesar de la sangre y el excremento que se abren paso entre las extremidades.⁵³

La autora hace uso de la anáfora como figura retórica para enfatizar que los dos bandos eran iguales y que las mujeres eran las más vulnerables; militares y senderistas, indistintamente, ejercieron sobre sus cuerpos violencia sexual sin ningún reparo, no las consideraban seres humanos, sino, como ya se ha mencionado, objetos. La deshumanización o *basurización* de las mujeres en este contexto de guerra es muy clara. Por un lado, los senderistas, aferrados a su ideología, ciegos ante los mandatos del líder, actúan salvajemente contra el cuerpo de las mujeres. Por otro, los militares hacen lo mismo, pero justifican sus actos al estar defendiendo al país de la amenaza senderista, están “limpiando” la zona de subversivos. Entre estas dos posturas quedan las mujeres, totalmente vulnerables.

La violencia sexual contra los cuerpos femeninos no sólo está representada en las violaciones que sufren Melanie y Marcela. Modesta también es una víctima, pues es violada por los militares. De nuevo, la autora recurre a la figura retórica de la repetición para darle énfasis a la violencia:

⁵³ *Ibid.*, p. 68.

Era un bulto sobre el piso. Importaba poco el nombre que tuviera, lo que interesaba eran los dos huecos que tenía. Puro vacío para ser llenado... Golpes en el rostro, en el abdomen, las piernas estiradas hasta el infinito. *Serrana hija de puta*. Hacen fila para disfrutar su parte del espectáculo. Ningún orificio queda libre en esta danza sangrienta. *India piojosa*. Sólo dolor en este bulto como un nudo apretado al cual no se le encuentra solución. ¿Cuánto tiempo más puede durar esto? Que pare de una vez. Paren, paren, paren. *Siga usted soldadito, complete el trabajo, complételo*. ¿Hasta cuándo pueden seguir haciéndolo? *Dale con fuerza que estas cholas aguantan todo*. ¿Cuántos más serán? Duele mucho. Es demasiado. Son demasiados. *Ahora vas a ver lo rico que es que te la meta un Sargento por detrás, ya nunca más vas a darle comida a esos terrucos*. Espolones rasgando las frágiles paredes que soportan y siguen soportando ese desfile a pesar de la sangre y el excremento que se abren paso entre las extremidades.⁵⁴

Claudia Salazar usa casi las mismas palabras para narrar las agresiones sexuales, como puede verse en las citas, lo que cambian son las frases con que se refieren a estas mujeres: “terruca hija de puta”, “subversiva de mierda”, “serrana hija de puta”, entre otros términos. Tras la violación de los soldados, Modesta ahora debe cocinar para ellos, igual que antes había sido obligada a alimentar a los senderistas. Modesta, metonimia de toda la población campesina indígena de la zona andina, queda a merced tanto del ejército como de los subversivos. Muerta de miedo, para sobrevivir, debe hacerle caso a quien la amenaza con un arma, no importa quién sea.

Entre los militares, la violencia sexual era justificada cuando se trataba de senderistas, muchas veces las violaciones ni siquiera se consideraban parte de una tortura porque los militares creían que las mujeres, como Marcela, merecían ser violadas por haberse enrolado en

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 69-70.

el grupo terrorista. Las violaciones en grupo, como ya hemos visto, fueron una práctica común. Jean Franco señala que incluso había un término especial para la violación masiva: “pichana”, que significa “una barrida”:

[...] los oficiales regalaban mujeres cautivas a las tropas [...] La violación multitudinaria consolidó a los violadores como un grupo que mezclaba su semilla en un sólo cuerpo. Los soldados que se mostraban reacios o se negaban a participar eran insultados, el ejército violaba de acuerdo con el rango, los oficiales primero y los reclutas al final.⁵⁵

Como vimos en las dos novelas anteriores, en el ejército la violación en grupo tenía varios fines: servía para exaltar la masculinidad, atacar la virilidad del oponente y se asociaba con una idea de hermandad. Había una complicidad entre los hombres que violaban.⁵⁶ En *La sangre de la aurora* queda claro que la violación en grupo fue parte de un plan estratégico, no fueron actos aislados o excesos esporádicos, como dijeron algunos mandos militares en la posguerra.

Hay una clara jerarquización de la violencia sexual determinada por razones de clase y de raza que puede verse en el caso de los tres personajes femeninos de la novela. Si bien son víctimas de violencia sexual, Modesta es la más violentada. No era lo mismo ser una mujer blanca, como Melanie, una dirigente senderista, como Marcela, que una mujer indígena, como Modesta. Esta última es la más indefensa por ser habitante de la zona donde se desarrollaba la guerra. Sin duda, una de las escenas más violentas, crueles y tristes de la novela es la violación de Modesta frente a su hijo pequeño, Abel:

Esta vez no logras sacar al pequeño Abel fuera de la casa. Te faltó tiempo. Tu hijo ahí en el cuarto, Modesta. Abelito se esconde

⁵⁵ J. Franco, *op. cit.*, p. 22.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 24.

debajo de su cama, rápido como un cuy. A ellos les importa un carajo tu súplica. *Échate nomás que ya sabes. Tranquilita nomás.* Encima de ti ya están Modesta. Rezas en los ojos de tu hijo. Dos ojos, cinco soldados. Es de noche, piensas, de noche quizá no ve nada Abel [...] Cinco soldados, ya ni gritan, ya no insultan, vienen como si fuera un trámite. Tantas veces. Ya ni gritas [...] Los ojos de Abel. Un brillo ves. Volteas la cara. Sudor de soldado. Está ahí tu hijo mirándote. Te mira. ¿Te ve? ¿Qué ve? ¿Es su madre lo que ve? Una embestida dentro de ti y sonríes, Modesta. Los ojos de tu hijo. Sonríes. Cinco soldados, pero sonríes. Tu cuerpo partido. Sonríes para los ojos de Abel [...] ¿Qué miras, chola? Volteas el rostro. *Algo estabas mirando, carajo, ¡qué chucha mirabas!* El soldado voltea también y ahí lo ve. Abel. Sus ojos. Un soldado en ti. Los otros sacan a Abel debajo de la cama. No quisiste ver, pero miraste cuando tu hijo estaba dejando de mirar, cuando le apagaban la luz para siempre. Abel sin luz. Nunca más.⁵⁷

La forma de narrar este episodio contagia la desolación y crea una empatía auténtica con el personaje de Modesta. Ya no le queda nada, Abel era el último integrante de su familia que estaba con vida. Parece como si el sufrimiento no fuera a acabar nunca, líneas arriba se mencionó que uno de los efectos más graves de la violencia ejercida contra las mujeres se relacionó con la maternidad. Modesta no sólo sufre el asesinato de su hijo, sino que es víctima de un embarazo no deseado producto de una de estas violaciones. Debe ser madre de una niña cuyo padre es un militar al que nunca va a conocer. Cuando habla con otras mujeres, se da cuenta de que no es la única, muchas otras habían sido madres tras ser violadas. Estas mujeres no quieren a sus hijos, fueron producto de una agresión, no del afecto, y su presencia constante les recordaría siempre la violencia que sufrieron. La maternidad para Modesta, y para tantas otras mujeres peruanas, es forzada y la crianza y

⁵⁷ C. Salazar, *op. cit.*, p. 74.

los trabajos de cuidados se basan en la culpa. Conviven con sus hijos intentando llegar algún día a quererlos. Así, en *La sangre de la aurora* vemos en personajes femeninos completamente bien contruidos los brutales impactos de la guerra: trabajos forzados, agresiones sexuales, violaciones, asesinato de sus familiares, embarazo y maternidad forzada.

Los ejércitos

Evelio Rosero (Bogotá, 1958), escritor y periodista colombiano, ha escrito trece novelas en las que puede observarse su interés por los procesos de violencia vividos en su país — en guerra desde 1960— y la reconstrucción de la memoria social. Ejemplo de ello son *Los ejércitos* y *La carroza de Bolívar*. En este apartado me enfocaré en *Los ejércitos*, publicada en 2006. La novela se sitúa en el pueblo ficticio de San José, el cual simboliza a los pueblos del interior colombiano arrasados por uno de los conflictos armados más largos y complejos de toda América Latina. Desde 1960 se enfrentan en Colombia las fuerzas armadas con grupos guerrilleros, paramilitares, autodefensas y narcotraficantes. El saldo que han dejado tantos años de violencia son miles de personas muertas (no hay datos exactos, algunos estudios estiman la cifra en 220 000), heridas, incapacitadas para trabajar, huérfanas, secuestradas, desplazadas, torturadas y violadas (se calculan 16 000 víctimas de violencia sexual). Las personas más afectadas en este conflicto son campesinos, indígenas y afrodescendientes. Además, hay serios daños en la flora y la fauna debido a la deforestación, los cultivos ilícitos, el extractivismo y el uso de glifosato, entre otros. Las zonas más afectadas son los departamentos de Chocó, Nariño, Santander, Antioquia, Valle del Cauca y Tolima.

De manera general puede decirse que este es el contexto en que se inserta la historia de *Los ejércitos*. Los habitantes del pequeño pueblo de San José padecen paulatinamente una escalada atroz de violencia. De una relativa paz pasan a padecer explosiones, secuestros, desapariciones

forzadas y asesinatos, todo esto se vuelve parte de su vida cotidiana. El narrador subraya que el pueblo deja de ser un *locus amoenus* y pasa a convertirse en un lugar no apto para ser habitado por nadie, en especial las mujeres, pues los actores bélicos se ensañan con ellas. En el presente de la narración se percibe un ambiente triste y de abandono en que el silencio sólo es interrumpido por el sonido de las balas o de alguna explosión.

Siguiendo con el objetivo del libro, en este apartado no me detendré en la mirada masculina y el deseo del protagonista masculino, Ismael, sino que me enfocaré en el caso de Geraldina, puesto que es una muestra muy evidente de la violencia sexual que sufren las mujeres en un contexto de guerra. Ella es una mujer que no pertenece a ningún bando enfrentado, no es miembro del ejército ni es combatiente, simplemente es una habitante de la zona de conflicto, una habitante más de San José. Al comienzo de la novela, Geraldina se presenta como una mujer bella y alegre que vive con su familia en una hermosa casa rodeada de naranjos. Sin embargo, la tranquilidad se desvanece pronto. La guerra llega a arrasar con todo a su paso y de un momento a otro Geraldina tiene que enfrentarse al secuestro de su esposo y al asesinato de su hijo. Esta mujer, como sujeto inerte, se queda sola y en una posición de extrema vulnerabilidad ante el cerco de los ejércitos, nombrados intencionalmente de esa manera confusa para dar a entender que en realidad no importa qué ejército sea el que llegue al pueblo porque todos ejercen violencia. Mientras el narrador se enfoca en otros problemas que aquejan a los habitantes del pueblo — como la desaparición de Otilia, esposa de Ismael, protagonista de la novela y vecino de Geraldina—,⁵⁸ muestra la desesperación y el miedo que sufre Geraldina intentando rescatar a su esposo. Rosero parece insinuar que, haga lo que haga, esta mujer no podrá tener a su esposo de vuelta y además no escapará de la

⁵⁸ Evelio Rosero incluye, de manera sutil, otro tipo de violencia sexual a través de Ismael. Un profesor retirado al que le gusta observar mujeres más jóvenes. Un hecho que él justifica como inocente pero que, sabemos bien, es incómodo y agresivo. Nadie tiene el derecho a ver lascivamente a ninguna persona, mucho menos a una menor de edad.

violencia que la acecha. La violencia en un contexto de guerra significa para las mujeres, agresiones sexuales. La siguiente escena da cuenta de la violencia a la que fue sometida Geraldina:

Uno de los hombres hurgaba a Geraldina, uno de los hombres la violaba: todavía demoré en comprender que se trataba del cadáver de Geraldina, era su cadáver, expuesto ante los hombres que aguardaban, ¿por qué no los acompañas, Ismael? Me escuché humillarme, ¿por qué no les explicas cómo se viola un cadáver?, ¿o cómo se ama?, ¿no era eso con lo que soñabas? [...] estos hombres, pensé, de los que sólo veía el perfil de sus caras enajenadas, estos hombres deben esperar su turno, Ismael, ¿esperas tú también el turno?, eso me acabo de preguntar, ante el cadáver, mientras se oye su conmoción de muñeca manipulada, inanimada — Geraldina vuelta a poseer, mientras el hombre es solamente un gesto feroz, semidesnudo, ¿por qué no vas y le dices que no, que así no?, ¿por qué no vas tú mismo y le explicas cómo?⁵⁹

Me parece que la cita anterior, además de impactante, es dicente en cuanto a la violencia sexual que enfrentan las mujeres en un conflicto armado. Entre todo lo que puede impactar, me parece pertinente señalar la repetición de las palabras *hombre* y *cadáver*. Esto podría interpretarse como la intención del autor de poner énfasis en que las agresiones sexuales eran cometidas por hombres, sin importar a qué ejército pertenecían, e incluso sin importar si las mujeres estaban vivas o muertas. Los miembros de los ejércitos son representados como hombres violentos, dominantes, abusadores, sin escrúpulos, capaces de vulnerar la dignidad de una mujer y hasta de su cadáver. En el caso de Geraldina, había dejado de ser considerada un sujeto para convertirse en un objeto, un cuerpo inerte, una “muñeca inanimada” a la que se

⁵⁹ Evelio Rosero, *Los ejércitos*. México, Tusquets, 2013, pp. 202-203.

podía agredir abiertamente, en un contexto de guerra, con la seguridad de saber que nadie iba a ser castigado por su crimen.

La escena de Geraldina es un clímax demoledor en esta novela. La mujer es asesinada y, a la vista de todos, es víctima de una violación múltiple *pre y post mortem*. Su cadáver expuesto es un ejemplo claro de la indolencia y de la espectacularización que se hace de su cuerpo, considerado como un territorio más que se arrasa en la guerra. Geraldina es vulnerada hasta en su “dignidad ontológica”, en palabras de Adriana Cavarero. Esta mujer es violentada incluso después de su muerte, sus derechos humanos más elementales son violados impunemente. La inclusión de esta escena podría explicarse, de la mano de Rita Segato, como una muestra de que en el conflicto armado interno colombiano las mujeres se convirtieron en una extensión del territorio conquistado y sus cuerpos fueron un medio más para que el vencedor dejara en claro su victoria. De esta forma, Geraldina puede funcionar como una sinécdoque de las mujeres que habitaban zonas rurales en el contexto de la guerra colombiana. *Los ejércitos* aborda el impacto de la violencia en un pueblo, se habla de desapariciones, bombardeos y desplazamientos forzados, pero debido al tema de este libro sólo me referiré a la historia de Geraldina. Es clara la indolencia con que se tratan sus cuerpos, vivos y muertos, y la situación de indefensión absoluta en la que permanecen.

Roza tumba quema

La novela de Claudia Hernández se enmarca en el conflicto armado salvadoreño en que se enfrentó la Fuerza Armada de El Salvador contra el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional entre 1979 y 1992. Este apartado sólo se enfocará en la violencia ejercida contra las mujeres combatientes, en especial las que decidieron ser madres durante la guerra. Al personaje principal lo conocemos como “Ella”, una mujer que en el presente de la narración es adulta pero, a través de analepsis, narra su historia desde que siendo una niña se enroló en la guerrilla.

“Ella” es el centro de una familia de mujeres cuya vida está asociada siempre a los trabajos de cuidados: hay abuelas, madres, tías, hermanas, hijas y primas. Todos los personajes de peso en la novela son mujeres y ninguna tiene nombre, como tampoco lo tienen los lugares en donde se desarrolla la historia, con excepción de París, lo cual contribuye a que el tono de la novela sea ambiguo e intencionalmente confuso.

“Ella” a los 14 años se va al monte para integrarse a la guerrilla. Ahí se enfrenta a constantes peligros y a las amenazas de ataques sexuales de los propios guerrilleros, tan idealizados por su familia. En la novela de Claudia Hernández se percibe también de manera contundente la violencia contra los cuerpos femeninos en contextos de guerra de la que hablaba Segato, que puede ser ejercida por cualquier bando, no necesariamente el enemigo. En la sierra, había un peligro latente de ser violada, pero “Ella” no sabía lo que significaba:

Debió preguntarle a la tía qué era una violación y luego, cuando le dijo que era sexo a la fuerza, debió preguntar qué era el sexo porque tampoco tenía idea. Debió imaginar buena parte porque la explicación de la tía fue bastante escueta. Con todo, era más ilustrativa que cualquier cosa que le dijera al respecto su madre, quien jamás tocaba esos temas. Ni siquiera le advirtió de la llegada de la menstruación o le ayudó una vez que le apareció.⁶⁰

“Ella” no tiene ningún tipo de educación sexual, no sabe que puede embarazarse ni cómo. Pero poco a poco comienzan a circular historias de agresiones sexuales realizadas por combatientes o desertores de cualquier bando a los sujetos inermes, es decir, a niñas, adolescentes, mujeres y ancianas que se iban encontrando en la zona de guerra: “Se llevaban a las muchachas tres o cinco días a los montes. Luego, las regresaban y se llevaban a otras. A las mujeres mayores las violaban en sus propias casas y luego las ponían a hacerles la comida mientras

⁶⁰ Claudia Hernández, *Roza tumba quema*. México, Sexto Piso, 2018, p. 24.

violaban a sus niñas pequeñas”.⁶¹ Sin duda, esta cita pone en evidencia el horrorismo del que habla Cavarero, la situación de profunda indefensión en la que se quedan las mujeres en guerra. Ya hemos mencionado que, en el conflicto, la violencia sexual era válida al tratarse del bando contrario. No obstante, podía ocurrir en cualquier otra situación adentro de la zona de conflicto. Por eso vuelvo a Jean Franco que propone la necesidad de distinguir entre una violación como una estrategia de guerra, diseñada para destruir al bando enemigo, y una violación criminal, cometida sobre sujetos inermes, involucrados o no en la guerra.⁶²

Durante el conflicto, “Ella” crece de golpe, aprende a cuidarse de todos, de los hombres que supuestamente luchan con ella y también de los que luchan en su contra. La guerra le dejó muchas huellas (físicas, psicológicas, económicas y emocionales), pero la más profunda y dolorosa sin duda es la pérdida de su primogénita. La protagonista se convierte en madre durante la guerra, a los 15 años, tras entablar una relación con un guerrillero diez años mayor. “Ella”, como seguramente sucedía con muchas adolescentes salvadoreñas de las zonas rurales, nunca recibe educación sexual, no sabe cómo se embaraza una mujer y no se da cuenta de estarlo hasta que el embarazo está avanzado. El padre estaba muy molesto, pensaba que si hubiera avisado habrían podido resolver el “problema” antes; ahora era muy tarde, tenía alrededor de cinco meses: “De acuerdo con el médico que atendía el campamento, en el estado en que se encontraba ya no era posible hacer algo para detenerlo. ¿Por qué no avisó antes como las demás para que le hicieran un raspado? ¿Cómo no se dio cuenta?”⁶³ Con la cita anterior, la autora insinúa que, en el contexto de la guerra, las mujeres que se embarazaban eran obligadas a abortar, como si su decisión no importara en absoluto. “Ella” fue culpabilizada, estaba prohibido tener hijos en el frente, razón por la cual el castigo recayó en ella, no en el padre de la bebé quien, con más experiencia, pudo haber hecho algo para evitar

⁶¹ *Ibid.*, p. 30.

⁶² J. Franco, *op. cit.*, p. 17.

⁶³ C. Hernández, *op. cit.*, p. 58.

el embarazo. “Ella” no tuvo voz ni voto frente a su futura maternidad. Los guerrilleros decidieron por ella. El “problema” fue atendido desde el puesto de mando: “resolvió que la quinceañera bajara a una población para recibir atención y cuidados hasta que su criatura naciera y tuviera dos meses. Entonces debería volver a su posición y cuidarse más, no meterlos de nuevo en líos como ese. No estaban para perder gente ni recursos”.⁶⁴ “Ella” no quería separarse de su hija, pero tuvo que cumplir la orden más dolorosa que le habían dado. Sólo pudo estar con su bebé durante dos meses y, aunque luchó para quedarse a su lado, no se lo permitieron. Sin embargo, ella hizo lo posible por buscarla, bajar al poblado para verla. Eso los ponía en riesgo porque los soldados podían seguirla y ubicarla a ella y al resto del grupo. La prioridad, claramente, no eran las personas, sino la guerra:

Por eso decidieron mover a su hija del sitio donde había nacido y negarle información al respecto. Le juraron que la guiarían a ella el día que la guerra terminara. Pero no cumplieron. En el momento en que todo terminó de manera oficial, ella pidió verla de inmediato. Había sido una larga espera y ella se había mantenido con vida, como le habían pedido. Quería el resto de la promesa en ese instante. No podía seguir esperando ni quería hacerlo [...] lo único que preguntaba era cuándo iban a entregarle a su hija. Le decían que ya llegaría su día, que el proceso tomaba más tiempo del que les gustaría a todos, pero que su momento llegaría. Podía ver que las otras madres iban recibiendo una a una a sus hijos. Ella misma recibió a la segunda niña que dio a luz, hija del compañero con el que estaba el día que terminó la guerra.⁶⁵

Con esto queda en evidencia que, además de no haber tomado la decisión de convertirse en madre, su derecho a ejercer la maternidad

⁶⁴ *Ibid.*, p. 59.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 60.

y a criar a su hija es violado. “Ella” es obligada a separarse de su bebé, a entregarla con la promesa de que sería cuidada lejos de la zona de conflicto y le sería devuelta una vez terminado este. Dicha promesa no sucede, por lo que, en la posguerra, no sólo debe trabajar para que las cuatro hijas que crecen con ella tengan lo necesario, sino que destina tiempo y dinero a la búsqueda de su primera hija que le fue robada. Cabe subrayar que el robo no es cometido por los militares, es decir, el bando opuesto, sino que es maquinado por sus propios compañeros de guerrilla. Se entera de que la niña había sido vendida para juntar fondos a la causa que defendían. Por un momento logran engañarla, “le dicen que no la buscara más porque había muerto en una invasión que los soldados hicieron a la población donde se suponía que una familia de confianza la tenía para criarla y le mostraron la cruz bajo la que estaría enterrada, sin embargo, algo en su corazón le decía que estaba viva”.⁶⁶ Después de semejante mentira, al dolor de la pérdida de su bebé se une el dolor de la traición de su propio grupo. Por eso, en la posguerra se encuentra como un sujeto inerte, sola y vulnerable, aunque nunca en estado pasivo, sin lazos de apoyo al distanciarse del proyecto revolucionario.

“Ella” nunca claudica, hace todo lo posible por investigar el paradero de su hija. Con el paso del tiempo, y con ayuda de asociaciones civiles, descubre que su primogénita, para ese entonces mayor de edad, está en París. Un aspecto destacable de la novela es que no sólo se conoce la perspectiva de la madre, sino también de la hija y de los padres adoptivos con respecto a la revelación de su origen. Su caso no era de ninguna manera excepcional, aquella había sido una práctica sistemática en la que miembros del ejército y de la iglesia participaron impunemente. Además, en el caso presentado se observa que la violencia no nada más se ejerce sobre la madre, también sobre la hija, para quien el golpe psicológico de conocer su verdadera historia es muy fuerte. Se habla poco del impacto emocional de los infantes robados en contextos de violencia, como los conflictos armados o las dictaduras militares, pero

⁶⁶ *Ibid.*, p. 63.

sin duda no es un problema menor. Habían vivido toda su vida engañados con una familia, amorosa en el mejor de los casos, que había sido partícipe de un crimen tan brutal como el robo o la compra de bebés. Y en el momento de la revelación todo su mundo y su identidad se vienen abajo. Es fundamental que Claudia Hernández se detenga en la hija robada, pues no suelen aparecer esas historias en la literatura.

“Ella”, con un sacrificio inimaginable, logra viajar a París para reencontrarse con su hija. La narración de ese viaje es demoledora. Que una mujer como la protagonista, pobre, campesina, excombatiente, madre soltera con más hijas a su cargo, vaya a París en pleno invierno, aún con apoyo financiero, no resulta tarea fácil. La narradora se detiene en cada detalle del encuentro madre-hija. El recibimiento fue tan frío como el invierno parisino, pues para la hija no era un gusto recibirla. El reencuentro entre “Ella” y su primogénita está lejos de ser lo que había soñado, su hija es distante y fría, incluso cruel. Así, Claudia Hernández pone en evidencia el estado de extrema vulnerabilidad en la que estaba una mujer excombatiente y sin recursos a quien le fue robada su hija. El dolor de no saber el paradero de su hija durante dieciocho años es un peso fuerte en su vida, cree que al encontrarla se dará la felicidad, pero esto no sucede. Su vínculo es biológico, no hay un reencuentro armonioso; el robo, la desaparición forzada y la maternidad interrumpida provocan que haya tensión e incomunicación entre ellas.

“Ella” debe volver a su país, con la tristeza del rechazo de su hija mayor, para lidiar con los problemas de la vida cotidiana y de sus hijas menores quienes sienten un profundo enojo con la hermana que ha sido capaz de rechazar a la madre.

Roza tumba quema no aborda la ruptura del tejido social en la posguerra salvadoreña, ajusta el lente mucho más para centrarse en una microhistoria devastadora en todas sus aristas. Enfocándose en la ruptura familiar de “Ella” y sus cinco hijas, lanza diversas interrogantes: ¿cómo se puede seguir viviendo sin saber el paradero de una hija?, ¿quién pudo ser capaz de orquestar el robo de bebés?, ¿por qué nadie paga por ese crimen?, ¿qué pasa en la vida de una joven a la que, de pronto, le dicen que su madre biológica no está muerta y quiere co-

nocerla?, ¿qué siente al saber que su madre adoptiva la compró y que tiene una familia en otro país? Todas son preguntas que se relacionan con la identidad de mujeres, principalmente, así como las vidas de personas que quedaron hechas trizas tras una guerra.

La protagonista es violentada de múltiples formas, la peor de todas sin duda es el robo de su hija, pero también hay otros tipos de violencia a los que debe hacer frente en tiempos de paz. Debe cuidar que sus cuatro hijas no sean agredidas sexualmente por hombres que, al saber que están solas (es decir, sin un hombre en casa) sienten que pueden abusar de ellas. Siempre les dice que deben cuidarse, que deben estar preparadas para huir; aun cuando la guerra quedó atrás, “Ella” vive con miedo. Siente que los excombatientes son reconocidos por su forma de hablar, de caminar o de actuar. “Ella” debe enfrentar los estigmas que condenan a una exguerrillera, como las habladorías de la gente que se atreve a lanzar juicios sobre ella y a mentir sobre su comportamiento en la guerra y la posguerra. Vive las dificultades de reintegrarse como civil a una sociedad fracturada que desconfía de ella en medio de la pobreza, de la falta de oportunidades y de la desigualdad. Parecería que la autora pone énfasis en que una mujer soltera, al cuidado de cuatro hijas, excombatiente, tiene todo en contra y, sobre todo, que dichos estigmas a enfrentar como exguerrillera de ninguna manera se asemejan a las experiencias de los hombres excombatientes en la posguerra.

¿Qué queda tras la guerra? Sobre todo, madres sin hijos. Las huellas de la guerra se quedan en el cuerpo de las mujeres, cuerpos que, como el de la protagonista, paren niños que les son arrebatados. Y lo más grave es que parece no importarle a nadie, la mayoría de las violaciones a los derechos humanos de las mujeres en guerra permanecen sin castigo. No es desconocido que el robo de infantes durante el conflicto armado salvadoreño fue una práctica habitual, pero los culpables no han sido procesados. Quizás para subrayar la soledad e indefensión de las madres es que Claudia Hernández escogió personajes innominados y centra la trama en sus problemáticas.

En *Roza tumba quema* el foco de la narración se encuentra en una madre de cinco hijos que fue combatiente durante la guerra civil sal-

vadoreña. Si bien la historia de su maternidad y su no maternidad con respecto a su primera hija es la historia central, la novela aborda aquello de lo que significa ser mujer durante la guerra y la posguerra. En cuanto a las violaciones de los derechos humanos de madres y niños, hay maternidades interrumpidas, maternidades impuestas, maternidades adoptivas, ausencia de educación sexual, robo de infantes, violencia sexual, y un negocio internacional de compraventa de bebés. En medio de todo ello, destaca el lugar central que les da a las mujeres y a los niños, pues son los sujetos más indefensos en una guerra nueva o no convencional como las nombra Rita Segato. En este caso, “Ella”, decidida y perseverante, lucha por lo que considera justo: dar con el paradero de su primera hija, así como proporcionar educación y vivienda dignas para sus cuatro hijas restantes. Todos los personajes de peso en la novela son mujeres, madres o hijas, y lo que las une son la violencia, los ecos de la guerra y el temor a ser violentadas en la posguerra. Da la impresión de que Claudia Hernández subraya que la indefensión de las mujeres no termina con el conflicto armado, que continúa siempre que existe una sociedad machista. Pero, a pesar de todo esto, resalta la fortaleza de las mujeres que pueden hacerle frente a cualquier obstáculo.

Notas finales

Tras este breve repaso, es posible observar la forma en que cinco obras literarias dan cuenta de la violencia que se ejerce contra las mujeres en contextos de guerra, violencia que se enfoca principalmente en la violación de sus derechos humanos, sexuales, reproductivos y maternos. La lectura de *La hora azul*, *La sangre de la aurora*, *Bioy*, *Los ejércitos* y *Roza tumba quema* puede ayudar a reinterpretar el pasado inmediato y a reconstruir los episodios violentos de las nuevas guerras. En los textos ficcionales hay espacio para los recuerdos, para reconocer los daños y las culpas, y ver aspectos de la realidad que no se ven a simple vista o que no tienen cabida en otro tipo de discursos. Son una forma de poner el dolor en la escena pública, hacerlo visible y quizá sanar las heridas.

Los conflictos armados internos peruano, colombiano y salvadoreño dejaron tras sí una gran cantidad de historias de víctimas y victimarios que necesitan ser contadas. Muchas de estas han sido retomadas por la literatura — así como otras artes— para contrarrestar el silencio, la negación y el olvido. En lo que concierne a la violencia contra las mujeres, el camino para erradicarla parece todavía muy largo, pero estas novelas representan un paso hacia la reflexión y visibilización de este problema.

CONCLUSIONES

¿Por qué hacer un libro como este? Me parece fundamental que la academia se abra a estudiar el modo en que problemas sociales, como la violencia contra las mujeres, se presentan en la literatura. Como disciplina artística, la literatura permite ver aspectos que otros discursos ocultan u opacan. Todas las manifestaciones de la violencia contra las mujeres, de alguna manera, han sido retomadas en la historia de la literatura, pero en la literatura contemporánea se está poniendo el foco en ella, como tema central, al cambiar la intencionalidad.

El objetivo de este libro es revisar la forma en que se ha representado la violencia de género en obras literarias latinoamericanas contemporáneas, privilegiando las representaciones de las víctimas y no de los victimarios. Para no perder de vista ese objetivo se dejaron fuera varios aspectos de interés que podremos retomar en el futuro. Este es un primer acercamiento panorámico a la literatura más reciente que ha abordado el tema, aunque hay más obras y más maneras de hacer los abordajes; quizás posteriormente puedan desarrollarse otras investigaciones que complementen los esfuerzos realizados hasta ahora y que se ven reflejados tanto en este libro como en los trabajos citados en el estado de la cuestión. Asimismo, la estructura del libro se divide en tres grandes temas (feminicidios, agresiones sexuales y trata en tiempos de paz y de guerra) sin pretender afirmar que la violencia se manifiesta de una sola manera, sabemos que es transversal, por tanto, la presentación de los apartados se debe simplemente a un ejercicio de exposición que pretende ser más claro para los y las lectoras.

A través de estas páginas, mi intención ha sido reconocer el problema, ver su complejidad, analizar cómo se ha abordado en la literatura desde distintas perspectivas. La sentencia “aquello que no se nombra no existe”, es una verdad que por repetida que sea no se vuelve falsa.

Hace falta nombrar este problema en los estudios literarios, tratar de entender el lugar que ocupa entre los y las escritoras latinoamericanas. El *corpus* elegido responde a un fin didáctico — hemos mencionado que los textos referidos no son los únicos existentes sobre el tema—, se revisa desde su riqueza atendiendo a las posibilidades discursivas de cada obra. Esto permitió ver diferentes maneras de representar y de pensar la violencia de género. Un aspecto en común del *corpus* revisado es que los personajes son construcciones textuales complejas, no meros reflejos de la realidad, lo cual contribuye a humanizar a las víctimas desde una dimensión estética. Por motivos de espacio, quedaron fuera otros ejemplos, pero no quisiera dejar de mencionarlos con el fin de que este libro sea lo más completo posible y una fuente útil para futuras investigaciones. Empezaré con tres novelas chilenas: *Alto Hospicio* (2008), de Rodrigo Ramos Bañados, que se centra en el famoso caso del feminicida de la localidad chilena ya referido; *No me ignores* (2010), de Nicolás Poblete, narrada en primera persona por un asesino en serie de mujeres y *El leve aliento de la verdad* (2012), de Ramón Díaz Eterovic, cuyo protagonista es un periodista que investiga una red de trata y prostitución. En *No aceptes caramelos de extraños*, la escritora chilena Andrea Jeftanovic reúne once relatos que, entre otros temas, tocan agresiones sexuales a menores de edad.

Algunos ejemplos argentinos son *Cornelia*, novela de Florencia Etcheves, que narra la desaparición de una joven en una pequeña localidad de la Patagonia y el descubrimiento de una red de trata. La novela *Cadáver exquisito* de Agustina Bazterrica, construye un escenario distópico y dedica el capítulo 28 a hablar de la violencia sexual que padecen las mujeres que, de entrada, no son consideradas tales, sino cabezas de ganado y *Baldías*, novela de Laura Rossi, relata la aparición de mujeres calcinadas en un baldío del conurbano bonaerense.

Por su parte, la escritora colombiana Laura Restrepo cuenta la historia de la violación y asesinato de la niña indígena Yuliana Samboní en Bogotá en su novela *Los Divinos* (2018). En *Siempre será después* (2012) la escritora uruguaya Marisa Silva Schultze retrata el infierno de la vida cotidiana de una mujer que es maltratada por su marido. La

ecuatoriana María Fernanda Ampuero hace lo propio en *Sacrificios humanos* y en su relato “Grita” narra una serie de abusos sexuales sufridos a lo largo de la vida de una mujer, incluida una violación en un motel. Entre otros cuentos podemos mencionar “Así, nena”, de la boliviana Giovanna Rivero; “La medida de mi amor”, de la uruguayana Fernanda Trías o “Las cosas que perdimos en el fuego”, de la argentina Mariana Enríquez.

En México varias autoras han abordado los feminicidios en sus obras, algunos ejemplos son *Aquello que nos resta* (2009), de Liliana Pedroza; *Niebla ardiente* (2021), de Laura Baeza; *Radicales libres* (2021), de Rosa Beltrán; *Agua de Lourdes* (2019), de Karen Villeda y dentro de la antología *Mexicanas. Trece narrativas contemporáneas* (2021), los cuentos de Lola Ancira y de Esther M. García tratan el tema.¹ Asimismo, se han publicado tres antologías de cuento sobre violencia de género: *El silencio de los cuerpos. Relatos sobre feminicidios* (2015), que incluye cuentos de Gabriela Damián Miravete, Orfa Alarcón, Iris García Cuevas y Cristina Rivera Garza, entre otras; *¡Basta! Cien mujeres contra la violencia de género*, editada por la Universidad Autónoma Metropolitana en 2015. Este libro surge de un proyecto chileno encabezado por las escritoras Pía Barros, Gabriela Aguilera, Susana Sánchez Bravo, Liliana Elphick y Silvia Guajardo quienes publicaron en 2010 la primera antología *¡Basta!* que incluye ciento cincuenta microficciones sobre violencia de género. El proyecto creció y se hicieron esfuerzos similares en varios países como México, Perú, Argentina, Colombia, Venezuela y Estados Unidos. Y la tercera antología que, si bien no es de autores mexicanos, está editada en México y me pareció relevante incluirla porque la iniciativa es parecida a la anterior. *Ni una más. Cuarenta escritores contra el feminicidio* (2017), recoge los relatos de cuarenta autores que tocan diferentes aspectos de la

¹ La poeta chihuahuense Esther M. García ha abordado distintos tipos de violencia contra las mujeres en sus obras. Pueden revisarse los poemarios *Mamá es un animal negro que va de largo por las alcobas blancas* (2017); *Arco de histeria, el libro negro* (2020) y *Dead Woman's Body* (2020).

violencia de género. El libro parte de un proyecto italiano llamado *Nessuna più. Quaranta scrittori contro il femminicidio*, que nace en 2012 por la iniciativa de la escritora y profesora Marilú Oliva, quien decidió hacer un llamado tanto a autores como a autoras para que escribieran un cuento basado en un hecho real.

Entre esta diversidad literaria en que se puede abordar distintos tipos de violencia contra las mujeres, me gustaría añadir, para cerrar este libro, una propuesta que no se centra en la indefensión o la vulnerabilidad de las mujeres. Se trata de la forma en que es presentado el tema en el cuento “Las cosas que perdimos en el fuego”, de Mariana Enríquez, mencionado líneas arriba. La escritora argentina se aleja por completo de lo que hemos expuesto aquí para crear, de manera arriesgada y un poco retorcida, una respuesta ficticia tramada por un grupo de mujeres frente a las agresiones que sufren. En el relato se presentan varios casos de mujeres que son agredidas por sus parejas con líquidos corrosivos que las queman y deforman sus cuerpos o que son incendiadas hasta la muerte. La “chica del subte” es la primera, había sido desfigurada por su marido, pedía dinero para mantenerse porque nadie le daba trabajo debido a su aspecto. En el transporte público contaba su historia y siempre nombraba a su agresor:

Juan Martín Pozzi, su marido. Llevaba tres años casada con él. No tenían hijos. Él creía que ella lo engañaba y tenía razón: estaba por abandonarlo. Para evitar eso, él la arruinó, que no fuera de nadie más, entonces. Mientras dormía, le echó alcohol en la cara y le acercó el encendedor. Cuando ella no podía hablar, cuando estaba en el hospital y todos esperaban que muriera, Pozzi dijo que se había quemado sola, se había derramado el alcohol en medio de una pelea y había querido fumar un cigarrillo todavía mojada. — Y le creyeron — sonreía la chica del subte con su boca sin labios, su boca de reptil—. Hasta mi papá le creyó.²

² Mariana Enríquez, *Las cosas que perdimos en el fuego*. Barcelona, Anagrama, 2016, p. 143.

En la historia de la “chica del subte” no sólo vemos cómo opera una agresión machista de parte de una pareja sentimental, sino la poca atención que se les presta a las agredidas, incluso de parte de la familia.

La segunda es Lucila, una modelo muy hermosa que era novia de Mario Ponte, un futbolista famoso y querido por la gente. Como sucede en muchos casos, la pareja parecía enamorada y feliz, no había sospechas. Sin embargo:

El drama llegó una madrugada cuando sacaron a Lucila en camilla del departamento que compartía con Mario Ponte: tenía el 70% del cuerpo quemado y dijeron que no iba a sobrevivir. Sobrevivió una semana. Silvina recordaba apenas los informes en los noticieros, las charlas en la oficina; él la había quemado durante una pelea. Igual que a la chica del subte, le había vaciado una botella de alcohol sobre el cuerpo — ella estaba en la cama— y, después, había echado un fósforo encendido sobre el cuerpo desnudo. La dejó arder unos minutos y la cubrió con la colcha. Después llamó a la ambulancia. Dijo, como el marido de la chica del subte, que había sido ella.³

Se escuchan cada vez más casos como el de Lucila o el de la “chica del subte”, agresiones machistas de parte de parejas sentimentales justificadas en la celotipia, pero una escalada de ira y hartazgo se apodera de las mujeres. Su respuesta transgresora fue quemarse, ningún hombre iba a quemarlas, no les iban a dar el gusto, ellas iban a hacerlo. Las protagonistas, Silvina y su madre, son parte de las organizadoras de las hogueras: “Las quemas las hacen los hombres, chiquita. Siempre nos quemaron. Ahora nos quemamos nosotras. Pero no nos vamos a morir: vamos a mostrar nuestras cicatrices”.⁴ Un grupo de mujeres, cada vez más grande, organiza hogueras con toda una logística que se va perfeccionando, consiguiendo los materiales, escogiendo con cau-

³ *Ibid.*, p. 145.

⁴ *Ibid.*, p. 147.

tela los espacios, cuidando la seguridad, sorteando la vigilancia de las autoridades o estableciendo hospitales clandestinos. Era una verdadera red de acompañamiento y apoyo de una decisión de la que no había vuelta atrás, estaban juntas en eso.

Sin duda, Mariana Enríquez es una autora que transgrede, cuestiona frontalmente y plantea otras posibilidades. Propongo que nos quedemos con esa idea: la representación de la violencia contra las mujeres no es única ni unívoca, y las mujeres merecen vivir en entornos seguros donde no sean violentadas. Y, sobre todo, que las mujeres resisten, todas, a su manera y nadie tiene por qué juzgar esa resistencia al sistema patriarcal.

Espero que este libro sea útil para interesados e interesadas en este tema, tan necesario como urgente, y que contribuya a la reflexión sobre un problema doloroso. Es claro que la literatura latinoamericana está muy anclada en su contexto, nunca ha podido permanecer ajena a los problemas sociales. Por esa razón, la violencia contra las mujeres se ha vuelto una veta central en el siglo XXI y sin duda merece la atención de lectoras y lectores.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMADA, Selva, *Chicas muertas*. México, Random House, 2015, 192 pp.
- BLUM, Liliana, *El monstruo pentápodo*. México, Planeta, 2019, 240 pp.
- BOLAÑO, Roberto, *2666*. Barcelona, Anagrama, 2009, 1128 pp.
- CABEZÓN Cámara, Gabriela, *Le viste la cara a Dios*. Barcelona, Penguin Random House, 2019, 31 pp.
- CAPUTI, Jane, *Goddesses and Monsters. Women, Myth, Power and Popular Culture*. Madison, The University of Wisconsin Press, 2004, 448 pp.
- CAPUTI, Jane, *The Age of Sex Crime*. Ohio, Bowling Green State University Press, 1987, 256 pp.
- CAPUTI, Jane y Diana Russell, "Femicide: speaking the unspeakable", en *Ms. The world of women*. Virginia, Feminist Majority Foundation Arlington, 1990, núm. 1, vol. 2, pp. 34-37.
- CARRIÓN, Lydiette, *La fosa del agua. Desapariciones y feminicidios en el río de los Remedios*. México, Penguin Random House, 2018, 248 pp.
- CAVARERO, Adriana, *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Trad. de Saleta de Salvador Agra. Barcelona, Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2009, 203 pp.
- CUETO, Alonso, *La hora azul*. Barcelona, Anagrama, 2005, 304 pp.
- DURÁN Moreno, Luz María, "Feminicidio: la violencia del estado contra las mujeres", en *Cuadernos ocasionales*. Montevideo, Social Watch, 2011, núm. 7, pp. 15-16.
- ENRÍQUEZ, Mariana, *Las cosas que perdimos en el fuego*. Barcelona, Anagrama, 2016, 200 pp.
- FRANCO, Jean, "La violación: un arma de guerra", en *Debate feminista* [en línea]. México, UNAM, 2008, núm. 37, pp. 16-33. <<https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2008.37.1351>>. [Consulta: 3 de diciembre, 2021].

- FEDERICI, Silvia, *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* [en línea]. Madrid, Traficantes de sueños, 2013, 285 pp. <<https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Revolucion%20en%20punto%20cero-TdS.pdf>>. [Consulta: 18 de noviembre, 2021].
- FEDERICI, Silvia, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de sueños, 2010, 368 pp. <<https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Caliban%20y%20la%20bruja-TdS.pdf>>. [Consulta: 3 de noviembre, 2021].
- GUERRERO Peirano, Victoria, “¿Romper las cadenas?: Representaciones de género en la gráfica del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso”, en Mercedes Crisóstomo Meza, ed., *Género y conflicto armado interno en el Perú. Testimonio y memoria*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2018, pp. 153-183.
- HERNÁNDEZ, Claudia, *Roza tumba quema*. México, Sexto Piso, 2018, 272 pp.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge, *Las muertas*. México, Planeta, 2019, 192 pp.
- KOHUT, Karl, “Política, violencia y literatura”, en *Anuario de estudios americanos* [en línea]. Sevilla, CSIC, 2002, vol. 59, pp. 193-222. <<https://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/202>>. [Consulta: 15 de diciembre, 2021].
- LAGARDE, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, presas, putas y locas*. México, UNAM-CEIICH, 2005, 620 pp.
- LAGARDE, Marcela, *Género y Feminismo. Desarrollo humano y democracia* [en línea]. Madrid, Horas y horas, 1996, 244 pp. <<http://repositorio.ciem.ucr.ac.cr/jspui/handle/123456789/259>>. [Consulta: 5 de enero, 2022].
- LAURINI, Myriam, *Qué raro que me llame Guadalupe*. México, Resistencia, 2017, 141 pp.
- LÓPEZ Peiró, Belén, *Por qué volvías cada verano*. México, Palíndroma, 2021, 136 pp.
- LUDMER, Josefina, “Literaturas postautónomas 2.01”, en *Propuesta educativa* [en línea]. Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, noviembre, 2009, año 18, vol. 2, núm. 32, pp.

- 41-45. <<https://www.redalyc.org/pdf/4030/403041704005.pdf>>. [Consulta: 23 de noviembre, 2021].
- MBEMBE, Achille, "Nécropolitique", en *Raisons politiques. Etudes de pensée politique* [en línea]. Bélgica, Cairn, 2006, vol. 21, núm. 1, pp. 29-60. <<https://www.cairn-int.info/journal-raisons-politiques-2006-1-page-29.htm?contenu=resume>>. [Consulta: 9 de noviembre, 2021].
- MBEMBE, Achille, *Necropolítica*. Madrid, Melusina, 2011, 128 pp.
- MELCHOR, Fernanda, *Temporada de huracanes*. México, Random House, 2017, 224 pp.
- ONU, Asamblea General, *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer. Resolución 48/104* [en línea]. 23 de febrero, 1994, 5 pp. <<https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2002/1286.pdf?file=fileadmin/Documentos/BDL/2002/1286>>. [Consulta: 10 de noviembre, 2021].
- ONU, *Informe de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. Beijing, 4 a 15 de septiembre de 1995* [en línea]. Nueva York, 1996, 232 pp. <<https://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/pdf/Beijing%20full%20report%20S.pdf>>. [Consulta: 10 de noviembre, 2021].
- NAVARRO, Brenda, *Casas vacías*. México, Sexto Piso, 2019, 164 pp.
- NABOKOV, Vladimir, *Lolita*. Barcelona, Grijalbo, 1975, 165 pp.
- REYES, Dolores, *Cometierra*. Madrid, Sigilo, 2019, 176 pp.
- RIVERA Garza, Cristina, *Los muertos indóciles: necroescrituras y desapropiación*. México, Tusquets, 2013, 180 pp.
- RIVERA Garza, Cristina, *El invencible verano de Liliana*. México, Literatura Random House, 2021, 279 pp.
- ROSERO, Evelio, *Los ejércitos*. México, Tusquets, 2013, 208 pp.
- RUSSELL, Diana y Jill Radford, eds., *Femicide. The Politics of Woman Killing*. Nueva York, Twayne Publishers / Maxwell Macmillan, 1992, 379 pp.
- RUSSELL, Diana y Roberta A Harmes, eds., *Feminicidio: una perspectiva global*. México, UNAM-CEIICH, 2006, 402 pp.
- SALAZAR, Claudia, *La sangre de la aurora*. Córdoba, Portaculturas, 2014, 136 pp.

- SEGATO, Rita, *La guerra contra las mujeres* [en línea]. Madrid, Traficantes de sueños, 2016, 198 pp. <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45_segato_web.pdf>. [Consulta: 2 de noviembre, 2021].
- SEGATO, Rita, "Femigenocidio y feminicidio: una propuesta de tipificación", en *Herramienta* [en línea]. Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2012, vol. 49, pp. 1-7. <<http://repositorio.ciem.ucr.ac.cr/bitstream/123456789/151/1/RCIEM132.pdf>>. [Consulta: 5 de diciembre, 2021].
- SEGATO, Rita, "Femi-geno-cidio como crimen en el fuero internacional de los Derechos Humanos: el derecho a nombrar el sufrimiento en el derecho", en Fregoso, Rosa-Linda y Cynthia Bejarano, eds., *Una cartografía del feminicidio en las Américas* [en línea]. México, UNAM, 2010, pp. 1-31. <http://www.multimedia.pueg.unam.mx/lecturas_formacion/relaciones_genero/modulo_7/m7_s3_l2.pdf>. [Consulta: 17 de diciembre, 2021].
- SEGATO, Rita, *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2013, 88 pp.
- SCHONGUT Grollmus, Nicolas, "La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia" en *Psicología, Conocimiento y Sociedad* [en línea]. Uruguay, Universidad de la República de Uruguay, 2012, núm. 2, vol. 2, pp. 27-65. <<https://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/119>>. [Consulta: 14 de enero, 2022].
- SEVILLA Bayón, Nuria, *La trata de personas: situación y perspectivas en América Latina* [en línea]. Madrid, IECAH, 2013. <<https://iecah.org/la-trata-de-personas-situacion-y-perspectivas-en-america-latina/>>. [Consulta: 15 de diciembre, 2021].
- TOLEDO Vásquez, Patsilí, "Los conceptos de femicidio/feminicidio", en *Feminicidio* [en línea]. México, Oficina en México del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, 2009, pp. 23-36. <http://www.infosal.uadec.mx/derechos_humanos/archivos/15.pdf>. [Consulta: 22 de junio, 2021].

THEIDON, Kimberly, *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2004, 283 pp.

TRELLES Paz, Diego, *Bioy*. Barcelona, Ediciones Destino, 2012, 301 pp.

UNICEF, *Perfil estadístico de la violencia contra la infancia en América Latina y el Caribe* [en línea]. Nueva York, 2022, 28 pp. <<https://www.unicef.org/lac/media/38226/file/Perfil-estadistico-de-la-violencia-contra-la-infancia-en-America-Latina-y-el-Caribe.pdf>>. [Consulta: 15 de diciembre, 2022].

VOLPI, Jorge, *Las elegidas*. México, Alfaguara, 2015, 152 pp.

ZÚÑIGA, Diego, *Racimo*. Santiago, Random House, 2014, 248 pp.

ÍNDICE

Introducción.....	11
Capítulo I: Femicidio.....	31
Tipos de feminicidios	35
2666.....	43
Chicas muertas	52
Racimo	61
Casas vacías.....	67
La fosa del agua. Desapariciones y feminicidios en el río de los Remedios.....	71
Cometierra.....	77
El invencible verano de Liliana.....	85
Notas finales.....	91
Capítulo II: Violencia sexual y trata	93
Las muertas.....	95
Las elegidas.....	100
Le viste la cara a Dios.....	106
Temporada de huracanes	111
El monstruo Pentápodo.....	117
Qué raro que me llame Guadalupe.....	123
Racimo.....	130
Por qué volvías cada verano.....	135
Notas finales.....	139
Capítulo III: Mujeres en guerra.....	141
La hora azul.....	144
Bioy	147

La sangre de la aurora.....	156
Los ejércitos	167
Roza tumba quema.....	170
Notas finales.....	177
Conclusiones.....	179
Bibliografía	185

La violencia contra las mujeres en la narrativa latinoamericana contemporánea, editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2024 en el taller de Color Arte, Rinconada Macondo, Edificio José A., colonia Pedregal de Carrasco, Alcaldía Coyoacán, CDMX. Se tiraron 300 ejemplares impresos offset en papel cultural de 95 gramos. La tipografía se realizó en tipos Adegá Serif. El diseño de los forros e interiores fueron realizados por Alejandra Torales M. La formación estuvo a cargo de Óscar Ramírez Martínez. Cuidó la edición Geovani Padilla Hernández.

Ekató, serie coordinada por Frances Rodríguez Van Gort, Roberto de Jesús Villamil Pérez, Federico José Saracho López y Juan Carlos H. Vera.

EKATÓ

